H.K. CHRISTIE

VE CON CUIDADO



LOS CASOS DE SELENA BAILEY - LIBRO 4

Ve con cuidado

Los casos de Selena Bailey – Libro 4

H.K. Christie



Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, acontecimientos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Copyright © 2021 de H.K. Christie

Diseño de cubierta de Odile Stamanne

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor, a excepción del uso de breves citas en una reseña literaria.

Si desea utilizar material de este libro, deberá obtener un permiso previo por escrito poniéndose en contacto con el editor en:

www.authorhkchristie.com

Primera edición: marzo de 2021 (en), 2026 (es)

123124hc

Contents

1. TAYLOR
2. SELENA
3. DILLON
4. SELENA
5. TAYLOR
6. SELENA
7. DILLON
8. SELENA
9. TAYLOR
10. SELENA
11. TAYLOR
12. SELENA
13. SELENA
14. DILLON
15. SELENA

16. DILLON
17. SELENA
18. SELENA
19. SELENA
20. TAYLOR
21. SELENA
22. TAYLOR
23. SELENA
24. SELENA
25. DILLON
26. TAYLOR
27. SELENA
28. SELENA
29. DILLON
30. TAYLOR
31. SELENA
32. SELENA
33. SELENA
34. SELENA
35. DILLON
36. SELENA
37. TAYLOR
38. SELENA
39. DILLON
40. SELENA
41. SELENA
42. SELENA

43. SELENA
44. SELENA
TRES MESES DESPUÉS
UNA NOTA DE H.K. CHRISTIE
AGRADECIMIENTOS

1

—•—

TAYLOR

La oferta. La demanda. ¿Hay algo más aburrido que la economía? No, pero al menos puedo mirarlo a él. Su cara perfecta. Sus ojos amables. Sus anchos hombros. Merecía la pena la tortura temporal de una clase a primera hora de la mañana y de la espantosa asignatura.

Tecleaba furiosamente en su ordenador portátil, sin duda tomando apuntes de la lección magistral. Estaba concentrado. Dedicado. Resuelto. Era lo que más me gustaba de él.

Bebí un sorbo de mi botella de agua y recordé la primera vez que vi su hermoso rostro.

El aire era cálido, con una ligera brisa, mientras paseaba hacia el centro del campus para visitar la Feria del Voluntariado. Mientras ojeaba unos folletos en el puesto de Green Peace, levanté la vista y lo vi unas cuantas mesas más allá, en la de Amnistía Internacional. No sabía su nombre ni su historia, pero supe que tenía que saber más. Agradecí el tiempo a los tipos alternativos antes de apresurarme a seguir sus pasos por la zona ajardinada. Se detuvo en

una mesa contigua a la del Club de Italiano, donde me planté y fingí interesarme por el club mientras lo estudiaba hablar con un representante del Grupo de Orientación para Alumnos de Primero.

Se pasó los dedos por el pelo oscuro antes de regalarme esa sonrisa matadora e inclinarse para garabatear en un papel sujeto a un portapapeles. Me acerqué a él como por casualidad, chocando suavemente. Me disculpé profusamente, alegando que era una torpe patosa. Él se rio del incidente antes de preguntarme si estaba interesada en apuntarme para ayudar en la Orientación de Otoño para Alumnos de Primero. Dijo que era lo menos que podía hacer, ya que prácticamente lo había atropellado.

La luz le dio en la cara y sus ojos brillaron mientras se reía de su propia ocurrencia. No, no tenía ningún interés en orientar a los nuevos alumnos de primero, y no podía hacerlo, ya que yo misma era una alumna de primero, pero estaba profundamente interesada en conocerlo mejor a *él*. En cuestión de segundos, acepté y rellené la hoja de inscripción con datos de contacto falsos. Una pequeña mentirijilla piadosa no le hacía daño a nadie, ¿verdad? Estaba a punto de seguirle la corriente cuando miró la pantalla de su móvil y volvió a mirarme. «Uf. Llego tarde. Otra vez». Sonrió y dijo: «Supongo que te veré en la orientación. Oye, intenta no llevarte por delante a ninguna víctima desprevenida antes de eso, ¿vale?».

Me reí por lo bajo.

—Haré lo que pueda.

Mientras él se iba a toda prisa, sentí un hormigueo por dentro. Lo observé hasta que se perdió de vista y luego centré mi atención en la hoja de inscripción, grabando a fuego su nombre y su dirección de correo electrónico en mi memoria.

Pasé el resto del verano imaginando cómo sería nuestro próximo encuentro. Debí de probarme dos mil conjuntos y ensayado nuestra siguiente reunión frente al espejo una docena de veces. Me preguntaba si debía hacerme la dura y fingir que no lo recordaba, o si debía ser audaz e invitarlo a tomar un café. Tantos escenarios.

Cuando por fin llegó el día, tenía los nervios a flor de piel. Me presenté veinte minutos antes para asegurarme de que estaría en su grupo. Paseé por los pasillos hasta que finalmente llegó. Abrió la

puerta del centro de estudiantes y nuestras miradas se encontraron. *Reconocimiento.* Inclinó la barbilla y dijo:

—¡Eh, hola! Te conozco.

Mi cuerpo se derritió al oír el sonido de su voz. Le pregunté qué tal el resto de su verano, pero antes de que pudiera responder, llegaron los primeros estudiantes. *No pasa nada.* Teníamos toda la tarde y el resto de nuestras vidas.

Él y yo pasamos las siguientes tres horas explorando el campus con los demás alumnos de primero. Cuando su atención no estaba centrada en los otros estudiantes, saltaban chispas entre nosotros mientras me daba conversación y contaba anécdotas divertidas sobre su primer año en la universidad. Ni siquiera se inmutó cuando confesé que, en realidad, yo era una alumna de primero. Mi corazón casi se incendió cuando me dedicó una amplia sonrisa y el sol brilló en su rostro bronceado, haciendo que sus ojos azules centellearan. Había dicho:

—Tiene sentido; parecías dudar cuando te pedí que te apuntaras para ayudar. Me alegro de volver a verte.

Todo mi cuerpo se sonrojó con la anticipación de lo que vendría después. ¿Me invitaría a salir? ¿Tendríamos alguna clase juntos? No era probable, ya que él estaba en último año y yo en primero, pero cuando el amor verdadero estaba en juego, todo era posible. Para mi consternación, al final de la orientación volvió a tener prisa, pero antes de que pudiera marcharse corriendo, lo miré a los ojos.

—Vaya día. Ha sido divertido, ¿verdad?

—Sí, ha estado guay.

—¿Quizá podríamos tomar un café alguna vez? —pregunté, habiéndome decidido por un enfoque audaz.

Me dedicó una adorable sonrisa torcida.

—Suena genial. ¿Por qué no pones tu número en mi móvil?

Me tendió su teléfono y tecleé mi nombre y mi número. Terminé y se lo devolví a la mano.

—Gracias. Tengo que pirarme. Nos vemos.

Le dije adiós con la mano y una sonrisa tonta en la cara.

Las siguientes horas y días fueron una tortura. No había tenido noticias suyas. Ni siquiera un mensaje. Supuse que debía de estar

ocupado preparándose para su último año de universidad. Cuando empezó el semestre de otoño y seguía sin saber de él, me di cuenta de que tenía que tomar cartas en el asunto. Fue bastante fácil. Bueno, bastante fácil una vez que me hice amiga de una de las estudiantes que trabajaban en la oficina de admisiones; así fue como conseguí una copia de su horario de clases. Después de eso, simplemente me matriculé en la misma asignatura de economía que él.

Claro, tuve que cambiar mi especialidad para coger la asignatura, pero mereció la pena. Él merecía la pena. Todo merecería la pena. Era como si pudiera ver todo nuestro futuro juntos como una serie de televisión. Como una de esas comedias románticas tontas en las que sabes que a ella le gusta él y él no se da cuenta, pero entonces tiene una epifanía y se da cuenta de que la que sería su futura esposa ha estado delante de él todo el tiempo. No lo culpaba por no reconocer el amor verdadero. Los chicos podían ser un poco lentos en los asuntos del corazón. Podía ser paciente, pero no estaría de más ayudar un poco en el proceso. ¿Qué hombre no se sentiría halagado por una admiradora secreta? En poco tiempo, sentiría una intensa curiosidad por mí; entonces le revelaría mi identidad y nuestra historia comenzaría. Un plan simple, pero importante.

Salí de mis ensoñaciones y lo observé como si fuese una película. Parecía estar pendiente de cada palabra que mascullaba el estirado profesor, vestido de *tweed* y caqui. Me pregunté si nuestros hijos heredarían su lado serio o su pelo oscuro o mi piel clara. Por supuesto, esperaríamos hasta después de que ambos nos graduáramos y nos asentáramos en nuestras carreras, pero sucedería. Podía sentirlo en mi alma: los dos estábamos destinados a estar juntos.

El profesor finalmente terminó su lección magistral, y yo cerré mi cuaderno y me agaché para meterlo en mi mochila. La cerré y volví a mirar a mi ángel. El corazón se me aceleró.

¿Quién *narices* es esa?

Ya estaba en el pasillo del aula magna hablando con *esa* chica.

No me había fijado en ella en clase. Parecía vestida de forma extraña, toda de negro y con pírsines a lo largo del cartílago de la oreja. No era el tipo de Dillon en absoluto. *Yo* era su tipo. Femenina. Dulce. Cariñosa. Adorable. Entonces, ¿por qué estaba hablando con *ella*? Tengo que poner fin a eso. Sea lo que sea. No permitiría que nada ni *nadie* se interpusiera en nuestro futuro.

Me levanté de mi asiento y continué observándolos mientras seguían con su conversación. Él hablaba enfáticamente, como si estuviera angustiado por algo. Ella no paraba de asentir y luego negaba con la cabeza. ¿Estaban saliendo? No podía ser.

Supongo que era bastante guapa, de una belleza clásica, pero todo ese rollo gótico era un poco excesivo, si me preguntas.

Ahora gesticulaba con ambas manos en el aire, juntándolas como si le suplicara. ¿Suplicándole qué? ¿Una cita? *Tienes que estar de broma.* La furia recorrió mi cuerpo. Él no necesitaba suplicarle a nadie para salir. ¿Quién se creía que era?

La chica menuda y de pelo oscuro negó con la cabeza y prácticamente se marchó enfadada. ¿Pero qué diablos? Llevaba semanas siguiéndole y no había descubierto ninguna prueba en su apartamento de que hubiera habido una mujer por allí. Al menos, no por lo que podía ver a través de la ventana de su dormitorio.

Pero, por si acaso, la investigaría. Quizá la seguiría, averiguaría quién era y qué asuntos se traía con *mi hombre*. Había algo curioso y familiar en ella, pero no lograba identificarlo.

¿Era una exnovia con la que intentaba volver? Obviamente, a ella no le interesaba. Si ese era el caso, esa chica no sabía lo que había tenido. *En fin.* Me aseguraría de que se mantuviera alejada, bien alejada. Si no lo hacía, le enviaría el mensaje alto y claro. *Él es mío.* Bueno, quizá no mío todavía, pero lo sería, y si la gótica sabía lo que le convenía, se mantendría alejada de *mi hombre*.

2

—•—

SELENA

Salí corriendo del aula magna, tirándome del cuello de la camisa, desesperada por respirar mientras empujaba la pesada puerta de madera para escapar al fresco aire otoñal. La brisa me dio en la cara y me refrescó la piel mientras inspiraba y espiraba profundamente hasta que los latidos del corazón se me calmaron. Eché un vistazo a mi alrededor antes de dirigirme al aparcamiento. Aceleré el paso para evitar que Dillon intentara abordarme de nuevo.

Abrí la cremallera del bolsillo delantero de la mochila y saqué las llaves. Metí la llave en la cerradura de la puerta del coche y me detuve. Me invadió una oleada de vergüenza. ¿Llegaría a ser normal alguna vez? ¿Podría superarlo algún día? Había pasado un año y medio. Dieciocho meses. A veces parecía que había sido hacía una eternidad y, otras, que solo había transcurrido un instante. El momento en que supe, en lo más profundo de mis entrañas, que a Brendon lo habían matado. Por mi culpa. Por mi culpa nunca sería abogado ni un político que luchara por los derechos de los demás. Nunca sería padre ni marido. No era más que un cuerpo en descomposición metido en una caja bajo tierra. El corazón me dolía tanto ahora como el día de su funeral.

Nadie me había culpado de su muerte, salvo yo misma y, quizá, en secreto, sus padres. El comunicado oficial del departamento de policía fue que sospechaban que el atroz crimen había sido cometido por una red de trata de personas que operaba en la bahía de San Francisco. Cualquier asociación entre el asesinato de Brendon y mi investigación sobre los traficantes se ocultó a la prensa, gracias a mi madrastra, Martina, y a sus contactos en el departamento de policía.

Funcionó durante un tiempo, hasta que unos cuantos periodistas desalmados descubrieron que yo, la novia de Brendon, no solo era una estudiante universitaria de la zona, sino también una detective privada júnior relacionada con el descubrimiento de la red de trata. Las especulaciones sobre esa conexión se hicieron virales. No fue nada agradable. Había cerrado las pocas cuentas que tenía en redes sociales y me había distanciado de mi familia y mis amigos para mantenerlos a salvo.

Jamás habría sospechado hacía año y medio, cuando recibí mi primera misión de investigación oficial para averiguar la desaparición de una niña de siete años llamada Emily, que me adentraría en el oscuro mundo de la trata de personas. Ni siquiera sabía que la trata existiera en la bahía de San Francisco y en el resto de los Estados Unidos. Había descubierto la horrible realidad y no solo quise salvar a la niña, sino también desmantelar la red. No me había dado cuenta de que, mientras yo los investigaba, ellos me investigaban a mí. Unos días antes de la muerte de Brendon, los traficantes me habían advertido de que le harían daño si no abandonaba el caso, pero mi empeño por encontrar a Emily y mi ingenuidad sobre la gravedad de la amenaza hicieron que los traficantes cumplieran su promesa. Fue culpa mía y *encontraría* a los responsables de su muerte.

No sé qué fue lo que Dillon y su súplica de ayuda provocaron en mí para desatar estos recuerdos. Quizá fue porque Dillon me recordaba a Brendon. Su encanto juvenil. Su determinación. Su sonrisa torcida. Quería ayudarlo, pero no podía. Estaba demasiado cerca de mis objetivos como para desviarme ahora.

Y Martina había sido meridianamente clara.

Si quería su recomendación y la aprobación de las horas necesarias para obtener mi licencia de investigadora privada, no podía aceptar ningún caso. Apenas me había dejado seguir en Drakos Monroe Security & Investigations y, aun así, solo se me permitía revisar expedientes. Martina dijo que tenía suerte de poder hacer eso después de haber violado un centenar de normas y unas cuantas leyes durante el caso de la red de trata. Ahora, el trabajo era terriblemente aburrido y un tremendo golpe para mi ego. Si no quisiera la licencia o no necesitara el acceso a los sistemas informáticos de la empresa para investigar de forma encubierta la red de trata y localizar a los asesinos de Brendon, habría dimitido el día que él murió.

Otra de las condiciones de Martina, que no solo era mi jefa sino también mi madrastra, era que, además de evitar investigaciones, autorizadas o no, primero tenía que graduarme en la universidad. No estoy segura de que esperase que yo cogiera todas las asignaturas posibles durante los dos últimos veranos y me graduase un semestre antes. Pero así era. Estaba tan cerca. Tres meses. En tres meses, me habría graduado por la Universidad de San Francisco con una licenciatura en Justicia Penal y una especialización en Empresariales. Solicitaría mi licencia de investigadora privada y entonces… ¿me quedaría en Drakos Monroe Security & Investigations? ¿O me establecería por mi cuenta o entraría en las fuerzas del orden? *Uf.* No estaba segura de lo que haría después de diciembre, pero sabía que no podía esperar más para empezar el resto de mi vida. Ya no quería vivir bajo el yugo de Martina ni estar confinada en las aulas. Quería pasar a la acción. Encontraría a quien mató a Brendon y lo llevaría ante la justicia. La pregunta era: ¿lo haría con una placa o con una licencia de detective privado?

Un golpecito en el hombro interrumpió mi concentración y provocó que mi cuerpo reaccionara gracias a mi entrenamiento en defensa personal. Me di la vuelta, preparada, y adopté una postura de combate. La sorpresa en los ojos de Dillon me hizo bajar la guardia. El hecho de que se hubiera acercado tanto a mí sin que lo detectara era una clara señal de que no tenía la cabeza en su sitio. Tenía que centrarme. *Selena, céntrate, pero ya.*

—Lo siento mucho —dijo, negando con la cabeza—. No pretendía asustarte.

—¿Qué quieres? Ya te he dicho que no puedo ayudarte.

Dillon había leído en internet sobre el caso de la red de trata y sabía que yo había trabajado como investigadora privada, por eso me había pedido ayuda con su supuesta acosadora. En mi opinión, parecía más una chica colada por él que la obra de una acosadora siniestra. Notas en el coche. Notas deslizadas bajo la puerta de casa. Mensajes de un número desconocido. ¿Qué importaba? ¿Había algo que se estuviera dejando? Su miedo no tenía sentido para mí. Pero, claro, tampoco le había preguntado qué decían las notas o los mensajes.

—Ya sé que eso es lo que has dicho, pero eres mi única esperanza. No puedo permitirme pagar a una agencia de investigación. No tengo mucho dinero, pero quizá podría hacer algo por ti a cambio. Sé cocinar. Podría traerte comida o cualquier otra cosa. ¿Tomar apuntes por ti? Lo que sea. Por favor, esa persona me está asustando de verdad.

Le estudié la cara. Parecía sinceramente asustado de quienquiera que le estuviera dejando notas y enviando mensajes. ¿Qué dirían? Aparté esos pensamientos de mi mente. No podía involucrarme.

—Mira, apenas me permitieron seguir trabajando en la agencia de investigación de mi madrastra, y la única forma de que me dejara quedarme fue si juraba mantenerme al margen de cualquier investigación activa. Por no mencionar que este semestre tengo la matrícula completa. Puedo remitirte a otra agencia o incluso a otra persona de la agencia de mi madrastra. Lo siento, pero como ya te he dicho, no puedo ayudarte.

¿Por qué no me dejaba en paz? No sabía de qué otra forma explicárselo. *Píllalo, colega.*

Bajó la cabeza, hundiéndose en sí mismo.

Algo se removió en mi interior. ¿Lástima? ¿Culpabilidad? *Reprímetelo, chica.*

—Vale —dijo, mirándome—. Siento haberte molestado. Cuídate.

Lo vi alejarse cabizbajo, derrotado. Sacudí la cabeza y entonces abrí la puerta del coche y me dejé caer en el asiento, apoyando la

frente en el volante mientras pensaba en Dillon. Le recé al universo para que su «acosadora» fuera solo una ex despechada o una universitaria tímida colada por él y no una amenaza real. Si ese era el caso, ¿por qué me sentía así? ¿Por qué mis entrañas me gritaban que lo ayudara? Cerré los ojos con fuerza. *Selena, puedes hacerlo. En tres meses, podrás ayudar a quien quieras. Dillon estará bien. Tú estarás bien.* Respiré hondo antes de levantar la cabeza y abrocharme el cinturón de seguridad. Mientras salía del aparcamiento, pensé: *Al menos tendré algo nuevo que comentar con mi terapeuta esta semana.*

3

—•—

DILLON

Volví al coche arrastrando los pies. Selena debía de pensar que era un pringado que no sabía ni lidiar con una admiradora secreta. No era verdad, pero quizá estaba exagerando; Selena pensaba que sí. ¿Quizá debería haberle confesado mis sospechas sobre quién podría estar detrás de los mensajes? Al principio pensé que podría ser Jenna. Menudo desastre de relación acabó siendo aquello. No tenía ni idea de que estaba loca hasta que rompí con ella. Solo habíamos salido unos meses. Fue divertido durante un tiempo, pero se volvió una lapa y a mí, sencillamente, no me gustaba tanto. Así que rompí con ella. Decir que no se lo tomó bien era quedarse corto. Gritó y lloró, insistiendo en que era un infiel y que pagaría por lo que le había hecho. Ni siquiera supe cómo responder a sus acusaciones. No la había engañado ni la había maltratado. No entendía su reacción tan desmesurada y no estaba preparado para ella.

A la mañana siguiente de la ruptura, descubrí que tenía todas las ruedas del coche pinchadas. La encaré y ella negó haberlo hecho, pero el brillo de sus ojos y su risa sarcástica al decir que me lo merecía me dijeron todo lo que necesitaba saber. Intenté mantenerme alejado de ella, pero empezó a mandarme mensajes con insultos casi a diario, y eso fue antes de que empezara a

difundir rumores por el instituto de que me iban los niños pequeños. Había estado tan enfadado que no sabía qué hacer. La encaré de nuevo y lo único que hizo fue reírse en mi cara. Poco después, se echó un novio nuevo, otro pardillo, y me dejó en paz. De eso hacía un año.

Mi primer pensamiento cuando las notas empezaron a aparecer fue que quizá Jenna había roto con su nuevo novio y estaba reanudando su plan para arruinarme. Sigo sin estar convencido de que no sea Jenna, pero hay cosas que me hacen dudar de su implicación. Para empezar, la persona se refiere a sí misma en los mensajes, correos electrónicos y notas escritas a mano como KT. Jenna no tuvo ningún problema en usar su identidad real antes, pero, por otro lado, podría haber convencido a una de sus amigas para que le hiciera el trabajo sucio. Pero lo otro raro era el contenido de los mensajes: «Te sienta genial el azul» y «El nuevo corte de pelo te queda increíble». Me hace creer que esa persona me está siguiendo. Observándome. Era desconcertante. En más de una ocasión, he sentido cómo se me erizaba el vello de la nuca al notar que me observaban. Eso no era normal. O quizá es que no entendía a las mujeres.

No he podido quitarme de encima la sensación de que me acosan y ahora los mensajes llegaban con más frecuencia. No me gustaba y quería que parase. ¿Y si esta persona ni siquiera era una mujer? A lo mejor era un psicópata trastornado que fastidiaba a la gente por pura diversión. No sabía si era un flechazo inofensivo, una venganza de Jenna o una amenaza real. Una cosa sí sabía: quienquiera que fuese tenía toda mi información de contacto y sabía dónde vivía. Quizá debería bloquear su número de teléfono, cambiar de correo electrónico y pasar página. Quizá eso era lo más inteligente. Si funcionaba y esa persona me dejaba en paz, bien está lo que bien acaba. Supongo que merecía la pena intentarlo.

Dudé al acercarme a los escalones que llevaban a la puerta de mi apartamento, esperando a medias encontrar otra nota o algo peor. Estaba despejado. Nada en el escalón de la entrada. Metí la llave en la cerradura, pero cuando giró con facilidad, me di cuenta de que estaba abierta. Se me cortó la respiración. ¿Por qué estaba la puerta

abierta? Entré, despacio. Miré a la derecha, a la cocina, y vi un ramo de rosas rojas envuelto en celofán. Extraño. Ryan no era el tipo romántico ni serio en ninguna de sus relaciones. No podía imaginar para quién las habría comprado. Oí pasos a la izquierda. Giré la cabeza para mirar, con el corazón desbocado. Solté un suspiro. Ryan se había olvidado otra vez de cerrar la puerta con llave. Habíamos hablado de esto *muchas* veces.

Se alborotó el pelo de la nuca.

—Qué pasa, tío.

Solté un suspiro audible.

—Te has vuelto a dejar la puerta abierta.

—Lo siento, tío, pero… eh, tienes un regalo. Debe de ser de esa chica tuya tan chiflada —dijo, soltando una risita.

Al menos a alguien le hacía gracia todo esto. Ambos nos acercamos a la barra de la cocina.

—¿Han traído esto?

—No, tío. Estaban en el felpudo. Hay una nota.

En el felpudo. *Había vuelto a estar aquí*.

—¿Cuándo has llegado a casa?

—No sé, hace como cinco o diez minutos. Estaban ahí, delante de la puerta. Es tu día de suerte, tío.

¿Suerte? No era así como me sentía.

—¿Qué dice la nota? —Tenía miedo de mirar. Ojalá todo esto parara de una vez.

—No la he mirado. No quería meterme en tus asuntos con esta tía.

Ryan y yo éramos compañeros de piso desde hacía poco más de un mes. Estaba en primero y todavía se comportaba como el adolescente que era. Todo tías y colegas y tío. No era un compañero de piso terrible, pero me sacaba de quicio. *A menudo*. Todavía no era un adulto del todo.

Me acerqué y cogí el sobre blanco con mi nombre escrito en mayúsculas. Abrí la solapa, saqué una tarjeta blanca y la abrí. Ladeé la cabeza mientras la leía para mis adentros.

Ella no es la adecuada para usted.
Usted y yo estamos destinados a estar juntos.
Confíe en mí. Por favor, manténgase alejado de ella.

Pronto estaremos juntos.
Con amor siempre,
KT

Mi mente se puso a toda marcha, intentando entender lo que significaba. ¿Quién era la «ella» a la que se refería KT?

—¿Qué dice?

Le leí la nota en voz alta a Ryan.

—¿De quién está hablando?

¿Ella no es la adecuada para usted? Negué con la cabeza.

—No lo sé. Quizá… —Una sensación de desasosiego me invadió—. Selena. ¿Había estado KT observándome y me había visto hablando con Selena? Eso había sido hoy mismo. KT había estado en mi apartamento minutos antes de que yo llegara—. No lo sé. Podría estarse refiriendo a Selena.

—¿Quién es Selena?

—Está en una de mis clases. Trabaja para una agencia de investigación privada. Le he pedido ayuda para averiguar quién me ha estado enviando todas estas notas. He hablado con ella hoy, hace no más de treinta minutos.

—Hala. Tío. Qué fuerte. Espera, ¿esa Selena está buena?

¿Lo estaba? La describiría como guapa más que como buena, pero era más que eso. Era intensa, interesante y diferente. Intimidante.

—Es atractiva.

Ryan abrió los ojos como platos.

—Un momento. Tío. ¿Una detective privada? ¿Buena? Colega, ¿es la tía esa de la que he oído hablar, a cuyo novio se cargaron hace un par de años? Yo me mantendría alejado de ella. Podrías acabar como el último. —Se pasó el dedo índice por el cuello.

Puse los ojos en blanco. Ryan era un crío.

—Tío. Es broma. Pero ¿es ella, en serio?

—Es ella. —Así fue como supe que podía pedirle ayuda. La historia había estado por todas las redes sociales cuando yo estaba en tercero. No era de extrañar que Selena fuera tan reservada. Pero no era como si Selena hubiera matado a su novio. No parecía capaz de hacerle daño a nadie… bueno, a no ser que alguien se metiera con ella. Definitivamente, tenía un punto de dureza.

—¿Va a ayudarle?

—Ha dicho que no.

—Vaya palo. —Los ojos de Ryan estudiaban la diminuta pantalla mientras se desplazaba por ella—. Odio añadirme a las malas noticias, pero tienes que mirar Facebook.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Es lo que venía a decirte. Creo que tienes que verlo por ti mismo.

Saqué el iPhone del bolsillo trasero. Abrí la aplicación de Facebook y repasé las notificaciones. Me quedé boquiabierto. KTSpencer0724 y yo teníamos «una relación».

Spencer era mi apellido.

Mi cumpleaños era el 24 de julio.

La situación se estaba volviendo demasiado rara, y no parecía cosa de Jenna. No estaba bien. No era normal. Era anormal, del tipo de anormalidad que había estudiado en mis clases de psicología. Mi carrera trataba de entender la mente humana, pero no podía descifrar la de KT y eso me asustaba.

Claro que podía bloquear el número de KT, cambiar mi correo electrónico y borrar todas mis cuentas de redes sociales y luego ¿qué?, ¿esconderme?

Ryan se acercó y me dio una palmadita en el hombro.

—Felicidades por la nueva relación.

Apreté la mandíbula.

—Tío, relájate. Estaba de broma. Quizá deberías intentar quedar con ella. Pedirle salir y así sabrás quién es. Quién sabe, a lo mejor está buena. Las locas siempre lo están.

Aunque Ryan era idiota y era una idiotez lo que había dicho, no era como si no le hubiera preguntado a KT su verdadera identidad. Pero KT insistía en que, cuando fuera el momento adecuado, estaríamos juntos. Significara lo que significara eso. Podía intentar forzar un encuentro y poner fin a toda esta mierda de la identidad secreta. Pero algo en ella parecía desquiciado, incluso peligroso. ¿Quién cambia su estado sentimental en Facebook con alguien con quien ni siquiera ha hablado en persona?

Quizá estas últimas acciones, las flores y la nota sobre Selena, fueran suficientes para que Selena me tomara en serio y me ayudara a descubrir la verdadera identidad de KT y su motivo.

Era realmente extraño. No se trataba de una simple admiradora secreta a la que se le había ido de las manos. Me observaba. Visitaba mi apartamento. Anunciaba en las redes sociales que teníamos una relación.

Selena había dejado claro que no podía aceptar ninguna investigación activa, pero quizá se reuniría conmigo y, al menos, me ayudaría a averiguar cómo podría investigar por mi cuenta. Seguro que eso no violaría las reglas de su madrastra. Necesitaba la ayuda de Selena. Esperaba poder convencerla esta vez. Si Selena no me ayudaba, no sé qué haría. ¿Esconderme?

4

—•—

SELENA

Repasé mi lista de tareas pendientes en la cabeza mientras recorría el pasillo. Después de las prácticas de tiro y de cenar con Dee, todavía tenía deberes. Y me gustaría pasar por la oficina para ponerme al día con una investigación secreta, pero quizá fuera demasiado tarde para tener una excusa creíble. Tenía que inventarme una razón para estar allí fuera del horario laboral. Tendría que rebuscar en mis notas de trabajo para ver si había algo que pudiera usar como coartada.

Me adentré en el paso de peatones hacia el aparcamiento cuando oí una voz que ya me resultaba familiar gritar mi nombre.

—Selena.

Este tío no parecía pillar ni las indirectas ni un «no» rotundo, ya puestos. Me giré sobre mis talones y lo vi correr hacia mí. Cuando se detuvo, estaba sin aliento. Debía de llevar un rato siguiéndome. Estaba demasiado ensimismada para darme cuenta. Eso no eran buenas noticias para mí. Tenía que estar más alerta. ¿Adónde había ido a parar todo mi entrenamiento? Supongo que, al no estar en «servicio activo», me había relajado un poco. Odiaba ser una rata de oficina, una revisora de expedientes. Preferiría mil veces estar en la

calle investigando. Haciendo justicia. Puse mi mejor cara de simpática pero molesta. Creo que lo conseguí.

—Dillon, ¿qué pasa?

—Gracias por parar. Yo…

Estaba a punto de interrumpirlo cuando levantó una mano.

—Por favor, por favor. Sé que me dijiste que no podías ayudarme, pero si puedes darme cinco minutos para explicarte…

Lo estudié. Sus ojos eran suplicantes y desesperados. En otras circunstancias, sería bastante mono. Amable. Cálido. No el desastre que tenía delante. Eché un vistazo a la pantalla del móvil que sostenía en la mano y luego volví a mirarlo a él.

—Cinco minutos. Tengo que ir a un sitio, así que solo cinco de verdad —no tenía por qué ser borde, era un compañero de clase y estaba claro que lo estaba pasando mal—. No pasaría nada por darle cinco minutos, ¿no?

—Gracias. Seré rápido. Entiendo que no puedas ayudar a investigar, pero es que las cosas se han ido de madre y me está acojonando. No quiero meterte en un lío en tu trabajo ni con tu madrastra, así que pensaba que quizá podrías darme algunos consejos sobre cómo investigar por mi cuenta. Sobre cómo hacer que pare.

¿Que se han ido de madre?

—¿A qué te refieres con que se han ido de madre? —*¿Por qué preguntaba? Selena, no. Tía, lárgate*.

Sacudió la cabeza con angustia.

—Cuando llegué a casa después de clase ayer, ya sabes, después de que habláramos en el aparcamiento, había flores y una nota esperándome. Mi compañero de piso dijo que las había encontrado al llegar unos minutos antes. La nota se refería a que «ella nunca te hará feliz como yo». Tardé un minuto en darme cuenta de a quién podía referirse KT, pero entonces caí en que quizá hablaba de ti. Si es así, debe de haberme seguido, habernos visto juntos y haber supuesto que teníamos algún tipo de relación romántica.

Hizo una pausa, como si esperara mi reacción. Es decir, desde luego no me gustaba la idea de que alguien me estuviera observando. *Aun así, lárgate. Pero ya*.

Continuó:

—Y eso no es todo. Tiene un perfil falso de Facebook y acaba de publicar que tiene una relación conmigo. Ni siquiera conozco a esa persona. Me está vigilando. Me está llamando. Me está enviando mensajes. Sabe dónde vivo.

Escuché mientras seguía dándome los extraños detalles. Una acosadora… una acosadora de verdad nunca era buena señal. Al principio, había pensado que quizá estaba siendo demasiado sensible y que se trataba de una exnovia que buscaba venganza. Ahora entendía por qué estaba tan alterado; no era normal. Aun así, algo no encajaba, como si se estuviera guardando algo.

—Entonces, me estás contando todo lo que ha hecho esta tal KT. Y ¿estás seguro de que no es una exnovia o alguien que conozcas?

Cerró los ojos y resopló.

Interesante.

Cuando volvió a abrir los ojos, me miró.

—Vale, no estoy seguro de eso. Y, para serte sincero, al principio sospeché que era una ex, alguien con quien salí el año pasado. Jenna no se tomó bien la ruptura. Me deshinchó las ruedas del coche. Hizo correr rumores sobre mí, me sorprende que no te hayas enterado. Dijo que era un pederasta, que por cierto no lo soy. Lo dijo solo para hacerme daño. Pero cuando encontró a un nuevo tío, sus ataques cesaron. Con el tiempo, los rumores se desvanecieron y mi vida volvió a ser tranquila y normal. Pensé que todo había quedado atrás y que mi último año sería bueno, pero entonces empezó todo esto y sospeché de Jenna, aunque era más extraño que cualquier cosa que ella hubiera hecho. Jenna nunca ocultó su identidad y no me siguió, que yo sepa. Esto parece distinto. Raro.

Contemplé su confesión. La ex había pasado página, pero tal vez ella y el nuevo novio habían roto y volvía a buscar vengarse de Dillon. Quizá se aburría o le había pedido ayuda a una amiga. Uf. Tenía que dejar de pensar en este caso. No es un caso. *No lo llames caso*. Esta posible investigación, en la que no me voy a involucrar, era interesante. Más interesante que revisar registros telefónicos y buscar patrones. Ese era mi trabajo ahora. Por ahora. *Tres meses,*

Selena, puedes conseguirlo y lo conseguirás. Quizá pudiera darle algunos consejos… quizá. Volví a mirar el móvil.

—Mira, de verdad que me tengo que ir. Suena extraño, eso te lo concedo. Es solo que…

Juntó las manos.

—Te lo estoy suplicando. Por favor, piénsatelo. Tal vez podrías compartir algunos consejos sobre cómo puedo averiguar quién es. Como, ¿sabes cómo averiguar la dirección IP de alguien? ¿Y cómo rastrear la ubicación de KT? Podrías ser una profesora, no una investigadora. No puedo pagar mucho, pero algo tengo. Por favor, al menos dime que te lo pensarás.

—Me tengo que ir, pero me lo pensaré. —*Selena, ¿qué haces? ¡Di que no!*

Una sonrisa se extendió por su cara y se le iluminaron los ojos.

—Muchas gracias, Selena. Gracias.

—Todavía no he aceptado nada.

—Aprecio que siquiera te plantees ayudarme. Si decides que puedes ayudarme, llámame o mándame un mensaje cuando quieras. —Me tendió su móvil y yo, a regañadientes, metí mis datos de contacto. Él hizo lo mismo con el mío. De verdad que tenía que aprender a decir que no.

Estaba de pie, con los brazos extendidos y un arma potente en la mano. Miré a través de las gafas de tiro la silueta sin rostro que tenía delante. En el papel no tenía rostro, pero en mi mente sí. Era cada uno de los depredadores de la casa DKA. Era Ocampo. Era el traficante que me había arrebatado a Brendon a mí y al resto del mundo. Era mi enemigo, e iba a acabar con él.

Un toque en el hombro hizo que bajara el arma y girara la cabeza. Gesticulé «uno más» antes de volver a mi objetivo.

Pam. Pam. Cabeza. Pecho. Hecho y hecho. Disparar un arma tenía algo de meditación, imaginar en tu cabeza la destrucción de tu

enemigo y cómo convertías el mundo en un lugar más seguro. Algún día sería de verdad.

Después de quitarme el equipo de protección, guardé mi pistola, que había sido un regalo de papá y Martina por mi vigesimoprimer cumpleaños. La noche que los cumplí, en lugar de cogerme una borrachera monumental o vete tú a saber qué, Martina nos llevó a Dee y a mí a la galería de tiro y disparé un arma por primera vez. Había sido un momento que me cambió la vida.

El poder que sostenía en las manos me dejó claro que no solo era importante tener un arma, sino que también necesitaba convertirme en una tiradora experta. Necesitaba mi licencia de detective privado y un permiso de armas para porte oculto, para no volver a ser vulnerable nunca más.

Me pregunté si saber que un día, y esperaba que fuera pronto, podría llevar un arma letal para protegerme me había hecho relajarme en mi entrenamiento de combate cuerpo a cuerpo. En mi dieta sana. No es que se me hubiera ido la pinza del todo, seguía corriendo tres días a la semana, pero había añadido helado y alguna margarita ocasional con Dee a mi menú. Teniendo en cuenta que Dillon había conseguido sorprenderme y que ahora parecía que alguien me seguía sin que yo me diera cuenta, debería empezar a ir al gimnasio de nuevo. Tal y como estaban las cosas, los pantalones me quedaban un poco más ajustados de lo que era cómodo.

Vale, de acuerdo.

Admito que me había vuelto autocomplaciente, pero estar sentada en un despacho moviendo papeles y estudiando números no me hacía ningún favor. Martina me había advertido que siguiera con mi entrenamiento para prepararme para cuando volviera a estar activa. Llevaba ya un año y medio. *Suspiro.* Supongo que Martina tenía razón *otra vez*. A veces era tan irritante.

No veía la hora de volver ahí fuera, a luchar por los desvalidos.

Cerré la puerta de mi taquilla alquilada, introduje mi código para cerrarla con llave y me dirigí hacia Dee, que ahora estaba charlando con el dueño del local. Me acerqué con un poco de brío.

—Hola, Dee. —Siempre me sentía mejor después de una sesión en la galería de tiro.

—¿Lista para irnos?

—Sí.

Dee dijo:

—Hasta luego, Marco.

Lo saludé con la mano mientras seguía a Dee. Le dije:

—Si quieres, puedo conducir yo.

—Genial. Por mí, perfecto.

En la carretera, de camino a nuestro restaurante favorito para cenar, le pregunté a Dee:

—¿Qué hay de nuevo?

—He estado superliada.

Me describió su horario. Dee era una mujer muy ambiciosa: no solo estaba haciendo una doble titulación en química y psicología con planes de convertirse en psiquiatra, sino que también era voluntaria en el centro de crisis del campus. Tenía la noble meta de dedicar su vida a defender y ayudar a otras personas, más concretamente, a supervivientes de traumas sexuales y físicos.

Su misión comenzó después de que la agredieran durante nuestro primer año de universidad, en la casa de la fraternidad DKA. Como le ocurre a la mayoría de las personas que sobreviven a tal violencia, aquello le cambió la vida para siempre. Solo de pensar en el incidente me hervía la sangre. Sí, había destapado la violencia sistémica que se estaba produciendo en la fraternidad, habían perdido su cédula y un hombre había sido arrestado, pero aun así me ponía de los nervios. Me costaba aceptar el hecho de que algunos de los hombres implicados no hubieran sido llevados ante la justicia. Era un escaso consuelo que la fraternidad hubiera sido disuelta.

Dee había sido más indulgente que yo y, tras una intensa terapia, había canalizado su dolor para mejorar la vida de los demás. Antes de la agresión, había estado estudiando ciencias con la intención de ir a la facultad de medicina, pero ahora había cambiado su enfoque para ayudar a otros a sanar mentalmente en lugar de físicamente. Con su doble titulación y el voluntariado, no había mucho espacio para nada más.

No había salido con nadie desde la agresión. No la culpaba, ya que yo había estado en el mismo barco unos años antes por razones ligeramente diferentes. A mí también me habían agredido, pero había sido mi novio del instituto, que no solo me forzó, sino que también intentó matarme. *Los chicos serán chicos, ¿a que sí? Suspiro.* Sí, resultó que era un asesino y yo tuve suerte de haber sobrevivido. Si no fuera por Martina, no lo habría hecho. Fue una forma muy loca de conocer a mi futura madrastra y de volver a conectar con mi padre exadicto, pero resultó ser en el momento perfecto.

Después de aquello, había jurado no volver a salir con nadie. No fue hasta que conocí a Brendon y él me desgastó con su insistencia que rompí mi regla. Brendon consiguió cambiar mi visión sobre todo lo relacionado con las relaciones. Me demostró que los hombres podían ser buenos y cariñosos. Que las relaciones podían ser sanas. Y que también podían terminar de repente en un momento que te destrozaba la vida.

Si hubiera podido ponerme en el lugar de Brendon, lo habría hecho sin dudarlo. Como no era posible, había dedicado todo mi tiempo libre a continuar la investigación sobre los traficantes, aunque en secreto. Pero después de que mis errores causaran su muerte, juré que no permitiría que volviera a ocurrir. No podía poner en peligro a mis seres queridos, así que había mantenido la distancia para mantenerlos a salvo.

Dejé de vivir con Dee, o con cualquiera, y reduje las visitas familiares al mínimo. Limité la mayor parte de mi interacción con Martina a cuando estaba en las oficinas de Drakos Monroe, pero incluso entonces no la buscaba. Tenía que asegurarme de que no se diera cuenta de mi investigación secreta sobre los asesinos de Brendon.

Finalmente había cedido a la insistencia de Dee en que debíamos mantener el contacto. Sugirió prácticas de tiro y citas para comer, y argumentaba que, como ambas practicábamos con regularidad, no había razón para no quedar y practicar juntas. Y después, picar algo. Dee era bastante persuasiva. Echaba de menos pasar más tiempo

con ella. Fue ella quien me sugirió que cogiera más asignaturas para graduarme antes. Dee era muy lista.

Tamborileé los dedos en el volante y Dee centró su atención en mí.

—¿Qué te pasa, Selena? Si no te conociera, diría que tienes algo en mente.

¿Tenía algo en mente? *Sí*. El mundo. Mi pasado. Mi presente. Dillon.

—Últimamente he estado pensando mucho en las cosas. Cosas malas. Creo que los recuerdos se me han removido por uno de mis compañeros de clase que me ha estado suplicando ayuda. —Le conté todos los detalles del caso de Dillon —no era un caso— y le expliqué que todavía estaba decidiendo si debía ayudarle a investigar a su acosadora. Entré en el aparcamiento del Happy Fortune, un restaurante chino que a ambas nos encantaba. No era una opción sana, pero era deliciosa. Estaba a medio salir del coche cuando me di cuenta de que Dee no se había movido. Volví a meter la pierna, cerré la puerta y me giré hacia ella—. ¿Qué?

Tenía la cara larga.

—Selena, creo que deberías ayudarle.

—¿Por qué?

—Por lo que has descrito, esas no son actividades normales. Perdona si sueno como una recién estrenada estudiante de psicología, pero esta acosadora, KT, podría tener algún tipo de trastorno de la personalidad u otro problema grave de salud mental. Esta persona que lo está vigilando a él, y a ti, podría estar gravemente perturbada y ser capaz de hacerle daño a Dillon, a ti o a sí misma. O a todos a la vez. Creo que deberías ayudar a Dillon.

Contemplé lo que Dee acababa de explicar. ¿Significaba eso que no era Jenna, su ex? A menos que Jenna tuviera algún tipo de trastorno o lo que fuera que Dee estaba diciendo.

—Entonces, ¿de verdad crees que podríamos estar en peligro?

Dee se encogió de hombros.

—Bueno, quizá sí, quizá no. Parece que esta persona está intensificando su comportamiento y puede volverse más inestable, lo que podría llevarla a hacer cosas impredecibles y peligrosas. Y ahora

que estás en su punto de mira, Selena, podrías estar en peligro. Creo que, aunque no lo hagas por Dillon, deberías hacerlo por ti misma. Martina tendría que entenderlo, no estás asumiendo una nueva investigación, solo os estáis ayudando a él y a ti sin romper realmente sus reglas y poner en peligro tu licencia de detective privado.

Estudié los grandes ojos azul aguamarina de Dee. Tenía razón. Técnicamente, no estaba asumiendo una investigación. Ayudar a Dillon no rompería las reglas, así que estaba bien, y probablemente ni siquiera *necesitaba* decírselo a Martina. Después de todo, su vida y la mía podrían estar en peligro. Sería una tontería no ayudar, ¿verdad?

5

—•—

TAYLOR

A través de mis gafas de sol, la vi en el patio central sentada en una mesa, con el libro abierto y la cabeza gacha. Era la oportunidad perfecta para conocer a su nueva amiga. Me acerqué con aire despreocupado a la mesa de enfrente. —¿Te importa si me siento aquí?

Me miró con sus ojos de color chocolate y me dedicó una sonrisa amable. —Claro. —Volvió a bajar la vista a su libro de economía.

Dejé la mochila en el banco, saqué mi propio libro de economía y le dije: —¿Estás en mi clase de economía, verdad?

Levantó la vista sin mover la cabeza. —¿Puede ser?

Pasé por encima del banco y me senté. —La profesora Donna, a las nueve de la mañana, lunes, miércoles y viernes.

Enarcó una ceja y se enderezó. —Sí, esa es mi clase. No estoy segura de haberte visto antes.

Parecía estar a la defensiva para una pregunta tan inocente. Debe de ser rarita. —¿Suelo sentarme al fondo. No soy de las que se sientan en primera fila y levantan la mano, ¿sabes?

Murmuró: —Ajá.

—Soy Taylor March. —Extendí la mano por encima de la mesa.

Dejó el lápiz sobre el libro y me la estrechó. —Soy Selena Bailey.

—Encantada de conocerte. Me gusta el tatuaje que tienes en la muñeca. ¿Qué significa?

Se miró la muñeca como si no supiera que estaba ahí. Definitivamente era rarita o, como mínimo, no muy simpática. No podía ser la primera persona que le preguntaba por el tatuaje. —Es un símbolo celta.

—Ah, qué guay, ¿eres irlandesa?

—No.

Vale. Definitivamente es rarita. —Hace un tiempo estupendo, ¿verdad? He decidido estudiar hoy fuera para pillar algo de sol, ya que probablemente no tengamos muchos más días así este año. Los cielos grises y la niebla llegarán en cualquier momento y no volveremos a ver el sol hasta la primavera.

Selena asintió y su cuerpo pareció relajarse. —Estoy de acuerdo, se está muy bien, por eso he venido a estudiar aquí también.

Quizá por fin había derribado su coraza. —¿Eres de por aquí?

—De East Bay.

—¿En serio? ¿De qué parte? Yo soy de Walnut Creek.

Dudó. —Un poco de todas partes, sobre todo de Grapton Hill.

—Somos casi vecinas. ¿Eres de primero?

Selena cogió el lápiz. —No, este es mi último semestre. Me gradúo en diciembre.

—¿De verdad? No sabía que se podía graduar en otra fecha que no fuera primavera, pero no soy ninguna experta. Yo soy de primero. Este es mi primer semestre en la universidad.

Asintió como si eso lo explicara todo. *Puede que sea joven, pero no tanto como para no saber lo que quiero.*

—Sí, es posible. Este es mi cuarto año, pero cogí asignaturas de más para poder graduarme antes. Me mantiene bastante ocupada.

Vale, vale. Sé que me estás insinuando que te deje en paz, pero lo siento, necesito información. —Vaya, qué lista debes de ser. ¿Estás estudiando económicas?

Resopló. —No, mi especialidad es justicia penal y la segunda especialización, empresariales.

—Qué guay. Yo estudio empresariales.

Apenas asintió. —Bueno, ha sido un placer conocerte, pero creo que debería volver a estudiar.

La estaba perdiendo. —Ah, sí, claro. Siento mucho molestarte, pero tengo curiosidad. Me pareció verte con Dillon Spencer después de clase. ¿Es tu novio?

Ladeó la cabeza. —No, no es mi novio.

—¿No? Parece majo. Y es guapo, ¿verdad?

Dudó. —Parece majo, supongo, pero no estoy interesada.

—¿Tienes novio? ¿Es por eso que no quieres salir con él?

Pareció volver a tensarse.

—Ah, perdona, no quería darlo por hecho. ¿Quizá tienes novia? —Tenía que ser por eso que había rechazado a Dillon. Era la única razón lógica.

—No, no es eso, es que no salgo con nadie.

—¿Una mala experiencia?

Soltó un bufido. —Por decirlo suavemente. Perdona, no quiero ser maleducada, pero de verdad que tengo que terminar los deberes.

Le eché un vistazo al papel y vi que había estado haciendo los deberes de economía y que ya los tenía a medias. Por lo que pude ver, los tenía todos bien. Así que lo que había averiguado hasta ahora era que era lista, que se iba a graduar antes de tiempo y que no salía con nadie. Quizá no era la amenaza que yo pensaba, pero para asegurarme, la investigaría más a fondo. —Lo siento mucho. Te dejo tranquila. Encantada de conocerte.

Me despidió con un gesto de la mano y dijo —no pasa nada— antes de volver a centrarse en los deberes. *Sí, Selena Bailey, tengo que averiguar más cosas sobre ti.*

Después de estudiar durante una hora frente a ella, volví a saltitos a mi habitación de la residencia, eufórica por el sol y por saber que Dillon no estaba saliendo con Selena. Aún así, eso no significaba que estuviera completamente fuera de peligro. Después de todo, él seguía detrás de ella por algo, ¿rogándole una cita o alguna otra cosa?

Abrí la puerta de mi apartamento y examiné el salón. Había platos sucios por toda la mesa del comedor y, sobre el sofá, una sudadera y varios libros esparcidos. Mi compañera de piso era un desastre,

pero por suerte no pasaba mucho tiempo en casa. Me encantaba la idea de vivir sola. A veces deseaba que se fuera a casa o que se tropezara y se cayera de un balcón solo para tener el piso para mí. No es que Mandy fuera mala persona; de hecho, era maja conmigo, pero me encantaría tener mi propio espacio. Me entusiasmaba la libertad que me daba la universidad. Tenía metas e iba a alcanzarlas. Nadie se interpondría en mi camino.

Cerré la puerta tras de mí y dejé la mochila en el suelo, junto al sofá. El móvil me vibró en la mano. —¿Hola? ¿Qué pasa?

—Quería preguntarte si vas a traer a tu nuevo novio a casa por Acción de Gracias.

—Es un poco pronto para Acción de Gracias, ¿no crees?

¿Por qué me agobiaba tanto? Ni siquiera era octubre. ¿Por qué estaba planeando una festividad que era dentro de dos meses? Por supuesto, probablemente me llevaré a Dillon.

—No me hables en ese tono, Taylor.

La furia me invadió el cuerpo. —Te hablaré en el tono que me dé la gana. Soy adulta, pero tú sientes la necesidad de no dejarme en paz. ¡Por qué no puedes dejarme vivir mi vida! Como sigas así, tendrás suerte si voy a casa por Acción de Gracias. —Colgué y tiré el teléfono al sofá. Estaba tan harta de que la gente intentara controlar mi vida. Resoplaba mientras daba pisotones por la habitación. Quería romper algo. Uf. ¿Cómo era posible que mi estúpida madre todavía pudiera provocarme estos sentimientos? Quería gritar y llorar. ¿Por qué no podía simplemente dejarme en paz? A mí no se me podía controlar. Soy mi propia persona. No podían vivir mi vida por mí. Era más que capaz de perseguir mis sueños y lograr todo lo que me propusiera. Conseguiré lo que quiero y cuando lo quiero… *cueste lo que cueste*.

6

—•—

SELENA

Me ceñí la chaqueta mientras me acercaba a la pequeña cafetería de North Beach donde había quedado con Dillon. Había una cola de veinte personas en la puerta. Debía de ser un sitio muy popular. Con un poco de suerte, se le habría ocurrido reservar para que no tuviéramos que esperar fuera pasando frío. Giré a la izquierda y miré a través de las puertas de cristal para ver el interior. Vi a Dillon sentado en una mesita para dos. Abrí la puerta y la corriente de aire alborotó las servilletas de una mesa cercana. La cerré a mi espalda y me dirigí hacia Dillon. Levantó la vista y me saludó con la mano. Coloqué la mochila en el respaldo de la silla y me senté frente a él.
—Hola.

—Hola. No sabía qué te gustaba beber, así que he pedido dos expresos dobles. ¿Te parece bien? Siempre puedo pedirte otra cosa. He tenido que pedir para que nos dieran mesa —dijo con aire avergonzado.

Bajé la vista hacia la diminuta taza y el platillo con un biscotti en miniatura a un lado. Inhalé el fuerte aroma a café. Era celestial. Eché un vistazo por la pequeña cafetería, que solo tenía quince mesitas para dos. Volví a centrar mi atención en Dillon; sus ojos azul claro estaban llenos de esperanza. Le dediqué una sonrisa

tranquilizadora. —Es perfecto, gracias. —No solía beber expreso, pero cualquier cosa con cafeína me servía.

Se removió, inquieto, arrugando la servilleta con los dedos. —¿Has encontrado la cafetería sin problemas?

—Sin problema, solía venir a comer por aquí a todas horas. —North Beach era un barrio predominantemente italiano de San Francisco, lleno de restaurantes que servían pasta, café y helados buenísimos. Hacía tiempo que no venía. La zona siempre me recordaba a Brendon, ya que nuestra primera cita fue en un restaurante a la vuelta de la esquina. Sentí una punzada sorda en el pecho.

Dillon asintió. —Genial.

—¿Vienes mucho por aquí? —Normalmente no me gustaba la cháchara, pero si íbamos a trabajar juntos, debía saber más sobre él.

—De vez en cuando. Esta cafetería es mi favorita. La comida es increíble y el café, aún mejor. Soy un poco aficionado al café, y este sitio tiene el mejor de toda la ciudad, probablemente de California. Es una pasada. Pruébalo.

Cogí la diminuta taza blanca y di un sorbo. Era intenso y aterciopelado. No era lo que me esperaba. —Está bueno.

Sonrió, enseñando los hoyuelos. —Me alegro de que te guste.

De repente, aquello parecía una primera cita, aunque esa no era la intención. A pesar de saberlo, sentí mariposas en el estómago que no dejaban de revolotear. Habían llegado sin mi consentimiento. *Inaceptable.* Di otro sorbo, intentando ocultar mi angustia. No sabía muy bien qué tenía Dillon para ponerme nerviosa. No me lo esperaba. Espanté las mariposas y me aclaré la mente. —¿Ha pasado algo nuevo con KT desde que hablamos ayer? —Fue mi intento, bastante brusco, de devolver la situación a un ambiente que no fuera de cita. A lo que íbamos. Necesitaba que fuera estrictamente profesional.

—No, nada fuera de lo normal. Me manda mensajes todos los días, pero hoy no ha publicado nada nuevo en Facebook. No tengo ni idea de cómo averiguar quién es y hacer que pare todo esto. Gracias de

nuevo por acceder a reunirte conmigo y por ayudarme. Te lo agradezco más de lo que te imaginas.

—Claro. Según nuestras conversaciones anteriores, estás recibiendo mensajes de texto, correos electrónicos y alguien se ha puesto en contacto contigo en Facebook fingiendo tener una relación contigo. Sabe dónde vives, a qué universidad vas y dónde trabajas. Supongo que es una estudiante de la universidad. Lo digo porque pudo vigilarte y seguirte desde clase hasta tu coche, observarnos en el aparcamiento y, después, ir a tu piso y dejar flores y una nota. ¿Eso es todo?

Asintió. —Sí, eso es todo.

—Bueno, si yo lo estuviera investigando, que no es el caso, lo primero que haría sería intentar determinar las direcciones IP utilizadas para el correo electrónico y Facebook. Segundo, miraría el número de teléfono de los mensajes de texto e intentaría averiguar, basándome en los registros telefónicos, a quién pertenece el número.

—¿Las direcciones IP y los registros telefónicos siempre dicen a quién pertenecen?

—No, no necesariamente. Si la dirección IP está registrada a nombre de un usuario específico, obtendremos la identidad a través del proveedor de internet. Por otro lado, si KT usó una biblioteca pública, la dirección IP no nos dará su identidad, pero podríamos obtener la dirección del ordenador utilizado, y podríamos partir de ahí. Sus registros telefónicos pueden identificar al usuario si está registrado, pero es bastante fácil conseguir un teléfono de prepago. Solo tendría que entrar en cualquier droguería y comprar un teléfono por veinte pavos. No se pueden rastrear, así que si eso es lo que usó KT, será un callejón sin salida.

—¿Qué pasa si no consigo un nombre o una dirección?

Entonces nos enfrentamos a alguien que puede que ya haya hecho esto antes y será difícil de encontrar. Malas noticias. —Ya nos ocuparemos de eso cuando lleguemos a ese punto, si es que llegamos, pero lo que yo haría normalmente, que no haré porque no estoy investigando este caso, es seguirte para ver si puedo pillar a alguien observándote. Pero como lo vas a hacer tú solo, debes estar

hiperalerta y comprobar siempre tu entorno, prestando atención a quienes están cerca de ti. Tienes que estar atento a cualquiera que aparezca continuamente en tu campo de visión. ¿Se te ocurre alguien con quien te cruces constantemente?

—No, no me parece. Pero empezaré a fijarme, eso por descontado.

Observé sus largos dedos coger la taza de café por el asa diminuta. Aparté de mi mente los pensamientos que no eran profesionales. Concéntrate. ¿Qué tenía este chico?

Dejó la taza. —Vale, ¿y cómo encuentro la dirección IP y obtengo los registros telefónicos? ¿Es algo que puedo hacer por internet?

—Sí, hay servicios en internet. Hacen la búsqueda por una tarifa. Deberías empezar por ahí.

—Lo haré. ¿Y luego podemos volver a quedar para hablar de lo que encuentre?

Estudié su rostro. Tenía una cara agradable, pero necesitaba mantener la cabeza fría y no perder de vista el objetivo. Probablemente debería mantener las distancias. Solo asuntos oficiales. —Claro, podemos hacer eso. —Me terminé el expreso y le di un mordisco al biscotti. Algo que no habría hecho hace año y medio, pero ahora comía biscotti, galletas y gofres. No es que un solo biscotti fuera a desbaratar mi forma física. Dee y yo habíamos quedado en su gimnasio este fin de semana. Este sábado, empezaría mi camino de vuelta a mi mejor forma física. Estaba un poco nerviosa y muy emocionada por acercarme a ser mi antiguo yo, o tal vez incluso un yo mejor y más duro.

—Gracias por el expreso, pero de verdad que debería irme.

—¿Ya te tienes que ir? Has conducido hasta aquí, pensaba que quizá podríamos picar algo. Tienen sándwiches, pastas, pizzas y quiches buenísimos.

Lo observé mientras seguía recitando prácticamente todo el menú de la cafetería. Era un buen tipo. Un buen chico. Un chico que no merecía estar cerca de mí cuando el peligro, inevitablemente, atacara. Por otra parte, ya estaba aquí. Me rugieron las tripas. Supongo que esa era mi respuesta. —Ah, claro, podría comer algo.

Mi naturaleza desconfiada se apoderó de mí. ¿Se había inventado toda esta historia solo para que saliera con él? ¿Era *él* el psicópata? ¿Era estúpida por creérmelo sin más? ¿Podría estar trabajando con los traficantes? ¿Estaba ayudando a un futuro acosador psicópata y desquiciado? Era descabellado, pero de verdad necesitaba volver a estar en plena forma. *Cualquier cosa era posible.*

Dillon hizo un gesto a una camarera. Se acercó rápidamente, con la libreta en la mano. Le dijimos lo que queríamos y se marchó a toda prisa.

—Entonces, ¿qué planes tienes para el resto del día? —preguntó Dillon.

—Deberes. ¿Y tú?

—Oh, ya sabes, deberes, conseguir direcciones IP, registros telefónicos e intentar que no me mate una acosadora desquiciada. —Se rio nervioso, claramente incómodo con la situación. Mi instinto me decía que él no era el psicópata. ¿Quizá por eso no le había pedido pruebas y en realidad no estaba perdiendo mi toque?

Mantuvimos una educada cháchara mientras esperábamos la comida. Parecía mucho una cita, pero no era incómodo porque él era encantador. Si no hubiera jurado no tener citas, estaría encantada de estar aquí. Parecía normal. —¿Qué planes tienes para después de graduarte?

—Me estoy especializando en Psicología y tengo una especialización secundaria en Empresariales, pero planeo estudiar Derecho. Quiero trabajar en el mundo del espectáculo.

—Qué coincidencia, yo también tengo una especialización secundaria en Empresariales, pero me especializo en Justicia Penal. Tengo unas ganas de graduarme en diciembre…

—¿Qué piensas hacer después de graduarte?

Bueno, esa era la pregunta del millón. —Siempre he pensado en entrar en las fuerzas del orden o en la investigación privada. Me inclino más por la investigación privada. Así que sacaré mi licencia de investigadora privada y quizá monte mi propia agencia. —Solté una risita—. Y cuando digo agencia, me refiero a una oficina diminuta en algún centro comercial de mala muerte, donde tendré que buscarme la vida para conseguir clientes y ganarme el pan. Me

gusta mucho la idea de tener mi propio negocio y ser mi propia jefa. —Estaba más que un poco harta de recibir órdenes de Martina y de las reglas de Drakos Monroe Security & Investigations.

—Vaya. Qué emocionante. ¿Cómo te metiste en la investigación?

—Esa es una historia muy larga, pero resumiendo, fue mi madrastra la que me introdujo en ello.

El resto de la tarde comimos una pizza increíble y hablamos del futuro y del pasado. Yo, por supuesto, omití los detalles más escabrosos y le di una versión edulcorada de mi historia. No necesitaba asustarlo; KT ya lo asustaba bastante. Y si se examinaba mi pasado con demasiada atención, era bastante obvio que había dejado un reguero de cadáveres. No podía permitir que Dillon se convirtiera en uno de ellos.

Dillon tenía grandes planes. Quería ser abogado en el mundo del espectáculo representando a artistas para asegurarse de que no se aprovecharan de ellos. Era listo y guapo, se preocupaba por la gente y, por primera vez en mucho tiempo, estaba disfrutando de la compañía de un hombre. La culpa y la vergüenza me invadieron. Dicen que el tiempo lo cura todo. No sé si es verdad. Todavía tenía el corazón roto por la pérdida de Brendon, pero de alguna manera Dillon se estaba filtrando en ese mismo corazón roto. Quizá podríamos ser amigos… a distancia.

Cuando llegó la cuenta, me ofrecí a pagar. Era mejor aparentar que no había nada más que trabajo, pero, por supuesto, él insistió en pagar. Acepté a regañadientes, pero insistió en que era su forma de dar las gracias.

Me levanté y estaba a punto de coger la mochila cuando mi móvil vibró en el bolsillo delantero. Lo saqué y miré la pantalla. Mi cuerpo se quedó helado. Alcé la vista hacia Dillon, que estaba allí de pie, esperando pacientemente a que saliera del restaurante con él. —Acabo de recibir un mensaje de alguien que dice ser KT.

Su sonrisa se desvaneció.

Ahora, esto era personal.

7

—•—

DILLON

Contuve el aliento mientras la ruedecita de colores giraba y giraba. Maldita sea. Necesitaba respuestas. La dirección IP apuntaba a varias ubicaciones públicas del campus. Era mi última esperanza, ya que la búsqueda del número de teléfono no había dado ningún resultado. No estaba registrado. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Llamar a Selena? No me había dicho qué haríamos si ninguna de las vías directas para averiguar la identidad de KT daba resultado.

Parecía que no había una forma sencilla de saber quién estaba detrás de la cuenta de Facebook o del número de teléfono que KT usaba para contactar conmigo. Me era imposible entender qué había hecho yo para merecer esto. ¿Por qué alguien se tomaría tantas molestias para fastidiarme? Siempre he intentado ser una buena persona. O sea, lo intento. Trabajo. Voy a la universidad. Llamo a mi madre todas las semanas.

Para mí, el porqué era la pregunta más importante, después de la identificación de KT. Teniendo en cuenta los últimos tres años de clases de psicología, toda la situación hacía que se me revolviera el estómago. Esa persona no estaba en su sano juicio. Mi instinto también me decía que no era Jenna. Salí con Jenna. La conocía. Era sensible y joven, pero no una enferma mental. ¿O sí? No pensaba que

tomaría represalias después de nuestra ruptura, así que quizá no la conocía tan bien como creía.

¿Qué podía hacer? ¿Rompería Selena sus reglas y me ayudaría más? Dijo que el siguiente paso normalmente sería seguirme para ver si alguien me vigilaba, pero que ella no podía ayudarme. No quería meterla en un lío en el trabajo ni poner en peligro la licencia de detective privado que tanto deseaba. No quería que Selena saliera herida por todo esto. No, tenía que estar más atento y prestar atención a todo el mundo a mi alrededor. ¿Cómo iba a poder hacer eso todo el tiempo? ¿Debería contactar con Jenna para descartarla como sospechosa? Suponiendo que me cogiera el teléfono. Si ella era KT, probablemente lo haría. Me pone enfermo pensar que esta tal KT pueda ser peligrosa. ¿Y si iba a por Selena? Quizá debería olvidarme de todo el asunto.

Cerré la tapa del portátil y saqué el móvil para llamar a Selena y contarle lo que había descubierto, o más bien, lo que no había descubierto. El corazón se me aceleró al pensar en ella. El sonido de su voz y el recuerdo de cómo olía su pelo. Afrutado. Había algo en Selena que no podía quitarme de la cabeza. Incluso con los nervios a flor de piel, no podía evitar sentirme atraído por ella. Su perfecta piel morena y sus curvas en los sitios justos. Preciosa. Sacudí la cabeza.

Podía fantasear todo lo que quisiera, pero sabía que no podía cruzar esa línea, no con ella, no estaría bien. Quizá sería mejor si le enviaba un mensaje en lugar de oírla o verla. Cuando estaba con ella, no quería irme de su lado. Quería saberlo todo sobre Selena Bailey. Me había hablado de sus ambiciones profesionales y yo había leído sobre su pasado. Era, sin duda, la mujer más fascinante que había conocido. Maldita sea. Necesito hacer que esta persona, KT, desaparezca de mi vida.

Esta situación me estaba volviendo loco. Le enviaría un mensaje.

Tecleé un mensaje.

—Hola, Selena. Las direcciones IP son todas de sitios públicos. Tampoco hay coincidencias con el número de teléfono. ¿Alguna sugerencia sobre qué hacer ahora? Gracias. Dillon.

Observé cómo los puntitos subían y bajaban. Estaba despierta y respondía de inmediato. Sentí un cosquilleo por dentro. Leí el mensaje.

—Vaya faena. Mantente alerta. Presta atención a tu entorno y a quién te rodea. Hablemos más. ¿Estarás en la universidad mañana?

Una sonrisa se dibujó en mi cara. Había planeado estar en la universidad, pero, aunque no hubiera sido así, habría hecho un viaje especial.

—Allí estaré. ¿Quieres que quedemos después de clase?

Esperé su respuesta.

—¿Desayunamos y hablamos del caso?

Necesitaba mantener la calma. *Tranquilo, Dillon. Tranquilo.* Puse un emoji informal del pulgar hacia arriba, pero luego lo borré. ¿A quién quería engañar? No tenía nada de tranquilo.

—Suena bien. Que pases buena noche.

Me dio un vuelco el corazón al ver de nuevo los puntitos danzantes.

—Buenas noches.

Me recosté en la silla de mi escritorio y miré mi apartamento. En las encimeras de la cocina había pilas de platos y vasos vacíos. En el salón había montones de ropa, envases de comida para llevar y material deportivo. Mi compañero de piso estaba en su habitación, probablemente colocándose. Al menos a eso olía.

El piso era un completo desastre. Daba asco, pero no iba a limpiar lo que ensuciaba mi compañero de piso adolescente. Anoté mentalmente

alquilar un apartamento de un dormitorio cuando fuera a la facultad de Derecho. Estaba harto de los compañeros de piso.

Abrí de nuevo el portátil para terminar los problemas de mi clase de finanzas, pero, a pesar de mis esfuerzos, mi mente volvía a Selena. ¿Cómo sería tenerla en mi cama? Besar esos labios carnosos, ese cuerpo. La deseaba entera.

¿Y si esta acosadora, esta tal KT, fuera la dificultad que tenía que soportar para encontrar a la persona con la que se suponía que debía pasar mi vida? ¿Y si Selena y yo estuviéramos destinados a estar juntos? Nunca vale la pena luchar por algo fácil. ¿Pero en qué diablos estaba pensando? Claro, estaba cañón. Era fascinante, pero esto no era un extraño cuento de hadas; no era una película. Me pasé los dedos por el pelo y negué con la cabeza. Tenía que dejar de pensar como un perrito enamorado, apenas la conocía. Además, tenía cosas más importantes de las que ocuparme, como deshacerme de una acosadora y graduarme en la universidad. *Tranquilo, tío. Tranquilo.*

8

—•—

SELENA

Dejé el móvil sobre el escritorio con una sensación de desasosiego en el estómago. ¿Por qué no le había dicho a Dillon que no podía ayudarle y me había mantenido alejada de él? Había algo en mí que quería ayudarlo y, ahora, esa loca me estaba enviando mensajes. Por suerte, solo había sido el mensaje de ayer diciéndome que me alejara de Dillon; hoy no había nada nuevo. Pero, sin duda, confirmaba que KT sabía quién era y que probablemente me había estado observando a mí y a Dillon mientras hablábamos en el aparcamiento. Quizá incluso nos vio juntos en la cafetería. Quizá estaba fuera del restaurante, mirándonos a través del cristal cuando me envió el mensaje. *Espeluznante.*

Una parte de mí quería decírselo a Martina para ver si quizá el bufete podía llevar el caso pro bono, sobre todo ahora que podía afectarme a mí. Tal vez debería, pero entonces tendría que contárselo todo a Martina y no estaba segura de cómo se lo tomaría. Podría verlo como una señal de desafío o, peor aún, de traición. Antes estábamos muy unidas. Martina era como la madre que siempre había deseado tener. Incluso antes de que mataran a mi madre, ella no es que fuera a ganar ningún premio a la mejor madre del año. Era una situación de papeles invertidos entre madre e hija.

Yo era la que tenía el trabajo estable y me compraba el material para la vuelta al cole. A pesar de sus defectos, la echaba de menos. Había sido divertida e incluso cariñosa, cuando no estaba demasiado borracha o con uno de sus novios perdedores.

Martina era prácticamente todo lo contrario. Fiable y tranquila. Dura y protectora. Maternal. Después de que me salvara la vida, literalmente, y yo me quedara completamente sola, Martina, la prometida de mi padre, me puso de nuevo en contacto con él y ambos me acogieron con los brazos abiertos.

De eso hacía cuatro años.

Desde entonces, Martina me había acogido bajo su ala, me había enseñado a defenderme y me había introducido en el mundo de la investigación privada. Martina y yo nos habíamos unido mucho durante ese tiempo, hasta que me escondí después de que mataran a mi novio mientras trabajábamos en uno de nuestros casos. Después de Brendon, me aislé de todo el mundo, manteniéndolos a raya para que estuvieran a salvo. No es que Martina y yo no nos reuniéramos regularmente cuando estaba en la oficina, pero intentaba que esas reuniones se ciñeran al trabajo y no se volvieran demasiado personales. Pero aun así asistía a las reuniones familiares en festivos e intercambiaba correos electrónicos con mi hermanastra, Zoey.

Quizá el deseo de ayudar a Dillon era algo más que el mero hecho de ayudarle. Me sentía atraída por él y no sabía explicarlo. Puede que fuera mi soledad. Echaba de menos tener a alguien con quien hablar de pequeñas cosas. Cosas sencillas. No sobre mi pasado. No sobre mis fracasos. Alguien nuevo que no pudiera ver todos mis defectos y cicatrices. Una persona con la que pudiera ir a una comida informal, aunque nuestra comida no lo había sido; al principio. Estábamos allí para hablar de su acosadora, potencialmente peligrosa, que luego se puso en contacto conmigo y, por lo que yo sabía, también me estaba observando. ¿Por qué la vida era tan complicada a cada paso? ¿Por qué siempre había un nuevo reto, aparentemente peor que el anterior? ¿Por qué no podía conformarme con una vida feliz, fácil y tranquila? ¿Qué había dentro de mí que me impulsaba a mirar al peligro a los ojos y no apartar la

mirada hasta cantar victoria o hacer justicia? Supongo que estaba hecha de esa pasta.

Oí unos pasos que se acercaban y cambié la pantalla del ordenador para que mostrara un archivo de trabajo legítimo. Levanté la vista. Martina tenía ojeras, pero lucía una sonrisa amable. Debía de haber tenido un día largo. Dijo:

—Está usted aquí hasta tarde.

Estaba hasta tarde y esperaba que ya se hubiera ido a casa. Eran casi las diez de la noche. Confiaba en que el hecho de estar en la oficina a esas horas no la incitara a quitarme las llaves.

—Sí, solo unos registros que no pude terminar ayer, quería echarles un vistazo antes del fin de semana.

—¿Qué caso?

Me pregunté si sospecharía que venía a trabajar en mi investigación secreta sobre los asesinos de Brendon. Si era así, no me dijo nada. Hacía mucho tiempo que no hablábamos de Brendon. No desde el aniversario de su muerte, hacía seis meses. Me había instado a asistir a la vigilia organizada por la iglesia de sus padres. Me negué. No podía enfrentarme a ellos. Ni siquiera podía armarme de valor para visitar su tumba. La culpa era demasiado grande. Tenía que encontrar a sus asesinos. Tenía que hacerlo. Mi terapeuta decía que debía ir a su tumba a hablar con él. Para dejarlo marchar. No sabía si sería capaz. Quizá cuando encontrara a sus asesinos, podría enfrentarme a él y seguir adelante. Solo el tiempo lo diría. Forcé un tono alegre en mi voz.

—Son los registros telefónicos del caso Varnado.

—No hay que entregarlos hasta el lunes.

¿Cómo conseguía Martina estar siempre al tanto de todo? *Admirable.*

—Ya, pero tengo muchos deberes, así que he pensado que si termino esto antes, podría pasarme todo el fin de semana estudiando.

—Inteligente, pero no trabaje demasiado. ¿Tiene demasiada carga de trabajo aquí? Podríamos reducirle las horas si lo necesita. ¿Qué tal van los estudios?

—Oh, no es necesario. Van bien. Tengo mucho que hacer y algunas de mis clases de empresariales son tan aburridas que no me extrañaría que, si buscara «aburrido» en el diccionario, apareciera el programa de mi clase de economía, pero algunas de mis clases de justicia penal son bastante interesantes. —Lo eran, pero ninguna clase podía imitar la experiencia de estar trabajando de verdad.

—¿Qué tal en su nuevo apartamento?

Martina era una de las pocas personas que sabía dónde vivía realmente, ya que en mi expediente laboral figuraba mi dirección. Después de la muerte de Brendon, me mudaba cada seis meses por si los traficantes venían a por mí. Sobre todo, alquilaba habitaciones con entradas privadas para poder montar cámaras sin problemas. Hasta ahora, había habido un silencio absoluto por parte de los traficantes desde la muerte de Brendon. Quizá la red de traficantes pensó que había saldado mi deuda cuando cumplieron su promesa de matar a Brendon y que la verdadera venganza para ellos era que yo tuviera que vivir sabiendo que había sido culpa mía. No podía imaginar un castigo peor.

—Está bien, pero es pequeño. Aunque está cerca de la playa, lo cual es genial.

—¿Está haciendo ejercicio con regularidad?

Me pregunté si se habría dado cuenta del peso que había ganado y de la mirada apagada de mis ojos.

—He estado saliendo a correr un par de días a la semana, pero llevo un tiempo sin pisar el gimnasio. Quedé con Dee hace un par de días. Fuimos al campo de tiro y luego a cenar. Por fin me ha convencido para que me apunte con ella al gimnasio de krav magá. Mi primera clase es el sábado.

Una luz brilló en los ojos ambarinos de Martina.

—Eso es estupendo, Selena. Recuerde, *mens sana in corpore sano*.

Asentí en silencio. Una burbuja de emoción me subió hasta la nariz. No sé por qué. Quizá me di cuenta de lo mucho que echaba de menos hablar con Martina. Ahora, la única persona con la que hablaba de algo real era mi terapeuta, lo cual ayudaba, pero no era familia. Me mordí el labio inferior.

—¿Cómo está papá?

—Está bien. La echa de menos. ¿Quizá podría pasarse por casa a cenar este fin de semana?

No estaba segura de que fuera prudente, pero echaba de menos verlos.

—Miraré mi agenda. Si no tengo demasiados deberes, quizá.

La tristeza se reflejó en su rostro. Puso la mano en mi hombro.

—Sabe que es bienvenida cuando quiera, Selena.

Aparté la mirada.

—Gracias, lo sé. Debería terminar estos registros para poder irme a casa.

La mano de Martina cayó a su costado.

—No se quede hasta muy tarde. Yo también estoy a punto de irme. Que pase buena noche. Espero verla este fin de semana.

La saludé con la mano mientras salía. Reprimí todas mis emociones y volví a centrar mi atención en la pantalla del ordenador, que mostraba listas de números y letras. Ahora que le había dicho a Martina que los archivos de Varnado eran el motivo por el que estaba en la oficina, tenía que terminarlos esa noche. *Un plan brillante, Selena*.

9

—•—

TAYLOR

Iba dando saltitos por el pasillo, ilusionada con el día que me esperaba y con la esperanza de atisbar a Dillon de camino a mi siguiente clase. Estaba monísimo en clase esta mañana. Esa onda que se le formaba en el pelo y el cuello blanco de la camisa le daban el aspecto de un modelo. De GQ o Abercrombie & Fitch. Era guapísimo. Sentía que estábamos a punto de estar juntos por fin y de empezar nuestra historia. El corazón me dio un vuelco al verlo cerca de la salida del edificio. Incluso entre un mar de estudiantes, él destacaba. Aceleré el paso para acercarme y entonces me paré en seco. Estaba con ella. Me ardió la sangre en las venas. Allí estaban, a escasos centímetros el uno del otro, casi juntando las cabezas mientras hablaban en voz baja, demasiado baja para que yo pudiera oírlos. Apreté los puños, clavándome las uñas en las palmas de las manos.

¿Por qué estaban tan juntos? ¿Por qué hablaban siquiera? Selena me había jurado que no estaban saliendo y que no tenía ningún interés en hacerlo con él. Entonces, ¿por qué estaban allí apiñados?

Relajé los puños e intenté pasar a su lado como si tal cosa. De repente, la actitud de ella cambió al echar la cabeza hacia atrás y reírse de algo que Dillon debió de decir. Le puso la mano en el

hombro. ¿Que no salían? ¿Que no coqueteaban? ¿Que no estaba interesada? Selena debía de pensar que era una idiota por creerme sus mentiras. Aparté la mirada y pasé de largo a toda prisa, recorriendo el pasillo y empujando la puerta que daba al exterior. Aspiré el aire fresco, intentando recuperar el aliento y no perder la cabeza en público, delante de todo el mundo. Con la sangre hirviéndome, miré a izquierda y derecha en busca de algún sitio al que ir. Un lugar donde escapar. Había estudiantes y profesores por todas partes. Empecé a trotar para volver a mi habitación de la residencia lo más rápida y discretamente posible. Por fin llegué a la puerta de mi cuarto y maldije mientras buscaba a tientas las llaves para abrir.

Metí la llave, giré el pomo y empujé. Ningún ruido. Menos mal que mi compañera de cuarto, Mandy, no estaba. Me habría preguntado qué me pasaba y no creo que hubiera sido capaz ni de hablar de ello. Solo había un consuelo para mí en ese momento. Corrí al baño y cerré la puerta. Apoyé la espalda contra la pared y me deslicé hasta el suelo mientras la derrota de la mañana me abrumaba. Esto no podía estar pasando. Ella no podía tenerlo; él era para mí. ¡Para mí!, grité a la nada. ¿Qué era lo que Selena no entendía? Dillon era mío. ¿Por qué no podía mantenerse alejada? Lo tenía justo donde quería. ¿Por qué la miraba a ella así y a mí no? A mí me había mirado así. El día de la orientación. Habíamos conectado. Una conexión de verdad. ¿Qué había pasado? ¿Qué me pasaba? ¿Por qué no podía quererme? ¿Por qué ningún hombre podía quererme?

El dolor en mi pecho se intensificó. Me arrastré hasta el tocador con las lágrimas goteando en el suelo. Abrí mi cajón y saqué una cajita rosa con el grabado dorado de una rosa en la tapa. La dejé en el suelo y me bajé los vaqueros. Levanté la tapa y cogí una cuchilla de afeitar reluciente. Me la llevé a la cara interna del muslo y, con las yemas de los dedos temblorosas, deslicé la cuchilla por mi tierna piel. El dolor irradió de la herida y entonces me hice otro corte. Jadeé mientras dejaba que el dolor físico tomara el control y la sangre corriera. Los latidos de mi corazón se ralentizaron y mi respiración se calmó. Iba a estar bien. *Estaba bien.*

Unos minutos después, me sequé los ojos y me levanté del suelo ayudándome del tocador. Cogí un pañuelo de papel, me limpié los cortes recientes y me abroché los vaqueros. Me miré al espejo. Dillon me había mirado con esos preciosos ojos azules con los que ahora miraba a Selena. ¿Era eso lo que había cambiado? Con los ojos como platos, dije: —Eso es. Es por Selena. Por eso no me ha llamado. —Se había distraído un poco con Selena y se le había olvidado. No es que no me quisiera. Es que esa señorita investigadora le había robado la atención. Bueno, pues debería saber que no se coge lo que no es de una. Parecía que iba a tener que ser yo quien se lo recordara. Dillon y yo estábamos destinados a estar juntos, y lo estaríamos. *Por los medios que fueran necesarios*.

10

—•—

SELENA

Salí del gimnasio y el viento me dio en la cara, convirtiendo el sudor de mi intenso entrenamiento en perlitas de hielo. Me ajusté el forro polar y subí la cremallera. —Bueno, parece que el tiempo ha cambiado —comentó Dee.

—Totalmente. Ya es otoño oficialmente. Adiós, solecito.

—Sí, dura muy poco. Y bien, ¿qué te ha parecido el entrenamiento? ¿Cómo te has sentido?

Me ha dado una paliza, eso es lo que ha hecho. Había estado corriendo un par de días a la semana, pero estaba claro que no estaba en forma en comparación con antes. Era peligroso y estúpido. No podía creer que me hubiera dejado estar tanto tiempo sin una rutina de entrenamiento en condiciones. —Ha sido duro, pero bueno.

Dee me dio una palmada en el hombro. —Sigue viniendo y no te preocupes, recuperarás el ritmo en nada de tiempo.

Vaya, la alumna había superado a la maestra. Tenía razón. Joder, qué bien sentaba hacer un entrenamiento tan duro como ese. Desde luego que seguiría viniendo. Dee había conseguido que me hicieran socia gratis durante dos semanas para probar el gimnasio, y pensaba aprovecharlo todos los días. Ay, cómo echaba de menos el

subidón de un entrenamiento duro y la sensación de saber que me estaba poniendo más fuerte. Era una sensación que casi había olvidado. —Gracias por traerme, me siento genial.

—De nada. Oye, ¿qué te parece si vamos a desayunar algo?

—Me apunto.

—Hay una cafetería genial no muy lejos de aquí que tiene una tortilla de verduras increíble. El combustible perfecto para después de entrenar.

—Suena genial.

Dee se detuvo en seco. —¿Oye, qué le ha pasado a tu coche?

Miré hacia el lado del conductor de mi vehículo y me quedé helada. Alguien había grabado Z-O-R-R-A en la puerta del conductor. Volví a mirar a Dee con expresión preocupada. —No estaba ahí antes de que entráramos en el gimnasio.

Corrió hacia el coche para inspeccionarlo y me devolvió la mirada. —Probablemente lo hayan hecho unos niñatos. Unos adolescentes.

Lo dudaba. A no ser que KT fuera una adolescente o una niñata. Una peligrosa. Me había seguido hasta aquí y había destrozado mi coche. La cosa estaba escalando, como Dee había dicho que haría.

Dee se arrodilló y luego se levantó. Se dio la vuelta y dijo: —Hay una nota, Selena.

Corrí hacia el coche y cogí la nota del parabrisas. Con el corazón a mil, leí el sencillísimo mensaje.

Dillon es mío.
Aléjate o te arrepentirás.

No fui capaz de pronunciar las palabras en voz alta. Le pasé el trozo de papel a Dee.

Dee se quedó con la boca abierta. —Selena, esto es grave. Estás lidiando con alguien que podría ser peligroso, y ahora tú eres el objetivo. Esta tal KT cree que te interpones entre ella y Dillon. ¿Por qué crees que piensa eso?

—No estoy del todo segura. Quizá me ha visto hablar con él en la universidad. No estoy haciendo nada con Dillon, aparte de intentar ayudarle a averiguar quién le está enviando los mensajes.

—Bueno, pues eso no es lo que piensa esa persona, y ahora va a por ti. Deberías poner una denuncia para que quede constancia del

incidente. Y… —me señaló con la frente—. Deberías llamar a Martina.

Dee tenía razón en una cosa, poner una denuncia para documentar las pruebas era buena idea, pero dudaba que la policía hiciera mucho más y, aunque lo hicieran, no podrían encontrar nada. Ya habíamos buscado direcciones IP y números de teléfono. Era imposible que este fuera el primer intento de acoso de KT. Malas noticias.

Pero si llamaba a Martina, sabría que le había ocultado todo el asunto de KT y Dillon. Solo lo estaba orientando, no investigando. Así que, ¿tal vez no se enfadaría? O peor: se decepcionaría. Dee me miraba mientras yo seguía allí, atónita, sopesando qué hacer a continuación. Antes de que pudiera decir una palabra, dijo: —Llama a Martina.

Dejé escapar un profundo suspiro. —La llamaré.

Martina era tan intimidante, incluso cuando solo le estaba pidiendo ayuda. Sabía que me ayudaría, y solo tenía que tragarme el orgullo porque la necesitaba. Saqué el móvil y la llamé. Contestó enseguida. —Hola, Martina.

—Hola, Selena.

Dudé, todavía me costaba sacar las palabras.

—Selena, ¿estás ahí? ¿Va todo bien?

Allá vamos. —No exactamente. —Le expliqué toda la historia, desde que Dillon acudió a mí en busca de ayuda, hasta el momento en que parecí convertirme en el objeto de atención de la acosadora. Martina guardó silencio durante lo que pareció una eternidad. No había nada más aterrador que Martina en silencio.

Martina dijo: —Tienes que llamar a la policía para poner una denuncia. Voy para allá. Tardaré unos veinte minutos y entonces podremos hablar de la mejor manera de manteneros a salvo a ti y a Dillon, ¿vale?

Intenté contener las lágrimas. Intenté reprimir la sensación de que Martina acudía a salvarme una vez más. Daba igual que la apartara, siempre volvía cuando la necesitaba. No pude hablar mientras intentaba contener las lágrimas. Oí por el teléfono: —Selena, cariño, todo va a salir bien. No te preocupes, lo solucionaremos.

—Vale —logré decir con voz ahogada.

—Pídele a Dee que se quede contigo si puede, ¿vale?

—Lo haré. Gracias, Martina.

—Cuando quieras. Te quiero, Selena, y estaré ahí pronto.

Colgué y miré a Dee mientras las lágrimas corrían por mis mejillas. Me abrazó. Lloré suavemente en los brazos de Dee durante un minuto entero antes de apartarme con suavidad y secarme la cara. —Lo siento, estoy hecha un desastre. Ya no sé qué me pasa. Martina ha dicho que viene para acá y me ha pedido que te quedes conmigo, si puedes. Tengo que llamar a la policía para poner una denuncia.

—Por supuesto. Claro que sí, me quedaré contigo. —Me puso la mano en el hombro—. Todo saldrá bien, Selena. Martina, la poderosa dama guerrera, sabrá cómo manejarlo. Todo saldrá bien.

Solté una suave risa ante la pintoresca, pero acertada, descripción que Dee hizo de Martina. Creí a Dee, y creí a Martina, pero algo me decía que esto estaba lejos de acabar.

11

—•—

TAYLOR

Ya no eres tan dura, ¿verdad, Selena? Sonreí con aire de suficiencia. Observé cómo su amiga alta y rubia la abrazaba mientras lloraba. Sentí una punzada de culpabilidad. No había querido hacerle daño a Selena ni hacerla llorar. Simplemente quería que se mantuviera alejada de Dillon. No me quedó más remedio que dejarle un mensaje explícito para que se apartara de él. No había respondido a mi SMS como debía, teniendo en cuenta que los vi juntos justo al día siguiente. No, por lo visto, Selena necesitaba que se lo dijeran alto y claro. Espero que ahora entienda que Dillon es mío. No suyo, ni de nadie más. Me sentía un poco mal, pero no podía permitir que esta persona se interpusiera entre Dillon y mi felicidad, ¿a que no?

Por lo que había averiguado sobre Selena, ha tenido una vida difícil y probablemente no se merecía nada de esto, pero como se suele decir, en el amor y en la guerra todo vale. Y yo soy una mujer enamorada y sabía en el fondo de mi corazón que Dillon también me querría si tuviera la oportunidad. Él solo estaba distraído por ella, por la razón que *fuera*.

Me hundí más en el asiento del copiloto para poder observarlos desde el otro lado de la calle. Ahora Selena estaba marcando el número de otra persona en el móvil. Probablemente, el de la policía.

Me lo imaginaba, teniendo en cuenta que su seguro necesitaría un parte para pagar los daños. Pero no soy tonta. Es imposible que puedan relacionarlo conmigo.

Ni siquiera es para tanto, aunque sí que me arrepiento de haberla insultado. En realidad, no la conozco muy bien. Probablemente no sea una zorra, pero necesitaba saber que era un mensaje dirigido solo a ella. Por lo que he encontrado sobre ella en internet y sobre su exnovio, bueno, su difunto novio, de verdad que debería hacer caso a esta advertencia y no hacer que otra persona salga herida. Como ella misma.

Me bajé las gafas de sol para ver mejor. Mientras hablaba con más gente fuera del gimnasio, sus lágrimas se secaron y su expresión pasó de la aflicción a una sonrisa cansada. Sí, querida Selena, te irá muy bien… siempre y cuando te mantengas alejada de Dillon.

12

—·—

SELENA

—¿Por qué no me has contado lo que pasaba? —La decepción en los ojos de Martina era casi insoportable. Di un sorbo de agua y la observé atentamente antes de volver a dejar el vaso sobre la mesa. Me había propuesto que almorzáramos después de que la policía viniera a redactar el informe y prometiera investigar el delito. No me hacía muchas ilusiones con que fueran a encontrar algo. Dee se había marchado discretamente después de que llegara Martina, probablemente intuyendo que Martina y yo necesitábamos estar a solas. Era hora de confesarlo todo. Bueno, no todo. No tenía por qué saber que seguía investigando a los traficantes. Tampoco es que hubiera avanzado mucho, por lo que no había gran cosa que contar. Esa era mi versión y me iba a aferrar a ella.

—Siento habértelo ocultado —dije—. Intenté decirle a Dillon que no podía ayudar porque tenía que esperar a graduarme en la universidad y a tener mi licencia de detective privado para poder investigar más casos. Al final cedí y le dije que ayudaría.

Martina se reclinó en el reservado de vinilo. Descruzó los brazos y bajó la cabeza. No habló durante unos instantes antes de volver a mirarme. —Te pido disculpas si te he hecho sentir que no podías acudir a mí cuando tenías un problema. Quizá he sido demasiado

estricta con los requisitos para que te recomendara para la licencia de detective privado, pero intentaba protegerte. Pero puede que también nos estuviera protegiendo a tu padre y a mí. Nos quedaríamos destrozados si te pasara algo. Sé que estar sentada en un despacho revisando expedientes todo el día es como una tortura. Lo entiendo. Créeme, yo he estado en tu lugar.

Ladeé la cabeza. —¿En serio?

Asintió. —He tenido mis propios demonios, y me abrieron un expediente. No quiero entrar en detalles ahora. Fue hace mucho tiempo, antes de que me hiciera socia, pero lo recuerdo como si fuera ayer. Cuando Stavros me sancionó, sentí que lo que hacía no tenía ningún propósito. Estaba aburrida, desmoralizada e inquieta. Me sentía como un fracaso y creía que todo lo que hacía estaba mal. Con el tiempo, me di cuenta de que no pasa nada por cometer errores, siempre y cuando aprendamos de ellos.

No podía imaginar qué habría podido hacer Martina para ganarse la enemistad de Stavros. No era un buen lugar en el que estar. Aunque no creo que fuera muy diferente de estar enemistada con Martina. —¿Y ahora qué?

—Te quedan tres meses para graduarte y durante el último año y medio no has hecho nada que me preocupe. No puedo dejarte actuar oficialmente en nombre de Drakos Monroe, pero me parece bien que te hagas cargo de este caso. Te apoyaré con lo que necesites, pero tendrá que ser extraoficialmente.

Me quedé con la boca abierta, pero la cerré rápidamente.

Martina continuó: —Hay una condición.

Asentí.

—Si en algún momento parece que estás en peligro o que podrías estarlo, avísame. De inmediato. Necesito que me lo prometas.

Abrumada por la gratitud, intenté mantenerme fuerte y no llorar. No quería parecer débil ante Martina porque quería que supiera que me tomaba en serio lo de seguir las reglas. Me estaba tendiendo una mano, ofreciéndome una tregua. Investigaría según las normas y la mantendría informada de lo que pasaba y de si parecía demasiado peligroso. No estaba del todo convencida de que lo fuera. Quiero

decir, claro, hubo algo de vandalismo y regalos, pero hasta la fecha nada violento. —Te lo prometo.

Martina asintió en señal de aprobación. —Me alegro de oír eso. Sé que no siempre puedo protegerte. Te estás haciendo mayor y pronto tendrás tu licencia y un título universitario. Por cierto, ¿has pensado en lo que quieres hacer después de graduarte?

Cuanto más lo pensaba, más segura estaba de que quería seguir en la investigación privada. Me gustaba la idea de tener la libertad de dirigir mis propias investigaciones y ser mi propia jefa. No estaba segura de cómo se tomaría Martina la noticia de que probablemente dejaría Drakos Monroe. —Bueno, estoy segura al noventa y nueve por ciento de que quiero seguir en la investigación privada y no entrar en las fuerzas del orden.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Martina. —Eso es genial. Me alegro mucho de oírlo. Creo que te va. Pero ¿por qué esa cara tan seria?

De verdad que necesitaba aprender a leer a la gente como lo hacía Martina. —Es que estaba pensando que quizá me gustaría ser independiente. Ser mi propia jefa y tal vez tener mi propia agencia. Obviamente, sería un negocio de una sola persona durante un tiempo, pero, sí, creo que es lo que quiero. —Me preparé para su reacción.

La sonrisa de Martina se desvaneció. —Ya veo. ¿Has empezado a mirar lo que necesitarías para llevar tu propio negocio y empezar?

No era la respuesta que esperaba. No parecía enfadada, más bien sorprendida y quizá un poco decepcionada. No estaba muy segura; todavía no era una experta leyendo las emociones de los demás. —La verdad es que sí. Estoy aprendiendo mucho en mis clases de empresariales; así es como se me ocurrió la idea. El semestre pasado, di una clase sobre emprendimiento y me fascinó. Incluso tuvimos que crear un plan de negocio para el trabajo final, así que técnicamente tengo al menos un borrador del plan de negocio para mi futura empresa.

—Pareces entusiasmada con ello.

—Lo estoy.

—Me alegro por ti. Y cuando llegue el momento de empezar, espero que sepas que puedes acudir a mí y te ayudaré en todo lo que pueda.

—Eso sería fantástico. Gracias.

No estaba segura de qué había hecho para merecer una madrastra como Martina. De verdad que intenté mantenerme entera, pero no creí que pudiera aguantar más. Se me empañaron los ojos y negué con la cabeza, secándome las lágrimas. —Siento mucho no haber acudido a ti antes.

Ahora que la llorera estaba en su apogeo, cogí la servilleta de la mesa e intenté calmarme mientras sollozaba. Martina se deslizó a mi lado y me pasó un brazo por los hombros. No sé por qué me estaba derrumbando. Era como si los últimos dieciocho meses se desbordaran. La soledad. La culpa. La tristeza. Echar de menos a papá y a Martina y la vida que tenía antes de que Brendon muriera. Me incorporé y me sequé los ojos por última vez.

Martina me acarició el pelo. —Cariño, has cometido algunos errores en el pasado y cometerás algunos en el futuro. Sean cuales sean esos errores, siempre estaré aquí para ti. Lo sabes, ¿verdad?

Si intentaba que llorara menos, estaba fracasando estrepitosamente. Asentí antes de rodearla con mis brazos. Después de unos largos instantes, ambas nos echamos hacia atrás. Martina usó la punta de su dedo para secarse las comisuras de los ojos y yo usé mi servilleta empapada para los míos. Exhalé. —Gracias por todo.

—De nada. ¿Qué te parece si nos damos un capricho y pedimos unos gofres con fresas?

Gofres con Martina. A eso sí que podría acostumbrarme.

13

—•—

SELENA

Llamé a la puerta de Dillon con los nudillos. En voz baja, me recordé que debía centrarme en el caso. *Solo en el caso.* La puerta se abrió con un crujido y apareció un Dillon con cara de preocupado. Le temblaban las manos mientras se agarraba al borde de la puerta y la abría para que pudiera entrar en su apartamento. Eché un vistazo al pequeño piso antes de volver a fijarme en Dillon. —Hola.

—Pasa —dijo él.

Entré en el apartamento, que estaba fresco y olía a cerrado. Olor a chico. —¿Está todo bien?

—No, no está todo bien. Quiero enseñarte una cosa. —No esperó a que respondiera. En su lugar, se apresuró por el pasillo y luego giró hacia la primera puerta a la izquierda. Su dormitorio. No pensé que se estuviera propasando, pero por si acaso, me acerqué con cautela, un pasito detrás de otro. Encima de la cama había una caja de bombones de See's. ¿Me había atraído hasta aquí con bombones? Apenas me conocía. ¿Cómo sabía que eso funcionaría? *Es broma.* Haría falta mucho más que unos bombones para meterme en su cama, o en la de cualquier hombre.

Se detuvo junto a la cama y cogió una nota que había sobre una caja blanca con letras negras y doradas. —He encontrado esto al

llegar a casa hoy. —Me tendió la nota doblada.

La desdoblé.

Dulces para mi amorcito.

Otro regalo de KT. —¿Dónde lo has encontrado?

Se limpió las manos en los vaqueros. —En la cama. Justo ahí. —Señaló la caja de bombones que había sobre la cama.

—¿Le has preguntado a tu compañero de piso?

—No está en casa, pero le he mandado un mensaje. No ha venido en todo el día y no sabe nada.

Mala señal. La acosadora le había mandado mensajes, correos electrónicos, lo había seguido, había anunciado en Facebook que tenían una relación, había vandalizado mi coche, me había amenazado para que me alejara de Dillon y ahora había entrado en su apartamento. Esto no era nada bueno. Ahora entendía por qué Dillon estaba tan alterado. Debía de sentirse profundamente invadido al saber que alguien había entrado en su piso. Los allanamientos a menudo no solo rompían una puerta o una ventana, sino también la falsa sensación de seguridad que la gente tenía en su propia casa. —¿Has tocado la caja?

—No la he tocado.

—Creo que deberías llamar a la policía. Ha entrado en tu apartamento. Como mínimo, la policía levantará un atestado para que tengamos un historial, y además puede que consigan huellas. Y luego podremos continuar nuestra investigación y acabar con todo esto de una vez por todas.

Él negó con la cabeza, sin entender lo que le decía. —¿Nuestra propia investigación? Pensaba que no podías.

Sonreí con suficiencia. No le había dado la noticia de que Martina me permitía llevar su caso. —Es una de las cosas que quería hablar contigo. He tenido una conversación muy sincera con mi madrastra, Martina, después de que vandalizaran mi coche. Le conté todo sobre tu situación. Me dijo que me apoyaría en la investigación del caso. No es un caso oficial de Drakos Monroe, pero puedo ayudarte. El primer paso es conseguir las huellas, así que llamemos a la policía para que quede constancia y quizá las tomen. Descubriremos la identidad de KT y haremos que pare.

El cuerpo de Dillon se relajó. —Es una noticia fantástica. No tengo mucho dinero, pero puedo ayudar con algunos gastos. No estoy seguro de cuáles, pero... ni siquiera sé cuánto cuestan las cosas.

—Vayamos paso a paso. Si el análisis de huellas de la policía no llega pronto, tendremos que hacerlo nosotros. Hablando de eso, llámalos. Seguramente tardarán un rato en llegar. Mientras esperamos, repasemos toda la información que tienes hasta ahora y luego hablaremos de los próximos pasos. ¿Qué te parece?

Se pasó los dedos por el pelo. —Bien. Gracias, Selena. Aprecio de verdad que me ayudes. Toda esta situación me está asustando muchísimo.

No me cabía duda. Teníamos que atrapar a KT y hacer que dejara en paz a Dillon.

Después de que la policía se fuera del apartamento y dejara todo hecho un caos de polvo gris para huellas, me senté en la pequeña mesa del comedor con Dillon e imprimimos desde su portátil todos los correos electrónicos, mensajes y ubicaciones de direcciones IP. Revisamos a fondo los registros y trazamos una estrategia con todo lo que pudimos averiguar sobre KT.

Lo siguiente era pillarla con las manos en la masa y revelar su identidad de una vez por todas. Ahí es donde entraba yo. Tenía un plan, e iba a funcionar. Me sentía mal por Dillon, pero también era como si me hubiera despertado de un sueño profundo. Estaba amaneciendo y yo estaba lista para todo lo que el día me deparara. Esperaba que KT también lo estuviera, porque iba a por ella.

14

—•—

DILLON

Observaba a Selena mientras gesticulaba con las manos y me explicaba todo lo que haría para ayudarme a averiguar quién era KT en realidad y para poner fin a toda esta locura. La seguí obedientemente mientras recorría mi piso, mostrándome todos los puntos de entrada vulnerables y dónde debía instalar cámaras para pillar a KT *in fraganti*, así como algunas alarmas baratas que sonarían si un intruso abría una puerta o una ventana.

Todo este asunto de KT me tenía bastante descolocado. Nunca pensé que le tendría miedo a una chica, suponiendo que KT fuera una chica. Todo aquello me estaba volviendo loco. Era demasiado extraño para comprenderlo. No sabía cómo iba a dormir en mi cama esta noche. Eché un vistazo al sofá del salón. Selena siguió enumerando diferentes modelos de cámaras de seguridad domésticas que debería plantearme comprar. En ese momento no podía pensar en eso. Me preocupaba más dónde iba a dormir esta noche… A lo mejor en el sofá. ¿Sería mejor que en mi habitación? Al menos mi dormitorio tenía una puerta que podía cerrar con llave. Selena dejó de hablar y me miró a los ojos. —¿Qué? ¿Hablo muy deprisa?

—No, qué va, se nota que sabes mucho de cámaras. —Era increíble. Era inteligente. Era guapa. Era única. Nunca he conocido a nadie como ella. Continuamos así hasta que llegamos a mi dormitorio. Señaló la ventana, la abrió y la cerró para comprobar lo segura que era. Miré la cama, ya libre de los bombones contaminados.

No sé cómo mi cerebro pudo pasar casi de inmediato a imaginarme a Selena tumbada ahí, esperándome. De verdad que necesitaba reprimir esos pensamientos. ¿Cómo podía pasar de la ansiedad provocada por una amenaza sin rostro a desear a una mujer guapa e intrigante? Como solían explicar mis profesores de Psicología, el cerebro era algo fascinante y complejo, capaz de albergar muchos pensamientos e ideas contradictorios. Compartimentación.

¿Quizá Selena me estaba distrayendo del miedo a la desconocida KT? Y quizá eso era bueno.

Tras la evaluación de Selena, salimos de mi dormitorio al pasillo. El chirrido de la puerta de entrada al abrirse me detuvo en seco. Selena se adelantó, miró hacia atrás y susurró: —Quédate aquí, voy a ver qué es.

Avanzó despacio, como una gata, sin apenas hacer ruido. La observé por la espalda. No era una vista desagradable. Dobló la esquina. —Vaya. Oiga, ¿quién es usted?

Mi cuerpo se relajó.

—Soy Selena. ¿Y usted?

—Tío, soy Ryan. Vivo aquí.

Salí al pasillo. —Hola, Ryan. Esta es Selena. Está aquí porque hemos tenido una visita inesperada antes.

Me lanzó una mirada inquisitiva, como diciendo: «¿dejas que una chica menuda te proteja de un posible intruso?». Supongo que no le faltaba razón. —Ah, ¿en serio, colega? ¿Se han llevado algo?

—No, más bien han dejado algo.

Ryan arrugó la cara. —¿Eh? ¿Como algo muerto?

Teniendo en cuenta nuestro comportamiento, el suyo y el mío, su idea no era del todo descabellada. Unos bombones no parecían tan aterradores como, por ejemplo, llegar a casa y encontrarte un

conejito de mascota cocinándose en el fogón. —No, ha sido KT. Ha entrado y ha dejado una caja de bombones.

—¿Estaban envenenados?

¿Estábamos exagerando con lo de los bombones? No, qué va. Había entrado en el piso. La cosa iba a más. Hacíamos bien en ser precavidos. —Que sepamos, no. —Aunque no tenía pensado comérmelos, era algo a tener en cuenta.

Ryan miró a Selena y luego a mí. —Vale. Entonces…

—Selena es investigadora, me está ayudando a averiguar quién es KT para que deje de mandar notas y regalos y de publicar en las redes sociales. Ha sugerido que pongamos cámaras y alarmas.

—No en mi cuarto, ¿verdad, colega?

Miré a Selena. —No es necesario, es solo una precaución. Si conseguimos grabarla en vídeo, podremos averiguar quién es. Si no te sientes cómodo, podemos saltarnos tu habitación.

—Probablemente sea lo mejor. No querríais ver lo que pasa ahí dentro.

Selena lo miró con cara de no estar muy impresionada. —En fin, ha sido un placer conocerle, Ryan. Dillon, tú y yo hablaremos más tarde. Te enviaré un correo con todas mis recomendaciones sobre las cámaras y alarmas.

Nos saludó a los dos con la mano y salió.

Tanto Ryan como yo la vimos marcharse. Cerré la puerta y me di la vuelta para encarar a mi compañero de piso. Se estaba tapando una amplia sonrisa. Agité un brazo delante de él. —Joder, colega, está buenísima. ¿Te estás inventando todo esto de KT para metértela en la cama? No te culparía. De buen rollo —dijo entre risas.

Era un idiota de tomo y lomo. —No, no es eso lo que pasa. Me está ayudando a parar a esa persona. Ha entrado en nuestro piso. Eso no es normal.

—Eh, eh. No hace falta que te pongas a la defensiva. Solo bromeaba, colega. Espera, ¿has llamado a la policía?

—Sí. Han estado aquí antes. No he echado en falta nada mío, pero me han sugerido que te pida que compruebes si a ti te falta algo.

—¿La policía ha entrado en mi cuarto?

—Solo un vistazo rápido para asegurarse de que no había nadie escondido.

—¿Han rebuscado en mis cosas?

—No, como te he dicho, solo un vistazo.

—Guay, colega. Por un momento me has preocupado.

Iba a ser un año largo con el colega este. Hora de pedir unas cámaras y una alarma. Con suerte, tendría suficiente dinero en mi cuenta del banco. KT no solo me estaba costando la cordura, sino también un dineral.

15

—•—

SELENA

Me colé en una pequeña sala de reuniones con el portátil bajo el brazo. Ahora que estaba trabajando en dos investigaciones secretas, era mejor instalarme a puerta cerrada cuando estaba en la oficina.

Me senté al extremo de la mesa con el ordenador delante para poder ver a cualquiera que pasara por delante o se acercara a la sala. Martina me dijo que no pasaba nada por usar los ordenadores y recursos de la empresa para ayudar a Dillon, porque simplemente lo estaba ayudando y no recibía ninguna compensación.

Todavía no sabía que estaba investigando a los traficantes. Aunque tampoco es que hubiera conseguido encontrar gran cosa. Uno de mis principales problemas era que la única información que tenía eran unos pocos nombres, y todos estaban muertos o en la cárcel, lo que lo hacía más complicado, ya que no había movimientos que seguir. La única pista real que tenía era seguir el dinero de sus cuentas bancarias, pero, por supuesto, ambos patrimonios llevaban más de un año inmovilizados en el proceso sucesorio. Era un callejón sin salida, por ahora. Casi tan sin salida como Ocampo y su amigo.

Se supone que no hay que hablar mal de los muertos, pero me alegraba de que Ocampo ya no estuviera. Fue él quien me amenazó. Fue a él a quien me había enfrentado cara a cara. Era el hombre que

usaba un salón de manicura como tapadera para traficar con mujeres retenidas contra su voluntad, apenas alimentadas y obligadas a vivir en una trastienda sobre colchones en el suelo. Por si fuera poco, también las obligaban a atender no solo a clientes adinerados, lavándoles los pies y cortándoles las cutículas, sino también a los hombres que entraban por la puerta de atrás por la noche y, a veces, con todo el descaro del mundo, durante el día. Era nauseabundo y asqueroso, y Ocampo parecía disfrutarlo. No derramé ni una lágrima por él cuando Martina le dio una bala como regalo de despedida. No conocía al otro tipo que mataron, pero como trabajaba con Ocampo, seguro que se merecía la bala de Martina tanto como él.

Abrí la tapa del portátil y eché un vistazo a mis correos. Nada urgente.

Hora de investigar a KT. Releí todos los informes sobre el número de teléfono y las direcciones IP de KT que Dillon había conseguido. Volví a procesarlos con nuestro sistema para asegurarme de que toda la información fuera correcta. Lo era. *Qué faena.*

Estudié las direcciones físicas asociadas a las direcciones IP y abrí un mapa en internet. *Hum. Interesante.* Todas las ubicaciones estaban en el campus, y la inmensa mayoría, en la biblioteca principal. Como nunca se había accedido a los correos y las publicaciones de Facebook desde fuera del campus, me jugaría dinero a que no se trataba de personal laboral ni docente. KT tenía que ser una estudiante. Y para usar los ordenadores de la universidad, tenías que introducir tu número de identificación de estudiante. Me pregunté si la biblioteca me daría una lista de los inicios de sesión de los estudiantes del último mes. Sería importante para poder pillarla mientras publicaba o le enviaba un correo a Dillon. Era hora de una vigilancia de las de toda la vida. Ya no estaría sentada detrás de la mesa, mirando números y letras en una pantalla. Pensé: *He vuelto.*

Pero ¿y si resolvía el caso en cuestión de días? Se me cayó el alma a los pies. ¿Y después qué? Otros cuantos meses revisando expedientes, estudiando, yendo a clase…; en otras palabras, vuelta a la más absoluta rutina. Aparté esos pensamientos horribles y escribí

unas cuantas notas para mis próximos pasos. Luego, cerré el archivo.

Levanté la vista y no vi a nadie cerca de la sala de reuniones. Abrí la base de datos financiera que había estado usando para rastrear el patrimonio de Ocampo y su socio. Sus dos casas, y el salón de manicura propiedad de Ocampo, seguían en el mercado y no había movimientos en las cuentas bancarias. No tenía nada, y todavía no era el momento de mi llamada semanal a la policía que supuestamente investigaba el caso. Aunque tampoco era que me dieran muchos detalles. Siempre era lo mismo: «Lo siento, señora, no podemos dar detalles de una investigación en curso». Dudaba que supieran mucho más que yo. A menos, claro, que estuvieran vigilando a las familias, pero, por lo que tenía entendido, las esposas y los hijos no sabían nada de la doble vida de sus cónyuges. Se suponía que ambos eran pilares de la comunidad que iban a la iglesia y a los partidos de las ligas infantiles.

Un golpe en la puerta me hizo dar un respingo y cerrar rápidamente la ventana que tenía abierta. Miré por encima del portátil. La saludé con la mano. —¿Echando horas extra? —preguntó Martina.

—Podría decir lo mismo de ti.

—Touché. ¿Te importa si te hago compañía?

—Claro. Estaba aquí trabajando un poco.

Martina entró con aire despreocupado y se sentó en la silla de enfrente.

—¿Alguna novedad en el caso de Dillon?

Le conté lo que había pasado el día anterior en su apartamento y le describí mi plan para descubrir la identidad de KT. Parecía complacida; supuse que si recibía el visto bueno de Martina, debía de ser un buen plan. Le dije: —¿Y tú qué haces trabajando hasta tarde? Debes de estar con un caso importante si trabajas el fin de semana.

—Un caso nuevo. Una chica desaparecida, una estudiante de último año de bachillerato que pensaba ir a la SFU, pero se esfumó la noche de su graduación.

—No recuerdo haber oído nada de eso. ¿De dónde es?

—De Walnut Creek.

Sentí un nudo en el estómago. —¿A qué instituto iba?

—Tendría que mirar el expediente, era uno de los institutos públicos. Se suponía que la iban a recoger después de la fiesta de graduación, pero cuando sus padres llegaron al instituto a la mañana siguiente, no estaba. Los testigos dicen que la última vez que la vieron había dicho que ya habían venido a por ella y que se fue corriendo hacia el aparcamiento. Todos supusieron que quienes la recogían eran sus padres, pero nadie volvió a verla.

—Qué raro. ¿Nadie vio nada?

—Eso dicen.

—¿Se sabía si tenía algún problema con algún novio, con las drogas o de salud mental?

Martina pareció reprimir una sonrisa. Debía de echar de menos también tener estas conversaciones conmigo.

—A primera vista, Kaitlyn tenía una vida bastante normal. Amigos, buenas notas, nada de drogas ni novios serios. La habían admitido en la SFU e iba a empezar en otoño con su mejor amiga. Todavía no hemos hablado con ella. Solo tengo las declaraciones de la policía, que al principio no pareció tomárselo muy en serio. Pensaron que Kaitlyn estaba por ahí celebrando su graduación. Ni siquiera empezaron a buscarla hasta el día siguiente.

Lo cual, en un caso de desaparición, es un tiempo precioso. —¿Lleva desaparecida casi cuatro meses? Alguien tiene que saber qué le pasó. La policía no puede seguir pensando que sigue de celebración o que se ha fugado.

—Creo que ya han descartado esas teorías, pero tienen muy poco de lo que tirar y estoy de acuerdo: alguien sabe algo. Ahí es donde entramos nosotras. Es nuestro… o mi trabajo encontrar a ese alguien y traer a Kaitlyn a casa.

Me mordí el labio inferior mientras le daba vueltas al caso de la desaparición. ¿Walnut Creek? ¿Dónde acababa de oír eso?

—¿Qué pasa? —preguntó Martina.

—Puede que sea una coincidencia, pero hace poco conocí a alguien de Walnut Creek. Una chica de mi clase de Economía. De primero.

Martina arqueó las cejas. —¿Cómo se llama? ¿Qué sabes de ella?

—Se llama Taylor, es una rubia alta. Con una mirada inocente, optimista, simpática, quizá un poco insegura. Podría ser porque es joven y es la primera vez que está fuera de casa.

La expresión de Martina se endureció. —¿Estarías dispuesta a hablar con Taylor y preguntarle si conocía a Kaitlyn?

Sí. Me gustaría mucho ayudarte en tu investigación. —Claro. Tengo clase con ella mañana. ¿Crees que puede conocer a Kaitlyn?

—Taylor es un nombre bastante común, pero no quiero darte demasiados detalles todavía. Me gustaría que le hicieras algunas preguntas para tener tu opinión imparcial sobre sus respuestas. ¿Te parece bien?

No pude evitar sonreír. Martina confiaba en mí y quería mi opinión sobre un caso importante. —Sí, perfecto. Lo entiendo, tiene sentido.

—Genial. Estaba a punto de irme. ¿Tu padre va a hacer enchiladas, por si quieres venir?

Me apetecía ver a mi padre, pero también tenía trabajo que hacer. Supongo que podía tomarme la noche libre. No había nada nuevo con Ocampo, tenía un plan para KT y estaba trabajando en uno de los casos de Martina. En realidad, unas enchiladas sonaban de maravilla.

—Me apunto.

Recogí mis cosas con una renovada sensación de confianza. Sentaba tan bien tener un propósito y estar haciendo algo que creía que podría ayudar a alguien; bueno, ahora a varias personas. La cosa pintaba mucho mejor, sin duda.

16

—•—

DILLON

La chica que estaba a mi lado suspiró. Me giré para averiguar qué le pasaba.

—¿Qué ocurre?

Me enseñó el examen, en el que se veía un 71 escrito con rotulador rojo.

—Un 71, esto es un aprobado por los pelos. No puedo ir con aprobados raspados en mi carrera —dijo. Miró mi examen y se encogió sobre sí misma—. Vaya, parece que a ti no te cuesta entender lo de la oferta y la demanda. ¿No querrías… darme clases particulares? Te invito a comer.

Tenía los ojos grandes y una sonrisa. No me convenció de que estuviera tan afectada por la nota.

—¿De verdad necesitas un profesor particular o es que a lo mejor solo necesitas estudiar más?

—No sé, quizá un poco de las dos cosas. Seguramente tienes razón, pero creo que me ayudaría tener un compañero de estudio. Ya sabes, alguien que me obligue a sentarme, a hincar los codos y a hacer el trabajo. ¿Quieres ser mi compañero de estudio? La oferta de la comida sigue en pie.

¿Estaría haciendo esto para que saliera con ella? Era mona, vivaracha, pero terriblemente joven. Estaba demasiado entusiasta y emocionada, y apenas aprobaba una asignatura muy fácil.

—Entonces, ¿qué tenías pensado?

Dio una suave palmada.

—Entonces, lo harás. Oh, muchas gracias. ¿Qué tal el viernes? Hay una cafetería muy chula donde veo a un montón de gente estudiando y comiendo. La comida y la bebida tienen una pinta estupenda. La hidratación es importante —dijo con alegría.

Desde luego, le sobraba entusiasmo por estudiar.

Era difícil entusiasmarse por nada cuando tenía una acosadora, y no podía dormir en mi propia cama por la noche porque me preocupaba demasiado que alguien entrara… para darme caramelos. Vale, cuando lo pensaba así, sonaba un poco ridículo. Pero si era solo una tontería, ¿por qué la situación me estaba volviendo loco?

Miré los brillantes ojos azules de Taylor y sonreí. Ciertamente, no era Selena, pero quizá podría servir de distracción para no pensar en ella. Tenía que dejar de pensar en Selena de esa manera. Me estaba ayudando y no podía cruzar esa línea; no me parecía correcto. ¿Quizá después del caso? Me encogí de hombros.

—Claro, ¿por qué no?

—Muchísimas gracias. —Vaciló mientras miraba por encima de mi hombro. Su rostro pareció derretirse. Entrecerró los ojos y un ceño fruncido sustituyó a su radiante sonrisa.

Instintivamente, miré por encima del hombro.

—Ah, hola, Selena.

—Hola, Dillon. Hola, Taylor.

—¿Habíamos quedado hoy? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—No, en realidad he venido a ver si podía hablar con Taylor.

Miré la expresión de Taylor. Se suavizó un poquito. ¿No quería hablar con Selena? En un instante, Taylor se enderezó en su asiento.

—Claro, ¿cuándo te venía bien?

—Ahora, si tienes unos minutos.

—Sí, solo tengo que recoger mis cosas.

Selena sonrió.

—Genial.

Observé cómo Taylor recogía sus cosas en la mochila. Me levanté y salí de la fila para dejarle salir cómodamente. Entonces Taylor se levantó y se reunió con Selena. Taylor me saludó con la mano mientras salía del auditorio con ella.

Las vi alejarse. Taylor tenía un tipazo, pero ¿era algo más de lo que se veía a simple vista? ¿Tenía un lado más profundo y esa fachada de chica simplona era solo una actuación? Parecía más inteligente cuando nos conocimos en la jornada de orientación. Hablamos de ir a comer y me dio su número. Sin embargo, me la había quitado de la cabeza; parecía bastante maja, solo que un poco joven.

Continué observándolas mientras se marchaban. Eran opuestas en apariencia. Selena era menuda, con curvas, guapísima y con el pelo castaño. Taylor era alta, delgada, rubia. Ambas monas, pero una tenía un punto transgresor y la otra no tanto. Suponía que Taylor era más una distracción que una posible novia, mientras que Selena era una musa. Una criatura que te hacía querer vivir la mejor vida posible con ella a tu lado. *Maldita sea.* Tenía que centrarme. Todo este asunto de KT me estaba volviendo loco.

17

—•—

SELENA

Me puse la bufanda al cuello mientras Taylor y yo salíamos del edificio. —Gracias por acceder a hablar conmigo. De verdad que te lo agradezco.

Taylor caminaba a mi lado dando saltitos. —¿No es nada? ¿Qué querías preguntarme?

Desde luego, estaba muy animada para lo temprano que era. Yo no solía estar ni medio animada hasta que me tomaba por lo menos dos cafés. —¿Te importa si hablamos mientras caminamos? Tengo que ir a la biblioteca.

—Sin problema. Desde luego que me vendría bien el ejercicio.

Taylor se rio. —¿Qué haces para mantenerte en forma? Pareces estar superbién.

No lo suficiente. —Salgo a correr y he vuelto a empezar con el krav magá.

—Vaya, es superintenso, ¿no? No creo que pudiera con ello.

—No es para cualquiera. Antes estaba en muy buena forma y luego lo dejé un poco de lado. Hace poco que he vuelto al gimnasio. Ya era hora.

—Entonces... ¿de qué querías hablar conmigo?

—Bueno, no sé si lo sabes, aunque no sé cómo podrías. Trabajo para una empresa de seguridad e investigación privada. Drakos Monroe. ¿Has oído hablar de ella?

La miré de reojo para ver cómo reaccionaba a la información.

—Pues no, no me suena.

—Bueno... —Hice una pausa mientras saludaba con la mano a Dee, que venía hacia nosotras—. Hola, Dee.

—Hola, Selena. Voy con prisa, pero ¿podemos hablar más tarde?

—Claro, luego te escribo —dije.

Me gustaba ver a Dee con regularidad; quedábamos sobre todo para ir al gimnasio y al campo de tiro, pero era agradable tenerla de nuevo en mi vida. Subí corriendo los escalones de la entrada de la biblioteca. —Perdona, estaba diciendo... —Abrí la puerta y le indiqué a Taylor que entrara antes que yo—. Trabajo para esta empresa y mi madrastra, que es una de las dueñas, me ha pedido que te pregunte sobre una persona desaparecida que está investigando que también es de Walnut Creek.

—¿En serio?

Eché un vistazo a la biblioteca y vi una mesa libre. Saqué una pesada silla de madera con el asiento de tela descolorido y me senté antes de dejar la mochila en la moqueta. Subí la cremallera y saqué el cuaderno que usaba para mi trabajo en Drakos Monroe. Lo abrí y pulsé el botón del bolígrafo. —Sí, estaba hablando con mi madrastra y recordé que me habías dicho que eras de Walnut Creek. Se lo comenté a mi madrastra y me pidió que hablara contigo sobre ello.

Acercó la silla a la mesa y enarcó sus cejas esculpidas. —¿De verdad? Walnut Creek no es un pueblo grande. ¿Cómo se llama esa persona?

—Se llama Kaitlyn Wilkes. ¿La conocías?

La cara de Taylor se descompuso y negó con la cabeza como si no fuera posible.

—¿La conocías? —le pregunté.

—Sí. Yo..., uh..., no sabía que había desaparecido.

—¿De qué la conocías?

—Éramos amigas desde hacía mucho tiempo.

—¿Fuisteis al mismo instituto?

—Al mismo colegio e instituto. Éramos buenas amigas. Las mejores amigas..., durante un tiempo.

—¿Pero no sabías que había desaparecido?

Taylor desvió la mirada hacia el suelo. —Es que no he sabido nada de ella y la policía me preguntó si la había visto después de la noche de la graduación, pero...

—¿Así que sabías que había desaparecido?

Volvió a mirarme. —No, quiero decir, sé que pensaban que había desaparecido. Supuse que simplemente se había escapado con su novio.

—¿Lo conocías a él también? ¿Sabes cómo se llama?

—No exactamente. Su nombre es Greg, pero no sé su apellido. Era mayor y, por lo que pude ver, un poco asqueroso. Nunca salíamos juntos.

—¿Cuánto tiempo llevaban saliendo?

—No mucho. Unos meses, creo. —Taylor volvió a mirar al suelo mientras se mordía el labio inferior—. No he sabido nada de ella.

Un dato interesante que no le había pedido. —¿Es raro que no hayas sabido nada de ella?

—Últimamente pasaba mucho tiempo con Greg y...

—¿Y qué?

—Nada, en realidad. A mí no me gustaba, así que empezó a pasar menos tiempo conmigo y más con él.

—¿Por qué no te gustaba?

Taylor se encogió de hombros. —Solo lo vi una vez. Me dio mala espina. Era demasiado..., no sé, demasiado pegajoso y controlador. La colmaba de mensajes y cumplidos constantemente y quería pasar cada momento con ella. A ella le encantaba, pero a mí me parecía raro.

Se me encogió el corazón. Si lo que decía Taylor era cierto, no eran buenas noticias. Greg parecía una pareja potencialmente abusiva, lo que significaba que podría tener a Kaitlyn escondida en alguna parte. Un escalofrío me recorrió la espalda al pensar en Zeek. Qué estúpida había sido al pensar que había encontrado a mi chico perfecto y no a un monstruo asesino. Me pregunté si Kaitlyn también pensaba que había encontrado a su novio perfecto.

Garabateé unas cuantas notas en mi cuaderno.

—¿Qué pasa? —preguntó Taylor.

—Oh, nada, tu historia sobre Kaitlyn y Greg me ha recordado una situación similar.

—¿Una mala?

—Por decirlo suavemente. Sí, mala. —Mala como que me secuestró e intentó matarme. Como que había matado a otras chicas antes que a mí. Aparté los recuerdos y volví a centrarme en Taylor. Estudié sus rasgos. Guapa. Joven. Parecía decir la verdad, pero también daba la impresión de que se estaba guardando algo.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Kaitlyn?

—La noche de la graduación. La vi irse con Greg.

¿Qué? Martina había dicho que, según los informes policiales, los últimos avistamientos fueron de ella corriendo hacia lo que supusieron que era el coche de los padres de Kaitlyn.

—¿Le dijiste algo?

—¿Cómo qué?

—¿Adiós? ¿Hablamos luego? —sugerí.

—No. —Taylor había desviado la mirada y ahora observaba su mano. Movió los dedos y su esmalte de uñas brilló bajo la luz del techo.

—¿Estábais peleadas?

Taylor se quedó mirando la mesa. Tenía los ojos llenos de dolor. —Nos peleamos esa noche. Me dijo..., me dijo algunas cosas muy crueles y luego dijo que nuestra amistad se había acabado.

—¿Por qué fue la pelea?

—No me acuerdo bien. Algo sobre que iba a empezar de cero o algo así —dijo Taylor con bastante rapidez.

¿Que no se acordaba de por qué fue la pelea? No estaba segura de creérmelo, pero, a juzgar por su comportamiento, a Taylor le estaba afectando, así que no insistí. —¿Crees que es propio de Kaitlyn escaparse con él y no ir a la universidad? —La miré directamente a los ojos, buscando alguna señal de preocupación por el bienestar de su antigua mejor amiga.

Sus ojos se abrieron de par en par con preocupación y se quedó boquiabierta.

—¿Qué?

—Has dicho que había desaparecido. Supongo que no se me había ocurrido que no hubiera ido a clase. No, no es propio de ella. Tenía grandes sueños de ser abogada y mudarse a Nueva York. —Taylor se llevó las manos a la cara y empezó a sollozar. Empezó a mascullar algo antes de volver a levantar la vista—. No se me ocurrió que algo malo pudiera haber pasado con ese tipo. Debería llamar a sus padres y preguntarles cómo están. Lo que necesites para la investigación, estoy aquí para ayudar, en lo que sea. Te daré toda la información que tengo. Cualquier mensaje antiguo... Como te dije, no he sabido nada de ella desde la noche de la graduación. Ay, Dios mío. He sido tan estúpida. Debería haberme dado cuenta de que quizá algo iba mal. Soy una idiota. No puedo creer que sea tan idiota y que no me diera cuenta. Espero que esté bien. Quiero decir, ¿crees que está bien?

Taylor parecía haberse derrumbado ante mis ojos. —Eso espero.

—Tu madrastra, ¿es buena encontrando a gente?

Esbocé una sonrisa irónica. —Buenísima.

Me había encontrado y me había salvado la vida.

—Por favor, avísame si puedo ayudar —suplicó Taylor.

—Te avisaré si me entero de algo. Le pasaré mis notas a Martina a ver cómo encaja todo. Pero mira, tengo que irme. Si se te ocurre cualquier otra cosa que pueda ayudarnos a encontrar a Kaitlyn, ¿me lo dirás?

Taylor asintió frenéticamente. —Por supuesto. Si se me ocurre algo, te lo haré saber sin falta.

—¿Estás bien?

Taylor se secó una lágrima del ojo. —Sí, estoy bien. Estaré bien. Gracias.

—Tengo que hablar con la bibliotecaria de una cosa. Te veo luego, ¿vale?

Ella asintió y yo guardé mi cuaderno en la mochila. ¿Eran sus lágrimas de verdad? El cambio de animada a destrozada había sido muy rápido. Me preguntaba cómo encajaba todo. Sería interesante comparar notas con Martina. ¿Sabían los investigadores que Kaitlyn tenía un novio potencialmente abusivo?

18

—•—

SELENA

Me reí educadamente de su enésimo chiste subido de tono del almuerzo. Cuando terminó su último chiste horrible, di un sorbo al café y lo volví a dejar en la mesa.

—Vaya, Van. Ha estado muy bien. Me alegro de haber conocido a otra persona del campus. Le agradezco mucho toda su ayuda. —Sin este baboso, no habría conseguido el registro de inicios de sesión de los ordenadores de la biblioteca del último mes, que era crucial para mi investigación sobre KT.

—¿Está segura de que no puede quedarse a tomar postre? Si no le gusta nada de la carta, quizá tenga algo que le apetezca en mi casa. —Enarcó las cejas.

Puaj.

—Lo siento, pero he quedado con mi madrastra. Se enfada mucho si llego tarde, y no quiero que se enfade conmigo. —La comida había tomado un cariz extraño. Claro, no estaba del todo bien que hubiera usado mis encantos femeninos para sacarle información a este tipo, pero pensaba que era un buen tío. Supongo que debería haber sabido que era horrible cuando me dijo que solo estaba dispuesto a darme los registros si aceptaba comer con él.

—Quizá en otra ocasión. Me da que es usted golosa y tengo justo el dulce que le hace falta —dijo con una sonrisilla afectada.

Doble puaj.

Alcé la vista hacia el camarero, que dejó la cuenta sobre la mesa. Menos mal que había llegado. Vi cómo Van la cogía y la miraba. Van no me parecía alguien que invitara a una dama en la primera cita, pero quizá su rollo raro y asqueroso no era más que una fachada y por dentro era todo un caballero. La volvió a dejar sobre la mesa y se llevó la mano al bolsillo trasero para sacar la cartera.

—Mi mitad son doce pavos, lo suyo eran ocho. Cada uno paga lo que ha pedido, ¿de acuerdo?

No, por dentro y por fuera era un capullo baboso. Menos mal que llevaba efectivo y no tendría que esperar a que procesaran la tarjeta de crédito. Saqué un billete de veinte de la cartera, con el que el camarero tendría una merecida propina después de haber aguantado los comentarios groseros y el comportamiento asqueroso de Van.

Dillon me debía una por haberme hecho pasar por esto. De repente, mis pensamientos volvieron a mi comida con Dillon. Dillon era lo opuesto a este baboso. Dulce, divertido, decidido y bueno, lo estaban acosando. No todo eran cosas buenas. Cogí la mochila y me la eché al hombro.

—Gracias. Adiós. —No esperé a que respondiera; en lugar de eso, salí a toda prisa del restaurante y me dirigí a mi coche. Sentía como si una capa de mugre me cubriera de la cabeza a los pies. Iba a necesitar al menos dos duchas para quitarme el *puaj* que era Van, el bibliotecario.

Entré en la sala de espera de la comisaría de la policía de San Francisco. Hacía unos años que no venía, pero seguía oliendo a polvo. Vi a Martina en una esquina hablando con un hombre con una familiar calva reluciente. El hombre que me ayudó a desmantelar la fraternidad después de que se descubriera que estaban agrediendo

sexualmente a mujeres en el campus y saliéndose con la suya, gracias a un policía corrupto del campus. Cuando le expliqué a Martina lo que estaba sucediendo en la casa de los DKA y le mostré las pruebas que tenía, se las llevó al teniente Tippin. Él creyó a Martina y actuó con rapidez.

Mi sonrisa se ensanchó mientras le tendía la mano al teniente Tippin. Su firme apretón de manos rezumaba confianza y fuerza.

—Me alegro de verla, Selena. ¿Cómo ha estado?

Solté su mano y la metí en el bolsillo delantero de mi sudadera.

—Bien. Me gradúo pronto. Estoy segura de que Martina se lo ha explicado, estoy aquí para ayudar a un amigo, un compañero de clase al que le han entrado a robar en el apartamento. A mi amigo le está costando que alguien le coja el teléfono.

—¿Quién fue el agente que respondió a la llamada?

—Heller.

La cara de Tippin se volvió gélida.

—La llevaré hasta él. Me aseguraré de que le dé todo lo que necesite.

Para mí, el teniente Tippin era un héroe. Un agente que juró servir y proteger, y eso era justo lo que hacía. Caminamos y hablamos sobre la universidad y mis planes de futuro.

—¿Ha pensado en unirse a las fuerzas del orden?

Martina y Tippin me miraban fijamente.

—Lo he pensado, pero hay algo en la investigación privada que me intriga de verdad.

Tippin sonrió con complicidad.

—Creo que es porque le gusta jugar con sus propias reglas, ¿me equivoco?

Tenía que mejorar mis habilidades para leer a la gente. Y mi cara de póquer. Tippin y Martina me habían calado.

—Algo así, pero me gusta trabajar con la policía.

Él inclinó la barbilla.

—Sabe que usamos consultores de vez en cuando. Quién sabe, quizá trabajemos juntos en unos años.

—¿En serio? Me encantaría saber más sobre eso.

—Mi despacho siempre está abierto para usted, Selena, y por supuesto para usted también, Martina.

Nos acercamos al escritorio de un agente uniformado con el pelo castaño oscuro y barba de un día. Nos miró a los tres y se puso rígido. Centró su mirada en el teniente Tippin.

—Teniente, ¿qué puedo hacer por usted?

Tippin permaneció impasible.

—Me alegro de que pregunte. Me gustaría presentarle a dos muy buenas amigas mías. A la derecha, la señora Martina Monroe y su hijastra Selena Bailey. Selena ha estado ayudando a un amigo suyo al que le entró a robar en casa y usted fue el agente que acudió. Necesito que le dé toda la información que le pida. ¿Queda claro?

—Por supuesto, sí, señor.

Tippin se giró hacia mí, me guiñó un ojo y le dio una palmada en el hombro a Martina.

—Cuídense las dos. Me alegro mucho de haberlas visto. Pasen a despedirse antes de irse.

Tras las presentaciones, el agente Heller sonrió con nerviosismo y volvió a sentarse.

—¿Cómo se llamaba su amigo al que le entraron a robar?

Estaba relatando todos los detalles del robo de Dillon cuando, por el rabillo del ojo, vi una cara familiar. El corazón se me aceleró y no pude apartar la mirada. Todos mis recuerdos volvieron a aquel día. La lástima en su rostro. Los pañuelos de papel que me entregó. La voz tranquila que se convirtió en ruido blanco mientras mi mente abandonaba el edificio.

—¿Señorita Bailey? ¿Señorita Bailey?

Sentí una mano en mi hombro y miré a Martina. Nuestras miradas se encontraron y mi pecho se agitó.

—¿Qué pasa, Selena?

No podía hablar. La vi mirar por encima de mi hombro antes de volver a posar su mirada en mí.

—Quédate aquí. Vuelvo enseguida.

No estábamos aquí por asuntos oficiales, pero reconocía una orden directa cuando la oía.

Volví a prestarle atención al agente Heller.

—Lo siento, acabo de ver a alguien con quien he trabajado en el pasado. —Trabajado podría ser una exageración. Estaba investigando el asesinato de Brendon. —¿Han analizado ya las huellas?

—Sí, no hemos encontrado nada. Las únicas huellas que encontramos eran las de su amigo y su compañero de piso. Quienquiera que entrara debió de llevar guantes, y por nuestra inspección parece que probablemente trepó por una ventana abierta. Solo una ventana del apartamento estaba cerrada con pestillo.

Volví a mirar al detective Brown, que estaba absorto en una conversación con Martina.

—¿Así que no tienen nada?

—Lo siento, ojalá pudiera ser de más ayuda. Si surge algo, se lo haré saber. Haré una búsqueda para ver si ha habido otros robos en la zona que puedan estar relacionados.

Sabía que no era una oleada de robos, este tipo era idiota.

—Gracias, estaría genial.

Se estiró sobre su escritorio, cogió una tarjeta de visita blanca con el emblema de la ciudad en la esquina izquierda y me la entregó.

—Llámeme si necesita algo.

—Gracias. —Me di la vuelta y me dirigí hacia Martina y el detective Brown.

Martina se detuvo cuando vio que estaba lo suficientemente cerca para oír. Volvió a presentarnos, aunque por la mirada en los ojos del detective Brown, él sabía exactamente quién era yo. Yo era la persona que lo llamaba semanalmente desde la muerte de Brendon. ¿Qué más daba una vez más?

—¿Alguna novedad en el caso de Brendon?

Asintió.

—Justo le estaba diciendo a Martina que ha habido una novedad reciente. —Mi corazón se aceleró. No le dejé terminar la frase.

—¿Han encontrado a los que estaban por encima de Ocampo?

Levantó la mano en señal de protesta.

—No puedo contarle mucho, pero lo que sí puedo decirle es que tenemos una nueva pista que estamos siguiendo. Parece ser creíble.

Es todo lo que le puedo decir por ahora.

Miré a Martina como si pudiera decirme si él decía la verdad o no. Me dedicó un gesto tranquilizador.

—¿No hay absolutamente nada más que pueda decirme? —volví a preguntar.

—Cuando tenga algo más que pueda compartir, lo haré.

—Ya tiene mis datos de contacto y sé que tiene los de Selena. Le agradeceríamos una llamada si hay alguna novedad en el caso… antes de que la prensa se entere —exigió Martina, a su manera.

Le dio las gracias por su tiempo antes de que saliéramos en silencio de la comisaría. Tantos pensamientos se arremolinaban en mi mente. Estaba enfadada. Estaba frustrada. Había una novedad en el caso y no sabía cuál era. Me pregunté qué habrían encontrado. Puede que tuviera que ponerme creativa para averiguarlo. Debería volver a la oficina y comprobar las bases de datos para ver si podía reconstruir lo que la policía había encontrado. Quería ayudar a sacar a los asesinos de Brendon de las calles e impedir que volvieran a hacer daño a nadie nunca más. Conseguiría justicia para Brendon y para esas mujeres, aunque fuera lo último que hiciera.

Martina se detuvo cuando llegamos a la entrada del aparcamiento.

—¿Estás bien?

Necesitaba rodearme de gente menos intuitiva si quería ocultar mis sentimientos con eficacia.

—Es solo que…

—Piensas mucho en ello, ¿verdad?

Asentí mientras miraba fijamente el hormigón.

—Mírame.

Levanté la vista y me encontré con sus ojos cálidos y afectuosos.

—Lo que pasó fue horrible y sé que es difícil dejarlo ir, pero si no lo haces, te carcomerá hasta que no quede nada. Él no querría eso. Lo sabes.

Odiaba cuando tenía razón. Pero él querría que consiguiera justicia para él y las otras víctimas.

—Tienes razón —dije, esperando que así terminara la conversación. No quería desvelar que seguía buscando a los de arriba en la organización, los que todavía andaban sueltos.

—Y quiero que dejes que la policía haga su trabajo. Tienen un equipo completo que sigue trabajando en el caso. Es demasiado peligroso que te involucres. Lo sabes, ¿verdad?

La miré a los ojos con seguridad.

—Lo sé —dije con rabia contenida. No siempre disfrutaba del lado moralista de Martina. El que siempre sabía más. Lo cual, para ser justos, solía ser cierto, pero no tenía por qué gustarme. Sabía que buscar a los traficantes era peligroso. Era la razón principal por la que había estado manteniendo a la gente alejada de mí.

La tensión llenó el espacio entre nosotras.

—Bien. Ahora, ¿cuál es tu siguiente paso para ayudar a Dillon?

Mi cuerpo se relajó.

—Bueno, acabo de soportar una comida muy dolorosa con un baboso que trabaja en la biblioteca. A cambio de la hora de mi vida que nunca recuperaré, me dio una lista de los inicios de sesión en los ordenadores del último mes.

Martina enarcó una ceja.

—No es exactamente legal.

—Bueno, no voy a llevar a nadie a juicio, espero encontrar un patrón entre los inicios de sesión y el momento de los correos electrónicos y las publicaciones de Facebook de KT.

—¿Y luego vigilar la biblioteca?

—Exacto. Necesito estudiar de todos modos. Dos pájaros de un tiro.

—¿Necesitas algo de mí? —preguntó Martina.

—No. Lo tengo todo controlado.

—Entonces, ¿nos vemos en la oficina el miércoles?

Por supuesto, tenía trabajo que hacer en el caso de Brendon.

—Claro. Ah, casi lo olvido. Ha sido un día ajetreado. Hablé con Taylor, mi compañera de clase de Walnut Creek.

—¿Algo?

—Sí, eran buenas amigas. Dice que Kaitlyn tenía un novio mayor, Greg, y por la descripción de Taylor puede que haya algunas señales de alerta. ¿Está eso en tus notas?

—Los padres de Kaitlyn dijeron que no salía con nadie, pero parecían un poco estrictos con ella. No me sorprendería que una

adolescente de una familia protectora escondiera un novio, y desde luego uno mayor. ¿Qué señales de alerta?

—Controlador. Bombardeo de amor. Mayor.

Martina negó con la cabeza.

—¿Conseguiste un apellido?

—Sin apellido.

—Lo consultaré con la familia para confirmarlo y ver qué más puedo encontrar. Hablaremos más en unos días cuando vuelvas a la oficina.

—Claro.

Nos despedimos, y me dirigí a mi coche con pensamientos tanto de Brendon como de Dillon en mi mente. Dos hombres que necesitaban mi ayuda. Y mi ayuda era exactamente lo que iban a recibir.

19

—•—

SELENA

Metí el libro de texto en la mochila mientras repasaba mentalmente toda la lista de cosas que tenía que hacer ese día. Cogí la mochila, me la colgué al hombro y salí del aula. Lo primero de la lista era llenarme las venas con toda la cafeína posible en la cafetería del campus. Tenía la mente y el cuerpo como gelatina. Y con un cerebro de gelatina no se podía investigar en condiciones.

Llegué a la cafetería, abrí la puerta y aspiré el aroma a granos de café recién tostado. *Sí. Sí. Sí.* Me acerqué al mostrador, hice mi pedido y luego me aparté a un lado para esperar mi café de la mañana. Estaba revisando los correos en el móvil cuando oí una voz familiar.

—Vaya, qué casualidad encontrarte aquí.

—Ah, hola, Taylor. Perdona, no te había visto. —Guardé el móvil en la mochila.

—¿Vienes a por algo para espabilar?

Taylor estaba demasiado animada.

—Sí, hoy lo necesito a raudales.

—He pensado mucho en lo que estuvimos hablando ayer, ¿sabes?, lo de Kaitlyn. Tengo algunas preguntas. ¿Tienes un momento para hablar?

Vi con el rabillo del ojo que dejaban un vaso con mi nombre en el mostrador.

—Espera un segundo. —Me acerqué al mostrador y cogí mi café humeante. Le di un sorbo antes de ponerle la tapa. Volví con Taylor —. Iba de camino a la biblioteca, si quieres podemos ir hablando.

—Claro.

—¿Necesitas esperar tu pedido?

—No he pedido nada; te vi entrar y se me ocurrió pasar a preguntarte si tenías unos minutos para hablar de Kaitlyn.

¿No era eso un poco raro? Di otro sorbo al café y sentí las primeras gotas de cafeína correr por mis venas. Abrí más los ojos. De verdad que necesitaba dormir más. Salí de la cafetería y empecé a caminar hacia la biblioteca.

—¿Ha habido alguna novedad en el caso de Kaitlyn? ¿La habéis encontrado ya? —preguntó Taylor.

Si acabábamos de hablar ayer. Esto era la vida real, no las películas donde los crímenes se resolvían en media hora.

—Aún no hay novedades, pero lo que me dijiste fue útil. Nadie había dado antes una descripción de su novio.

—¿En serio?

—Eres la única que sabía de su existencia. Ni siquiera sus padres sabían que estaba saliendo con alguien.

—Qué raro.

El hecho de que solo Taylor supiera lo de Greg podía significar un par de cosas. Una, que Kaitlyn había mantenido su relación en secreto porque temía la reacción de sus padres o, dos, que Taylor se lo estaba inventando. Estudié el rostro de Taylor, que parecía un tono más pálido que antes. O estaba muy preocupada por su amiga o se sentía culpable por no haber compartido antes los detalles sobre Greg… o algo peor.

Llegamos a la biblioteca y mi falta de sueño había hecho que me olvidara temporalmente de mi terrible comida con Van. Ahora necesitaba un plan para vigilar los ordenadores de la biblioteca sin toparme con el bibliotecario grimoso. La próxima vez me pondría un sombrero.

Llevé a Taylor a una mesa de estudio que estaba cerca de los ordenadores de la planta baja. Tenía una vista perfecta de todos los usuarios y alertas configuradas para cuando KT publicara en su red social. Me senté, satisfecha con mi plan. Miré a Taylor al otro lado de la mesa.

—¿Estás bien?

—No puedo evitar preguntarme si Kaitlyn estaría desaparecida si yo hubiera dicho algo sobre Greg antes.

Culpabilidad. Conocía bien ese sentimiento.

—Quizá. O quizá no. En cualquier caso, si le ha pasado algo malo, no es culpa tuya.

Taylor se dejó caer en la silla.

—Espero que esté bien. —Levantó la vista hacia mí—. Por favor, dime si puedo ayudar. Lo digo en serio.

Me lo pensé un momento. ¿Cómo podría ayudar Taylor?

—¿Recuerdas qué aspecto tenía Greg?

Hizo una mueca.

—Sí. Daba asco.

—Déjame hablar con mi madrastra. Podría ser útil que te sentaras con un retratista. Podría llevarnos a su identidad y tal vez eso nos ayudaría a encontrar a Kaitlyn. ¿Estarías dispuesta a hacerlo?

—Por supuesto.

Un brillo regresó a los ojos azules de Taylor. Sabía que sentaba bien pensar que podías ayudar. Quizá Taylor no era tan mala tía. Saqué los libros de la universidad y el portátil. Aterrizaron en la mesa de madera con un golpe seco. Vaya. Me di cuenta de que Taylor estaba sentada inmóvil, observándome.

—¿Hay algo más?

—Tenía otra pregunta para ti. Dijiste que conocías una situación similar a la de Kaitlyn: una chica que salía con un tío grimoso. ¿Hablabas de ti?

—De mí y, por desgracia, de muchas otras. ¿Por qué?

—Tengo una cita el viernes con un chico mayor y no quiero cometer un error parecido. No tengo mucha experiencia en citas.

—¿Parece alguien controlador o violento?

—No lo creo, pero…

Sonreí con suficiencia, entendiendo adónde quería llegar.

—Nunca se sabe. Sí, eso es verdad. Puedo pasarte una página web que enumera todas las señales de alarma a las que hay que estar atenta.

—Gracias. No creo que este chico sea malo ni nada, pero tampoco lo conozco muy bien. En realidad, es Dillon, de nuestra clase de Economía. Tú lo conoces, ¿qué opinas?

Dejé de trastear con mis cosas y la miré. ¿Dillon tenía una cita con Taylor? ¿Dillon estaba saliendo con alguien mientras lo acosaban? ¿Por qué no me habría contado esta información potencialmente importante? A ver, podía salir con quien quisiera. Solo era un poco sorprendente que fuera a salir con Taylor, una chica de primero.

—Dillon, parece majo, supongo. Quiero decir, yo tampoco lo conozco tan bien.

—Parece genial. Seguro que estoy exagerando, pero todo esto de Kaitlyn me ha hecho pensar que cualquier tío podría ser una mala persona, ¿sabes?

—Oh, lo sé. Tardé mucho tiempo después de una relación terrible en siquiera plantearme volver a salir con alguien, pero hay chicos buenos ahí fuera.

—¿Estás saliendo con alguien ahora?

Negué con la cabeza e intenté no reírme ante una idea tan tonta.

—Ah, no, no he salido con nadie en bastante tiempo.

—¿En serio? ¿Por qué? Eres muy guapa.

No estaba segura de qué tenía que ver ser guapa con todo aquello. *La juventud.*

—No he querido tener citas, no es para tanto.

—Qué guay. Seguro que te piden salir todo el tiempo. La verdad, me sorprende que no estés saliendo con Dillon.

¿Estaba tirándome de la lengua? No me interesaba Dillon; al menos, no me interesaba salir con él ni con nadie. Miré a Taylor con atención.

—No es tan sorprendente.

Ella negó con la cabeza.

—Ah, no lo decía por nada. Es que es un chico guapo. Y tú pareces muy simpática, atractiva e inteligente. Simplemente parece

que os lleváis muy bien. Os he visto juntos un par de veces. Parecéis tener buena sintonía.

¿Nos había visto juntos un par de veces? Ladeé la cabeza, pensando en eso.

Añadió rápidamente:

—Después de clase, ¿sabes?

¿Después de clase? ¿Se estaba poniendo a la defensiva? ¿Se había dado cuenta de que había metido la pata? Taylor no podía ser su acosadora, ¿verdad? Iba a tener una cita con él. Según lo que había leído sobre acosadores, no tenía sentido que alguien acosara a una persona con la que estaba saliendo. No encajaba en el patrón. Era más probable que quien lo acosaba le guardara rencor o sintiera un afecto secreto. Deseché esas ideas.

—Bueno, sea lo que sea que pensaras, te aseguro que solo somos amigos.

Taylor no pareció satisfecha con la respuesta, pero era todo lo que iba a sacarme. Los detalles de la investigación de KT eran privados.

—Ah, vale.

Abrí la tapa de mi portátil; necesitaba estudiar y centrarme en la investigación. Hablar de los planes románticos de Taylor con Dillon no era una prioridad. Eché un vistazo a Taylor, que ahora también estaba sacando sus libros para estudiar. Era evidente que era un poco intuitiva y había captado la indirecta de que nuestra conversación había terminado.

Una hora más tarde, Taylor recogió sus cosas y dijo que tenía que irse, pero que le había gustado hablar conmigo y que nos veríamos en clase. La despedí con la mano. Ni un solo resultado en la cuenta de Facebook de KT. Me pregunté cuánto tiempo tendría que esperar antes de conseguir una pista.

Cuatro horas más tarde, estaba casi dormida, pero había avanzado mucho con los deberes. No había resultados en la cuenta de Facebook de KT. Supuse que tampoco había correos para Dillon; dijo

que me enviaría un mensaje si recibía alguno. Ni rastro de KT, pero la noche no había sido un completo desastre. Tenía los deberes hechos, y eso ya era algo. Siguiente punto en mi lista de tareas: dormir.

20

—•—

TAYLOR

Fui dando saltitos hasta la cafetería con mariposas revoloteando en el estómago. Iba a tener una cita con Dillon. Por fin, nuestra historia iba a empezar. Me alegraba de que todo fuera en una dirección tan positiva. Empezaba a caerme bien Selena y odiaría tener que causarle más disgustos. Abrí la puerta y entré, aspirando el olor a café y galletas de azúcar. Eché un vistazo a la cafetería, grande y bulliciosa, con unos cincuenta estudiantes sentados que estudiaban, bebían café y comían galletas gigantes y sándwiches. Algunos tomaban sopa. Descubrí a Dillon sentado solo en una mesa para dos.

Creo que el hecho de que llegara pronto era una buena señal. Era obvio que no quería llegar tarde y causar una mala impresión. *Qué mono.* Me acerqué con paso alegre. Levantó la vista del móvil.

—Oh, hola, Taylor —sus ojos me brillaron como preciosos diamantes azules.

—¿Ya has pedido? —le pregunté.

—Todavía no, acabo de llegar.

Me senté y colgué el bolso en el respaldo de la silla. A los pocos instantes, el camarero estaba en nuestra mesa tomándonos nota. No

había mirado la carta, pero no importaba. Ya había visto suficiente al entrar. Pedimos y luego nos quedamos solos.

Lo miré fijamente a los ojos. —Gracias de nuevo por aceptar ser mi compañero de estudio. Creo que me ayudará de verdad. No sé si mis malos hábitos de estudio para esta asignatura se deben a lo aburrida que es o si es porque hay demasiadas distracciones —desde luego, él me estaba distrayendo, pero esa no era la razón de mis mediocres notas. Yo era una estudiante de sobresaliente. Simplemente necesitaba una excusa para acercarme a Dillon.

—De nada. Yo también tengo que estudiar. A veces me relajo, sobre todo los viernes. Me estás manteniendo por el buen camino.

Era adorable. —Me alegro de poder ayudar.

—¿Qué tal la semana?

Me estaba haciendo preguntas personales sobre mi vida. Muy buena señal. Claro, lo habíamos declarado una sesión de estudio entre compañeros, pero yo sin duda tenía la sensación de que era una primera cita. —Sobre todo bien, pero he recibido una noticia rara. Una noticia que todavía estoy asimilando.

—¿Una noticia rara?

Le hablé de Kaitlyn y de mi conversación con Selena. —¿Ah, era de eso de lo que Selena tenía que hablar contigo?

Asentí. —Sí, quería saber si la conocía. Le conté todo lo que sabía. No me había dado cuenta de que trabajaba para una agencia de investigación privada, ¿y tú?

—Sí. Lo leí en los periódicos.

—¿En los periódicos?

—Sí, salió en todas las noticias y redes sociales. La hizo tristemente famosa por aquí durante un tiempo.

Con razón no tenía redes sociales. —Ah, ¿qué pasó?

—En nuestro segundo año, estaba investigando un caso y la gente a la que investigaba asesinó a su novio.

Me quedé con la boca abierta, fingiendo que oía la noticia por primera vez. —¿En serio?

—Sí —Dillon continuó describiendo toda la horrible historia.

Aunque no era información nueva, oírlo en voz alta me hizo sentir fatal por haberle rayado el coche. Pobre Selena. Debería intentar

hacerme amiga suya. Seguramente le vendría bien otra amiga. Dios, por lo que debió de pasar. Con razón ya no salía con nadie. Por el lado bueno, eso probablemente significaba que de verdad no estaba interesada en Dillon. Intenté reprimir mi alegría ante la idea de que Selena era probablemente la última persona que podía ser una amenaza para mi relación con Dillon. Eran noticias gloriosas. Realmente me caía bien. Parecía tan fuerte, segura de sí misma y capaz. Me alegraba de no haber hecho nada demasiado drástico.

—Guau.

—Sí, ahora parece que está bien. Un poco reservada, pero ¿se la puede culpar? —dijo Dillon.

—Desde luego. Cuando me reuní con ella, mencionó que te estaba ayudando con la asignatura.

—¿Vosotros dos hablasteis de mí? —preguntó Dillon.

—Oh, solo le mencioné que iba a quedar contigo hoy.

Su sonrisa se había desvanecido, y yo quería saber por qué. —Ah, sí, eso. Es verdad, sí, me ha ayudado mucho —vaciló, pero luego continuó—. ¿Dijo algo más sobre mí?

¿Por qué le importaba lo que ella pensara de él? ¿Sería que le gustaba Selena, pero ella lo había rechazado por su terrible pasado? Lo deseché. Ahora estaba aquí conmigo. —No, nada más. ¿Por qué, salisteis juntos?

—No, claro que no. Es que no quiero que vaya diciendo a la gente que me ayuda con la asignatura porque no me va bien. Saco sobresalientes, había perdido mis apuntes y me ayudó, eso es todo.

—Oh, no creo que dijera nada malo de ti. Dijo que pareces majo.

Se desinfló.

Creo que Dillon necesitaba centrarse en mí y no en Selena. —¿Qué tal tu semana?

El camarero regresó con nuestro pedido. Para mi Dillon, un sándwich y una bolsa de patatas fritas junto con un café helado grande. Para mí, un sándwich de pavo, patatas fritas y una Coca-Cola. Tenía hambre, ya que no había comido en todo el día porque había estado demasiado nerviosa por nuestra cita. Abrí mi bolsa de patatas fritas sabor barbacoa y las mordí con un crujido. Qué ricas. Lo observé mientras daba un bocado antes de contarme su semana.

Quería que supiera que yo sabía escuchar superbien y que sería una novia genial. —He estado hasta arriba de trabajo, clases y de estudiar para el examen de acceso a Derecho. La graduación estará aquí antes de que me dé cuenta.

—No sabía que trabajabas. ¿A qué te dedicas?

—Trabajo en un bufete de abogados, a tiempo parcial. Ayudo con el archivo y las tareas administrativas. Nada del otro mundo, solo algo para meter la cabeza en un despacho de abogados.

—¿Necesitas estudiar Economía para ser abogado?

—No, me estoy especializando en Psicología y hago una especialización secundaria en Empresariales. Por eso estoy cursando Económicas en mi último año —continuó contándome sus ambiciones profesionales como abogado del mundo del espectáculo.

—Eso mola mucho. O sea, yo estudio Empresariales, pero mi especialización secundaria es Teatro. Quería especializarme en Teatro, pero mis padres no tragaron. Una especialización en Empresariales era la única forma en la que aceptarían pagarme la universidad. Mi verdadera pasión es la actuación. Me encantan las películas y la tele. Creo que es genial que tú también quieras dedicarte a la industria del espectáculo. No estoy segura de qué haré todavía, pero sé que será delante de un público —éramos tan perfectos el uno para el otro. Era como si el destino nos hubiera unido ese día en la feria de voluntariado. Lo supe entonces. Lo sabía ahora.

Tendríamos la vida más maravillosa. Él se mudaría a Los Ángeles, yo iría detrás, quizá me cambiaría de universidad. Ambos nos centraríamos en nuestras carreras antes de casarnos. Tendríamos la casa más bonita en las colinas de Hollywood.

Dijo: —No sabía eso. Tengo un tío que está en la industria. Él es quien me habló de todos los diferentes trabajos que hay en el mundo del espectáculo; una cosa que mencionó fue la necesidad de buenos abogados. Yo también soy un gran cinéfilo, así que pensé, oye, me encanta el derecho y la industria del espectáculo, así que era la combinación perfecta. Podría ayudar de verdad a la gente, como a actores noveles que acaban de empezar en el negocio. Mi trabajo sería asegurarme de que no timaran al talento para que

firmara malos contratos. Les pasa demasiado a menudo a las estrellas jóvenes.

Asentí enérgicamente. —Sí, hay tantas historias de terror sobre cómo los representantes y agentes prácticamente roban a sus clientes. Es genial que quieras ser un defensor de ellos —era tan genial. Mi chico, un humanitario.

Continuó preguntando por mis propias ambiciones y seguimos charlando. Escuchó mis sueños de convertirme en una actriz dramática, de aceptar papeles importantes que significaran algo. Contaría una historia con un mensaje. Me moría de ganas de aceptar mi primer premio de interpretación y darle las gracias a Dillon en mi discurso. No le conté esa parte; quería que fuera una sorpresa.

Terminamos nuestro almuerzo y Dillon sacó su libro de texto. —Supongo que deberíamos ponernos a hincar los codos.

Sonrió.

Me derretí.

Supongo que estudiar era parte del trato. Sería difícil concentrarse en Economía con él sentado frente a mí. Mi cuerpo vibraba de alegría. Esto no podría haber ido mejor.

Cedí y empecé con mis deberes. No quería que pensara que todo esto era una artimaña, aunque lo hubiera sido. Había sido doloroso tener que fallar tantas preguntas en mi examen solo para aparentar que necesitaba un profesor particular. No le había dicho que en realidad fui la mejor de mi promoción en el instituto y que elegí la Universidad de San Francisco por su estelar programa de teatro. No necesitaba un profesor particular, pero necesitaba a Dillon.

Tras terminar la primera tanda de deberes, decidí darlo por zanjado y esperé que Dillon sugiriera otra actividad para nosotros, una más divertida y romántica. Cerré mi libro. —Terminado.

—Guau, qué rápida. ¿Qué tal se te ha dado? —se inclinó y revisó mis respuestas—. Vaya, parece que están todas correctas. Debías de tener razón, todo lo que necesitabas era un compañero de estudio.

—Todo lo que necesitaba eras tú —dije con una sonrisa—. ¿Y tú? ¿Has terminado?

—Con Economía, sí. Ha sido divertido.

—Lo ha sido —guardé mis cosas en el bolso y él se levantó, pero dejó sus cosas en su sitio.

—¿Te quedas?

Dijo: —Todavía tengo algunas otras cosas que hacer. Pero te veo la semana que viene, ¿vale?

—Ah, vale. Bueno, adiós —salí de la cafetería, preguntándome por qué no había concertado otra cita conmigo. Pero lo descarté. Estaba tan ocupado que necesitaba hacer sus deberes. Era comprensible, aunque era viernes por la noche. Probablemente no era nada, y no quería frustrar sus ambiciosos esfuerzos por terminar todos sus deberes. Teníamos el resto de nuestras vidas para charlar, ver películas, cogernos de la mano, besarnos y participar en otras cosas traviesas. No hacía falta ninguna prisa. Ni siquiera sentí el aire frío tocar mi piel mientras flotaba hacia casa con una amplia sonrisa dibujada en mi rostro.

Unas horas más tarde, un rugido retumbó en mi tripa. Sin duda me apetecía otro sándwich con patatas para revivir esos momentos sentada frente a Dillon. Lo pediría para llevar. Una cena para una, pero un recuerdo de dos. Y quién sabe, quizá él seguiría en la cafetería quemando el aceite de medianoche. Un encuentro fortuito. Me preguntaría si me gustaría unirme a él, por supuesto. Fingiría que no quería molestarlo, pero me uniría a él.

Hablaríamos y reiríamos. Me invitaría a su apartamento o yo lo invitaría a volver a mi residencia. Veríamos una película y luego llevaríamos nuestra relación a un plano físico. Las mariposas regresaron mientras me apresuraba a bajar a la cafetería.

Entré y me quedé helada. Allí estaba él, sentado en el mismo sitio, pero no estaba solo. Ambos estaban recogiendo sus cosas y venían directos hacia mí.

La furia recorrió mi cuerpo. Retrocedí rápidamente fuera y me apresuré hacia la derecha para mirar desde la esquina. Se reían mientras él abría la puerta al exterior. Tenía la mano en su espalda

mientras la guiaba fuera del local. Corrí hacia la esquina para mantenerme fuera de su vista.

Juró que no salía con nadie.

Tenía una historia triste.

Y, sin embargo, allí estava, con mi Dillon, un viernes por la noche, riendo, no estudiando. ¿Por qué me estaban mintiendo los dos? El corazón casi se me salía del pecho.

Se acabó. Selena me caía bien, pero yo amaba a Dillon y solo una de nosotras podía tenerlo. Y esa era yo. En el amor y en la guerra todo vale. *Lo siento, Selena, pero no puedes interferir en mi destino.*

21

—•—

SELENA

Me levanté de la mesa y solté un quejido. A Dee se le escapó una risa.

—¿Un poco dolorida?

Estaba hecha polvo. Me dolían hasta las entrañas y los músculos me suplicaban que parase la tortura. Respondí:

—Un poco.

—Lo has hecho genial hoy.

—Desde luego, siento que me he ganado esos gofres.

Dee sonrió.

—Me alegro de verte comer carbohidratos.

—En el fondo, siempre seré una golosa empedernida. —Pero a estas alturas de mi vida, solo me permitiría darme el capricho de comer dulces después de haber llevado mi cuerpo al límite en el gimnasio—. A veces me pregunto si es la única razón por la que voy al gimnasio. —Ambas nos reímos al salir del restaurante.

Dee y yo habíamos decidido tomar un *brunch* semanal después de nuestra clase de krav magá. A veces, la promesa de unos gofres era lo único que me ayudaba a superar la clase. Gofres aparte, me sentaba bien volver a llevar mi cuerpo al límite. Solo llevaba una semana, pero ya notaba mi cuerpo más fuerte, a pesar de sus gritos

para que parase. Sentía que la vida volvía a la normalidad, al menos a mi normalidad. No la normalidad de la gente normal. La normalidad de Selena. Investigar. Sacar matrículas. Ponerme en forma. Volverme letal.

Solo faltaban unos pocos meses para poder dedicar todo mi tiempo a ayudar a otra gente y a ser la mejor persona que pudiera ser.

Llegamos al aparcamiento y nos detuvimos entre nuestros coches. Ella dijo:

—Esto ha estado genial. ¿Cuándo quedamos para nuestra cita semanal en el campo de tiro?

Era irónico que yo hubiera ayudado una vez a Dee a recuperarse de un ataque que le cambió la vida, y ahora era ella quien me sacaba a mí de mi propio suceso traumático. Era muy astuta. Me había convencido para hacer dos actividades y salir a comer fuera dos veces por semana. Me pregunto si estaría compinchada con Martina. En cualquier caso, se lo agradecía. Tenía suerte de tener una amiga que podía ver más allá de mi coraza y ofrecerme un salvavidas cuando lo necesitaba.

—Cualquier noche de esta semana me viene bien. Puedo reorganizar otras responsabilidades, ¿y tú?

Una sonrisa asomó a los labios de Dee.

—Bueno, en realidad el viernes no puedo, pero cualquier otro día sí. El viernes no.

Nunca había visto a Dee tan pícara, vamos… jamás. No puedo creer que no me hubiera dado cuenta antes. Sus ojos azul aguamarina tenían un brillo que no le había visto en mucho tiempo. Siempre había sido una fuerza positiva. Solía ser optimista, fuerte e inteligente, pero algo era diferente. No era el tipo de brillo de «hoy he asesorado a mi primera superviviente». Era distinto. *No puede ser.*

—¿Qué pasa el viernes?

Sus ojos brillaban, preciosos.

—Tengo una cita.

Sí que es.

—¿Qué? ¿Y me lo dices ahora? Nos hemos sentado a comer gofres y nata. Dos tazas de café. Esto es muy fuerte. Cuéntamelo todo. —Le sonreí de oreja a oreja mientras me apoyaba en la puerta del conductor. Sentí que el corazón se me llenaba de alegría al escuchar a Dee describir al hombre que había conocido y con el que había aceptado tener una cita. Estaba claro que estaba coladita por él. Me pregunto qué le habría hecho cambiar de opinión sobre las citas. Hacía dos años, había renunciado a los hombres tras haber sido agredida en la casa de la fraternidad. Siempre había esperado que aprendiera a confiar en los hombres de nuevo, pero no lo había hecho hasta ahora. Sonreí—. Me alegro mucho por ti. ¿Qué ha cambiado? Sé que no te interesaba tener citas desde hace tiempo.

Sacudió la cabeza con una sonrisa tontorrona en la cara.

—No lo sé. Hay algo en él… Es listo, guapo y tiene éxito. De hecho es… no te rías.

Me pasé el dedo índice por el pecho.

—Palabra de honor.

—Es policía.

—¿Qué?

—Sí, nos conocimos en la clase de defensa personal que doy. Vino a hacer una demostración y luego nos pusimos a hablar. La charla se convirtió en un café, luego en una comida, y al final de la comida me pidió salir a cenar.

—Guau. Ya sé que es cursi, pero me alegro mucho por ti. Ay, cómo han cambiado las cosas con los años.

—Ya ves, eso demuestra que todo es posible. Si yo he podido encontrar a un tío con el que estoy dispuesta a tener una cita, creo que hay esperanza para todas.

Era como si su voz me hablara directamente al alma, diciéndome que tenía que pasar página. Tenía que volver a salir con alguien, o al menos estar abierta a la posibilidad. Había conseguido que volviera al gimnasio y me tenía con una nueva rutina de tiro, pero si lograba convencerme para tener citas, sería una auténtica obradora de milagros. Quién sabe, tal vez lo era.

—Incluso los casos más desesperados pueden tener esperanza.

Dee echó la cabeza hacia atrás mientras se reía.

—¿He detectado una insinuación de que tal vez tienes a alguien en mente?

—No, no. Digo que quizá algún día, pero hoy no.

—Vale, pero te estaré vigilando, jovencita.

—De acuerdo, tengo un montón de cosas que hacer. —La abracé y nos despedimos.

Me di la vuelta para abrir la puerta del coche. Ya estaba abierta. Murmuré:

—¿Pero qué demonios?

Cuando abrí la puerta, lo vi y me quedé helada. Había una nota doblada en el asiento del conductor. No estaba ahí cuando entramos en el restaurante. Me giré y la llamé.

—Oye, Dee, ¿tienes guantes?

—Tengo un par en mi coche. Un segundo.

Volvió con los guantes.

—¿Qué es?

—Alguien ha dejado una nota dentro de mi coche.

La preocupación cruzó el rostro de Dee mientras me entregaba los guantes. Me los puse y abrí la nota. La rabia me inundó por dentro. Le enseñé la nota a Dee, y soltó un grito ahogado.

—¿Crees que son los traficantes?

Recuperé la nota y en ese momento supe que los guantes no eran necesarios. KT no dejaba huellas. Con voz temblorosa, la leí en alto:

—«Si la vuelvo a ver con Dillon, acabará como su último novio, Brendon. Aléjese de Dillon. Es su última advertencia». —KT había cruzado la línea oficialmente—. Esto no es de los traficantes. Es de KT. No tengo ninguna duda.

Dee tenía los ojos como platos.

—Eso es una amenaza de muerte. KT está yendo a más. Quienquiera que sea KT, en mi opinión, es alguien con problemas de salud mental graves. Quizá deberías quedarte conmigo, o en casa de tu padre y Martina, hasta que descubras la identidad de KT. Esto me preocupa.

Puede que así fuera, pero ahora KT tenía algo más que un problema de salud mental con el que lidiar. Tenía que lidiar conmigo. Encontraría a KT y pagaría por todo lo que le había hecho a Dillon y

a mí. La encerrarían y se haría justicia. KT no sabía con quién se estaba metiendo. Si KT fuera lista, sabría que tenía que correr y esconderse, porque iba a por ella.

22

—•—

TAYLOR

La observé desde el otro lado de la calle. Esta vez no había lágrimas. Solo brazos agitándose. Bien. En realidad no quería hacerle daño, aunque ella me lo hubiera hecho a mí. Yo no era así de mezquina. Pero, por otro lado, quizá Selena necesitaba aprender la lección. Había pensado que era una persona íntegra. Una mujer a la que admirar, pero no. Había sido una mentirosa. Traicionó a otra mujer. *A mí*. De verdad que no quería tomar medidas drásticas, así que esperaba sinceramente que Selena comprendiera ahora la gravedad de la situación. *La cosa era seria.*

Recordé la noche anterior, cuando había redactado la nota después de verlos juntos. Tras volver corriendo a mi residencia, me había metido a toda prisa en el baño y había gritado contra una toalla antes de sacar la cuchilla. Me senté en el suelo del baño mientras planeaba mi siguiente movimiento. Mi venganza. Mi camino de vuelta a Dillon. ¿Cómo iba a centrarse en mí con esa estúpida de Selena por ahí?

Según lo que había investigado sobre la pequeña investigadora, parecía tener cierto complejo de mártir. Supongo que debería haberla investigado más a fondo. Ahora comprendía que amenazarla

no servía de nada. Se creía invencible. Pero si amenazabas a alguien que le importaba... *bingo*. Había que darle donde más le dolía.

Consumida por la rabia y el desamor, las lágrimas me habían surcado la cara mientras escribía el texto. Apenas podía ver las palabras en la pantalla. Después de calmarme y asearme, saqué el papel de carta que mi ridícula madre me había regalado para mi graduación del instituto. Dijo que era para mantenerme en contacto con mis compañeros de clase. ¿En serio? Nadie escribía notas. ¿Hola? Redes sociales. Mamá vivía en la puñetera Edad de Piedra. Aunque las notas escritas con la mano izquierda eran una tapadera genial. En serio, ¿quién deja una nota hoy en día? Nunca podrían relacionarlo conmigo. Quizá mamá no era tan horrible. No, sí que lo era. Había intentado controlarme desde que tenía uso de razón. Se acabó. Ahora, yo tenía el control de mi destino, y mi destino incluía a Dillon. Lo amaba.

¿Habría amado Selena a Brendon de esa manera? Seguro que le fastidiaba que supiera su nombre. Así es, guapita, te tengo calada.

Seguí vigilando, por si volvía a llamar a la policía. Como si pudieran hacer algo. Todo lo que yo, o cualquiera, tenía que hacer para entrar en el viejo coche de Selena era ver un par de vídeos de YouTube y *voilà*. Forzar la cerradura era pan comido. Tarta de manzana. Y fuera hacía un frío que pelaba. Una chica joven con guantes no llamaba la atención. La policía no encontraría nada. Me vibró el móvil y di un respingo.

Venga ya, Taylor, tranquilízate.

Quizá era Dillon. Miré la pantalla. Uf. Mamá otra vez. Rechazar. Volví a centrarme en Selena y su amiga Dee. Sí, también había leído sobre Dee. Dos pequeñas soldados. Claro, disparaban y podían matarte con sus propias manos o lo que fuera, pero yo tenía algo que ellas no. El factor invisibilidad. Inteligencia. No me encontrarían a menos que yo quisiera que lo hicieran. *Mmm.* Las dos volvieron a sus coches.

Me agaché y miré la hora en el móvil durante cinco minutos, para cuando estuviera bastante segura de que se habrían ido. Durante ese tiempo, pensé en cuál sería mi siguiente paso, suponiendo que Selena se mantuviera alejada de Dillon.

Me incorporé lentamente hasta quedar sentada. Ambas se habían ido. Ahora era el momento de mi siguiente movimiento. *Que empiece el juego, Selena*.

23

—•—

SELENA

Entré hecha una furia en las oficinas de Drakos Monroe Security & Investigations. No recordaba la última vez que había estado tan furiosa. No, espera, sí que lo recordaba. Fue cuando descubrí que Ocampo había matado a Brendon. La furia apasionada que sentía se había atenuado en los últimos dieciocho meses, pero la nota en el asiento del conductor la había reavivado. Esta tal KT no sabía con quién se estaba metiendo. Por su mala suerte, estaba a punto de iluminarla sobre el error que cometía.

Tiré la mochila al suelo, sobre la alfombra, con algo más de fuerza de la que debería. Necesitaba calmarme. Tenía que ser capaz de hablar de esto con Martina de forma racional. Necesitaba centrarme. Conté hacia atrás desde diez y luego hice ejercicios de respiración. Cerré los ojos, puse las manos sobre los muslos, conté y empecé. Inspira, espira. Inspira, espira. Mi plan era continuar hasta que ya no quisiera salir corriendo a la galería de tiro, sacar la pistola de la taquilla y liarme a tiros.

Mi meditación se vio interrumpida cuando oí unos pasos que se dirigían hacia mí. Abrí los ojos de golpe y me encontré a Martina observándome con el ceño fruncido.

—Hola. ¿Va todo bien?

Negué con la cabeza.

—No, no va bien. —Le expliqué que me habían forzado el coche y lo de la nota.

—Siento mucho lo que te ha pasado y estoy de acuerdo contigo, no creo que haya sido nadie relacionado con el caso de trata de personas. ¿Has puesto la denuncia?

—Todavía no. Quería saber tu opinión sobre la nota. ¿Crees que exagero si pienso que es una amenaza de muerte?

Martina negó con la cabeza.

—No, no creo que exageres. Deberías denunciarlo. La nota y el que te hayan forzado el coche son pruebas contundentes de que hay que encerrar a esta persona, KT, antes de que haga daño a alguien.

—Vale, llamaré al agente Heller para decirle que tengo que poner otra denuncia.

—Y si no viene o no hace nada, sabemos a quién podemos recurrir —añadió Martina.

Amigos en las altas esferas. No era mala cosa tenerlos.

—El teniente Tippin.

—Exacto. ¿Vas a estar bien? ¿Hay algo más que te preocupe?

Me encogí de hombros.

—Es todo este asunto de KT y el posible avance en el caso de trata de personas. Todos los recuerdos están volviendo a toda prisa. Hubo algo en la nota que pareció llevarme al límite.

¿Acaso me hacía débil no poder dejarlo pasar? La mayor parte del tiempo, estaba lista para luchar, pero a veces deseaba poder esconderme bajo una piedra y pasar el resto de mis días fingiendo que nunca había pasado nada malo. Pero ese no era mi destino. Yo era una luchadora y no me rendiría.

—¿Por qué no nos tomamos un té y hablamos mientras esperamos a que llegue la policía?

Asentí.

—Te veo en la sala de conferencias uno después de que llames a Heller.

—Vale, gracias.

Terminé la llamada con el agente Heller y me dirigí a la sala de conferencias. Martina estaba en un rincón sacando la bolsita de té

de su taza antes de tirarla a la basura. Me senté a la mesa frente a la taza de té que me había puesto. Cogí la taza por el asa e inhalé la menta varias veces antes de dar un sorbo a la bebida caliente. Me hizo sentir mejor, más tranquila al menos. Volví a dejar la taza sobre la mesa.

—Gracias, Martina.

—De nada. ¿Qué piensas hacer para averiguar quién es KT?

Seguía queriendo vigilar la biblioteca. Me parecía la mejor opción, pero necesitaba ser más creativa.

—He estado pensando en cómo vigilar la biblioteca de forma más eficiente. Sentarme y esperar consume mucho tiempo, aunque voy adelantada con los deberes. He estado investigando la legalidad de colocar cámaras para poder observar desde lejos y luego localizar a KT cuando publique en las redes sociales o le envíe un correo electrónico a Dillon.

La biblioteca era un lugar público; la legalidad era un terreno ambiguo. Observé a Martina y casi pude ver al hámster dando vueltas en la rueda.

—¿En qué piensas? —le pregunté.

¿Lo aprobaría Martina? Esperaba que sí, porque engañarla no era tarea fácil. Tal como estaban las cosas, me preguntaba cuánto sabía de mi actividad en Drakos Monroe en relación con el caso de trata. ¿Había cubierto mis huellas tan bien como pensaba? ¿Estarían monitorizando cada una de mis pulsaciones? Si era así, no lo había mencionado.

Martina se cruzó de brazos.

—Eso sería arriesgado. Podrías meterte en un lío por ello. Pero, por otro lado, es una especie de lugar público.

—Pienso exactamente lo mismo.

—Sigue siendo arriesgado, lo entiendes, ¿verdad?

—No lo usaría en un juicio, solo necesito saber la identidad de KT y luego ya veríamos.

Tenía la sensación de que a Martina no le gustaría la idea; nunca le habían gustado mis cámaras secretas en el pasado. Para ser justos, tuve problemas en el pasado después de que casi me pillaran. Pero esto era diferente, era un lugar más o menos público.

—Cuando digo arriesgado, me refiero a ti y a tu futuro, no a un caso judicial. Piénsalo de esta manera. Piensas montar tu propia agencia. ¿Es algo que harías para un cliente de pago? ¿Estarías dispuesta a arriesgar tu propia licencia de investigadora privada y tu medio de vida? Ahora mismo, como mucho te darían un tirón de orejas o te acusarían de un delito menor. Lo cual está bien, pero tienes que empezar a pensar en esto como si fuera tu propia empresa. Si pierdes tu licencia, pierdes tu empresa. Tienes que preguntarte si merece la pena seguir corriendo este tipo de riesgos.

Vaya. Martina tenía razón; era algo en lo que ni siquiera había pensado. Tendría que pensar en eso después de tener mi licencia de investigadora privada. Pero por ahora, no tenía licencia. Tampoco creo que me pillaran ni que necesitara las cámaras durante mucho tiempo. Incluso si lo hicieran, podría intentar camelarme a Van. *Puaj.* Las cosas que haría por una investigación. En lo que a mí respectaba, el riesgo actual era bastante bajo.

Tomé otro sorbo del té de menta antes de volver a dejar la taza sobre la mesa.

—Vale, creo que ya sé lo que voy a hacer.

Martina levantó una mano en señal de protesta.

—No me lo digas. No quiero saberlo. —Me guiñó un ojo y me dedicó una sonrisa a medias. Martina sabía exactamente lo que iba a hacer, pero, por si acaso, era mejor que no tuviera conocimiento explícito de mis planes.

—Ahora que eso está zanjado, ¿hay alguna novedad en el caso de Kaitlyn?

Martina se removió en su silla y luego abrió la tapa de su portátil.

—De hecho, me alegro de que lo saques. Hemos revisado todos los informes policiales y hemos vuelto a entrevistar a la familia. Nadie había mencionado ni oído hablar de Greg, pero la familia confirmó que Taylor March fue su mejor amiga durante mucho tiempo, aunque la habían visto menos últimamente. Así que, si alguien sabía de un novio secreto, sería Taylor. Y si la intuición de Taylor es correcta, tenemos que encontrar a Greg. Podría ser la clave para encontrar a Kaitlyn.

Mi ánimo mejoró.

—Entonces, Taylor podría ayudar de verdad a encontrar a Kaitlyn. Es una noticia genial. Ya le he preguntado a Taylor si recuerda qué aspecto tiene y dijo que estaría dispuesta a sentarse con un dibujante.

—Excelente idea. ¿Puedes contactar con Taylor para ver si puede venir esta semana? Cuanto antes, mejor.

—Hecho. Le enviaré un mensaje. —Hice una pausa mientras me preguntaba si debía pedirle a Martina su opinión sobre que Dillon saliera con Taylor. ¿Quizás no era extraño?—. Otra cosa... Taylor y yo estuvimos hablando en la biblioteca el otro día y mencionó que tenía una cita con Dillon. Aún no le he preguntado a Dillon sobre ello, pero ¿no te parece extraño que Dillon salga con alguien cuando le están acosando?

Martina permaneció inexpresiva. Era como si pudiera leer las expresiones faciales, los estados de ánimo y los matices de todo el mundo, pero nadie pudiera leer los suyos. Al menos estaba pensando, lo que significaba que debía de parecerle un poco raro.

—Es un poco raro, pero es un hombre joven. ¿Taylor es guapa?

Sonreí con suficiencia. *Hombres.*

—Lo es. Alta, rubia, ya sabes, el lote completo.

—¿Es extraño? Quizás. Quiero decir, debería abstenerse por el bien de Taylor. Ella podría convertirse en un objetivo. Mira cómo KT se ha centrado en ti y ni siquiera estás saliendo con este chico. ¿Te imaginas si fuera un interés amoroso real? ¿Y si la acosadora contacta con Taylor? Podría estar en peligro.

Doble vaya. Ni siquiera había pensado en eso. Taylor podría estar en peligro. ¿Debería decirle que estuviera atenta a si la seguían? Pero, ¿y si Dillon no quiere que ella sepa que tiene una acosadora?

—Tienes razón. Llamaré a Dillon esta noche y le preguntaré por Taylor, aunque solo sea para asegurarme de que Taylor está a salvo. Pero si recibe notas y amenazas, no sería justo para Taylor no informarla de los riesgos y peligros de salir con Dillon.

Se me encogió un poco el corazón al pensar en Dillon saliendo con otra persona. No es que fuéramos pareja o lo fuéramos a ser. Íbamos en direcciones diferentes en unos pocos meses. Yo me graduaba y montaba mi propia agencia de investigación. Él acabaría

yendo a la facultad de derecho a saber dónde. ¿Por qué tenía que seguir recordándome que era un cliente y que nunca funcionaría?

—Buen plan.

Al menos Martina aprobaba algunas de mis actividades. Mi teléfono vibró y contesté.

—Selena Bailey.

—Soy el agente Heller, estoy en la entrada principal del edificio.

—Bajo enseguida.

Le expliqué rápidamente a Martina que Heller había llegado antes de salir de la sala de conferencias. Las últimas dos semanas habían sido un torbellino, y sin embargo, solo unas semanas antes, mi vida era bastante aburrida. Revisaba archivos, investigaba en secreto a los asesinos de mi novio y asistía a clases. Ahora estaba involucrada en dos investigaciones diferentes, asistía a clases y planeaba montar mi propia agencia. La vida volvía a ser emocionante. La única pregunta era: ¿era eso algo bueno?

24

—•—

SELENA

Fui corriendo hacia el edificio para quedar con Dillon. Para cuando llegué a la entrada, me dolían los oídos por el frío. Debería haberle contado las novedades por teléfono y ya. Era temprano y hacía un frío que pelaba, dos de las cosas que menos me gustan. Pero ya le había mandado un mensaje la noche anterior para pedirle que nos viéramos antes de clase. Quería hablar con él en persona para poder calibrar su reacción. Era un asunto estrictamente profesional, nada personal.

Abrí la puerta y lo vi justo dentro. Estaba allí de pie, con una sonrisa tímida y un vaso de café de cartón en cada mano.

—Hola.

—Hola. Te he traído café. Es un café con leche, recordaba que es lo que pediste en nuestra última reunión. Espero que te guste.

Le quité importancia al hecho de que supiera qué café tomaba. No era para tanto. Así que tenía buena memoria.

—Gracias. La verdad es que me vendrá bien la cafeína.

—¿Vamos a algún sitio más privado?

No era mala idea, por si KT andaba merodeando por allí.

—Claro. ¿Crees que ya hay alguien en el aula? —Poco probable.

—No he mirado.

—Voy a mirar, quédate aquí.

Me acerqué a la puerta del aula y la abrí. Entré y recorrí con la mirada el auditorio vacío. Me di la vuelta y le hice una seña para que se acercara.

Dillon asintió y entró detrás de mí.

Nos sentamos en la fila más cercana a la puerta. Me encaré con él.

—Vale, quería ponerte al día. No hay forma fácil de decir esto, así que lo soltaré sin más. —Le expliqué lo de la nota amenazante.

Parecía afectado. Pálido, incluso.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Supongo. Sabía que KT estaba perdiendo la cabeza y temía que la cosa se pusiera fea, pero ahora que de verdad está amenazando mi vida, me está afectando de lleno. —Negó con la cabeza—. ¿Estás segura de que era de KT?

—No estoy segura al cien por cien, pero la gente que mató a Brendon tenía un método muy directo, no había nada de anónimo en él. Créeme —dije con la menor emoción que pude reunir. No necesitaba derrumbarme ahora.

Soltó el aire.

—Vale, entonces, ¿qué hacemos ahora?

—KT sigue pensando que soy una posible pareja para ti y parece que nos está vigilando, así que no la provoquemos. Deberíamos intentar evitar que nos vean juntos. Además, he estado trabajando en vigilar la biblioteca. Con suerte, en unos días sabremos la identidad de KT y podremos poner fin a todo esto.

—¿Eso es todo?

—No exactamente. —Esto iba a ser más difícil de lo que pensaba. Lo vi mirar el móvil, negar con la cabeza y volver a guardárselo en el bolsillo—. ¿Era KT otra vez?

—No, la verdad es que es otra persona. ¿Qué decías?

Le di un sorbo a mi café con leche.

—Estuve con Taylor la semana pasada y mencionó que tenías una cita. ¿Estás saliendo con ella?

Se le sonrojaron las mejillas.

—No. Bueno, más o menos. Quedamos para estudiar y comimos juntos. Me dio la impresión de que ella pensaba que era algo más,

pero es demasiado joven. No para de mandarme mensajes, está claro que no pilla la indirecta de que no estoy interesado.

—¿Y por qué no se lo dices y ya?

—No quiero herir sus sentimientos.

¿No quería herir sus sentimientos? Uf. ¿Qué se creía que era eso de hacerle el vacío, un camino de rosas? ¿Por qué la gente hacía eso?

Di un paso atrás. Quizá Dillon no era el chico que yo pensaba. Creía que era un buen tío, una persona íntegra. Esa técnica de desaparecer sin decir nada era probablemente la razón por la que alguien lo estaba acosando. Igual era una pobre chica con la que había salido y de la que ni siquiera se acordaba. Al menos Taylor estaba a salvo.

—¿Es algo que haces a menudo? —dije con un tono un poco más duro de lo que seguramente debería.

Abrió los ojos como platos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sales con chicas y luego simplemente les haces el vacío?

—No, o sea, no siempre. La verdad es que no salgo con muchas chicas. Taylor es maja y es mona, pero es demasiado joven y no es mi tipo.

—Pero ¿has hecho este tipo de cosas antes? Así podría haber empezado todo este asunto de KT. Que lo sepas, no sienta nada bien salir con alguien y que luego, de repente, no te devuelva las llamadas. Para que conste, es cruel y hace daño. Así que si intentas no herir los sentimientos de Taylor, estás fracasando.

—Supongo que nunca lo había visto de esa manera. Hablaré con ella.

—Bien. Pero que sepas que puede que no sea buena idea salir con nadie hasta que se resuelva la situación de KT. Cualquiera con quien salgas se convertirá probablemente en un objetivo. Así que, si puedes aguantar sin salir con nadie por ahora, es lo mejor.

—Es un buen argumento. Vale, no saldré con nadie hasta que esto termine. Gracias.

Me relajé.

—Ahora que hemos aclarado eso, deberíamos separarnos. Nunca se sabe, KT podría estar en esta clase.

—¿Tú crees?

—Podría ser cualquiera. Tenemos que ser listos.

—De acuerdo. Hablamos luego. —Se levantó para cambiarse de sitio cuando la puerta del aula se abrió con un crujido.

Ambos nos giramos.

—Ah, hola, Taylor.

Se quedó con la boca abierta.

—Ah, hola, Selena. Hola, Dillon.

—Hola, Taylor —dijo Dillon mientras seguía hacia el pasillo—. Vienes pronto.

—A quien madruga, Dios le ayuda. —Se rio sin sinceridad. Me pregunto si le preocupaba que estuviera sentada con Dillon. Estaba claro que le gustaba. Casi podía sentir su dolor—. Estábamos comparando apuntes de la clase de la semana pasada.

Dillon asintió.

—Sí, justo iba a un asiento más cerca de la parte de delante. ¿Quieres venir conmigo?

No era una maniobra que yo hubiera recomendado, porque ahora parecía que le estaba dando falsas esperanzas a la pobre chica. Solo conseguiría que el golpe fuera aún más duro cuando Dillon le dijera que no estaba interesado en salir con ella. Debería existir un manual de citas que se repartiera en los institutos.

Le sonrió a Dillon antes de decir:

—Claro. Hasta luego, Selena —sin volverse a mirarme.

Negué con la cabeza. Después de que Dillon tuviera «la charla» con ella, la buscaría para ver si estaba bien. Estaba segura de que Taylor se recuperaría, con el tiempo.

25

—•—

DILLON

Me senté y vi cómo Taylor cogía el asiento de al lado. Era dulce y mona, pero no podía quitarme a Selena de la cabeza. Quizá podría hablarle a Taylor de KT y explicarle que no podíamos salir por su culpa, por su propia seguridad. Tal como estaban las cosas, mi seguridad estaba en entredicho. ¿Tenía razón Selena? ¿KT era una chica con la que de verdad había tenido una cita y a la que nunca más le había vuelto a hablar?

Bueno, desde luego que no volvería a hacer algo así. Necesitaba zanjar el asunto de KT para poder seguir adelante con mi vida. Esperaba que seguir adelante incluyera a Selena. Mis pensamientos sobre ella se vieron interrumpidos.

—Entonces, ¿qué tal el fin de semana? ¿Has estado superliado con las clases y el trabajo?

Asentí y la miré a sus ojos suplicantes. No era tan tonto como para no darme cuenta de que seguramente intentaba averiguar por qué no le había contestado a los mensajes.

—Sí, ha sido un finde de deberes y de preparar el LSAT, más que nada. ¿Y tú?

Taylor se removió inquieta en su asiento.

—Ha estado bien. Yo también he hecho muchas cosas. Creo que nuestra sesión de estudio me inspiró. ¿Quizá podríamos quedar otra vez el miércoles?

¿Sería buen momento para tener la conversación con ella? Bueno, o era entonces o antes. Hasta que hablásemos, seguiría siendo amable.

—Por mí, perfecto. ¿En el mismo sitio?

Asintió con un destello de esperanza.

—Genial. A lo mejor esta vez pruebo una de sus galletas.

—Me parece un buen plan —forcé una sonrisa, y ella me preguntó si había visto alguna película nueva últimamente; después, me describió algunas de sus favoritas. Charlamos hasta que llegó el profesor y empezó la clase. Era tan optimista y estaba tan llena de energía que iba a ser difícil decepcionarla. De momento, quizá le daría la excusa de KT y la seguridad como motivo para no poder salir con ella. Al menos, debería servir para darle largas un tiempo hasta que pudiera contarle toda la verdad, si era necesario. A lo mejor se daba cuenta por sí misma de que no éramos compatibles. ¿No sería fantástico? Me merecía que algo me saliera fácil por una vez, ¿no?

26

—•—

TAYLOR

Había decidido llegar pronto a clase con la esperanza de ver a Dillon. Un encuentro casual. Nuestras miradas se cruzarían y él se disculparía por no haberme escrito. Quedaríamos otra vez. Nuestra historia continuaría.

Estaba segura de que Selena era lo bastante lista como para mantenerse alejada de él. Evidentemente, me equivocaba. Casi se me paró el corazón cuando los vi a los dos conversando. Estuve a punto de salir corriendo y llorando, pero hice de tripas corazón. Requirió hasta la última gota de valor que tenía para poner buena cara y actuar como si todo fuera bien. Cuando, en realidad, quería gritar y chillar. Quería arrancarle los pelos a Selena y apuñalarla en el pecho. Me imaginé la sangre chorreándole por el cuerpo mientras fingía una sonrisa y los saludaba.

Funcionó. De momento. La dejó a ella para sentarse conmigo. Para hablar conmigo. ¿Quizá debería dejar en paz a Selena? ¿Y si solo le estaba ayudando con los apuntes? Si era así, ¿por qué tanto secretismo? Me dolía el corazón por lo que sabía que era la verdad. Él se sentía atraído por ella, pero también sabía que yo le gustaba. Cuando ella desapareciera del mapa para siempre, tendría toda su atención. Solo quedaban tres meses de semestre, podía

simplemente dejar que se desvaneciera cuando se graduara y entonces lo tendría para mí sola. O podría tomar medidas más drásticas. No había por qué decidirlo ahora.

Ahora tenía que idear el plan perfecto para conseguir que Dillon se enamorara de mí. Si lo lograba sin más numeritos, bien estaría lo que bien acaba. Tenía que ser lista.

Un tintineo en la cerradura me obligó a girarme hacia la puerta principal. Entró Mandy. Me dedicó una sonrisa radiante. —Hola, Tay.

—Hola.

—¿Hoy no estudias en la biblioteca?

Negué con la cabeza. —He estado allí antes. Me apetecía picar algo, así que he vuelto a casa para terminar los deberes. ¿Qué tal la manifestación? —Mandy siempre estaba metida en cualquier protesta que hubiera en el campus. Dios la bendiga. Alguien tenía que luchar por la causa. Era de primero, como yo, pero parecía tener más mundo. Mandy incluso había tenido algunas citas desde que empezó el semestre.

—Ha estado bastante bien. Ha venido un equipo de noticias, así que eso debería ayudar a dar a conocer la causa.

—Eso es genial —dije con todo el entusiasmo que pude fingir. Empecé a hacerle una pregunta, pero dudé.

Mandy dejó la mochila en el suelo y se sentó a mi lado en el sofá. —¿Qué pasa?

Me giré para mirarla de frente. —¿Puedo preguntarte una cosa?

—Claro.

—Pues… hay un chico.

Los ojos marrones de Mandy se iluminaron. —Uh. Cuenta, cuenta.

—Hemos quedado para estudiar y quiero pasar de ser compañeros de estudio a tener una relación. Tenemos otra cita de estudio el miércoles. ¿Algún consejo?

Mandy se levantó del sofá de un salto. —Sí. Tengo justo lo que necesitas. —Corrió a nuestro dormitorio y volvió con un vestido en la mano. Sostenía un vestido negro de punto y escotado que le había visto puesto antes. Era sexi. —Tienes que hacer que piense en sexo. Un vestido sutilmente sugerente es justo lo que hace falta. Combínalo con unas medias y unas botas y estarás perfecta para el

otoño sin dejar de estar deslumbrante. Con ese cuerpo que tienes, lo dejarás boquiabierto.

Me quedé mirando el vestido. —¿Me lo prestas?

—¡Claro que sí! Ahora dame todos los detalles. Quiero saberlo todo sobre él.

Sonreí mientras le contaba todo sobre Dillon. Era agradable tener por fin a alguien con quien hablar de él. No había hecho muchos amigos —o ninguno— desde que empecé la universidad; Mandy era básicamente la única. A veces era un poco demasiado política para mi gusto, pero era maja y era fácil hablar con ella. No era una mala primera compañera de piso. Si no fuera tan desordenada, sería perfecta.

Seguimos conspirando sobre cómo conseguiría que Dillon se enamorase perdidamente de mí. Me había sentido inquieta al verlo de nuevo con Selena, pero ahora me sentía en la cima del mundo. Todo saldría tal y como lo había imaginado.

27

—•—

SELENA

Rechacé la llamada entrante de Dillon y arranqué el coche. Ahora mismo no podía ocuparme de él, porque tenía asuntos más importantes que atender.

El corazón se me aceleró mientras salía marcha atrás del aparcamiento. Rezaba para llegar a tiempo a la casa de Millbrae y poder ver el espectáculo. El trayecto desde el campus duraba veinte minutos, pero estaba decidida a hacerlo en quince. Necesitaba estar allí. Necesitaba verle la cara, fuera quien fuese. También quería que él me viera la cara y supiera que no me había desvanecido en el olvido. Que seguía ahí y que aún iba a acabar con él. Nadie iba a poder conmigo.

Conduje a toda velocidad por la autopista mientras los pensamientos se agolpaban en mi mente. Llevaba dieciocho meses esperando esto: un avance en el caso de trata. Un avance en la investigación del asesinato de Brendon.

Mi cuerpo vibraba mientras escuchaba al detective Brown explicar que iban a realizar una detención hoy en una casa de Millbrae. El hombre que iban a detener era sospechoso de ser el jefe de Ocampo, quizá incluso el líder de toda la red de trata del Área de la

Bahía. Brown me dio una dirección, pero no un nombre. No estaba segura de si había sido intencionado o no.

En parte, no me podía creer que la investigación sobre los traficantes estuviera llegando a su fin. ¿Era posible que los traficantes pagaran por fin por lo que le hicieron a Brendon, a aquellas mujeres, a las niñas y a saber a quién más? Sabía que nunca podría acabar con todas las células de trata del mundo, pero me había propuesto atrapar a la que le había hecho daño a Brendon. Solo deseaba haber sido yo quien descubriera la identidad y la dirección de ese indeseable. Mi justicia sería un poco diferente a la de la policía.

La idea de que mi viaje estaba llegando a su fin era surrealista. Había sido mi motor durante tanto tiempo. Por eso me esforcé para graduarme antes y seguir las reglas de Martina para poder obtener mi licencia de detective privado. Me mantuvo a flote cuando lo único que quería era rendirme, meterme en una cueva y pasarme los días comiendo sándwiches y sopa de lata. No me sentía digna de estar con el resto del mundo, pero sabía que le debía a Brendon llevar a sus asesinos ante la justicia. Me impidió caer en ese lugar oscuro de mi mente y meterme en esa cueva.

Después del funeral de Brendon, Martina y mi padre me sentaron y me dijeron que no era culpa mía, que el culpable era Ocampo. Recuerdo ese momento como si fuera ayer.

Estábamos sentados a la mesa del comedor en casa de mi padre y Martina. Tenía la cara surcada de lágrimas y miraba la pared con la vista perdida. Papá estaba a mi derecha y Martina a mi izquierda. Mi padre tenía una expresión de dolor en el rostro mientras hablaba. —Selena, estamos aquí para lo que necesites. Te quiero. Estoy tan contento de que estés en mi vida. Me siento agradecido de que no te hayan hecho daño y de que vayas a seguir con nosotros en esta vida. Hemos estado demasiados años separados. Se me rompería el corazón si te pasara algo. Estoy muy orgulloso de la joven en la que

te has convertido. De cómo luchas por la justicia para la gente que necesita que alguien luche por ella. Estoy orgulloso de que estés destacando en tus estudios en la Universidad de San Francisco. Algo que yo nunca hice. Nadie en nuestra familia lo ha hecho. Serás la primera de la familia en graduarse, y no podría estar más orgulloso. Por favor, no te culpes por esto. Estás haciendo lo que haría cualquier buena persona, porque así eres tú, Selena. Luchas por los desvalidos. Esta es solo una vez que no has ganado.

Había oído las palabras, pero no le miré la cara después de que empezara a hablar. No podía soportar ver en sus ojos el dolor de pensar que podría haberme perdido a mí también. Martina había permanecido en silencio. Mi padre no me culpaba de la muerte de Brendon, pero Martina debía de saber que yo tenía parte de culpa. Volví a mirar a mi padre, con nuevas lágrimas corriendo por mis mejillas. —Gracias, papá, pero estaré bien —dije. Vi cómo intercambiaba una mirada con Martina. No creían que fuera a estar bien, pero yo sabía que sí. No era mi primer viaje a la desolación. Con tan solo veinte años, ya había descubierto el cadáver de mi madre, me habían tenido cautiva y casi me habían matado. Podía soportar esto porque sabía en mi corazón que conseguiría justicia para Brendon. Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y centré mi atención en Martina—. ¿Encontrarán a quien hizo esto?

Se encogió de hombros. —No lo sé, cariño. Puede que sí o puede que no.

Martina no era de las que se andaban con rodeos.

La miré fijamente a los ojos. —Creo que se hará justicia.

Cerró los ojos como si intentara bloquear mis pensamientos. Martina debía de saber que no lo dejaría pasar. Nunca.

Me puse a juguetear con una pelusa de mi jersey y observé el movimiento como si fuera lo único que sucedía en la habitación. Fingí creer que la charla motivacional marcaría alguna diferencia. No lo haría. Ya había aprendido la lección. La vida no era fácil, y desde luego no era justa.

Mi terapeuta siempre me decía que no podemos controlar lo que hacen los demás, solo podemos controlar cómo reaccionamos ante ellos. Solo puedo controlar mi propio comportamiento, mis propios

pensamientos y mis propias acciones. Y controlarlos es lo que haría. Esa acción sería encontrar al jefe de Ocampo. El que dio la orden de matar a Brendon. Volví a mirar a Martina con determinación en los ojos. —¿Investigará Drakos Monroe?

Negó con la cabeza. —No, es una investigación policial abierta. No nos involucramos a menos que el caso se haya enfriado. Es mejor dejar que la policía se encargue de esto, y tú deberías dejar que la policía se encargue.

Entrecerré los ojos y pensé en cómo podría convencerla de lo contrario. —Pero podríamos seguir investigando las conexiones. Ya tenemos más información que la policía.

Siempre estoica, respondió: —No, no haremos eso. Es demasiado peligroso seguir investigando a los traficantes. Debemos dejar, y dejaremos, que la policía se encargue.

Aquello no me sentó nada bien. Se suponía que la policía se había encargado de encontrar a Penny David cuando la niña de cinco años desapareció, y cuando Emily Harrington, otra niña pequeña, también desapareció unos meses después. No encontraron a ninguna de las dos. Yo las encontré. De ninguna manera iba a dejar la tarea de encontrar al asesino de Brendon en manos de la policía.

Al llegar a la salida, se me ocurrió que, una vez más, Martina había tenido razón, y yo me había equivocado. Odiaba que eso pasara. La policía los había encontrado y yo no. Era agridulce, pero emocionante al mismo tiempo.

Giré en la calle. No había necesitado la dirección exacta. Sobre nosotros zumbaban un par de helicópteros negros y había una docena de coches de policía aparcados frente a una residencia muy grande. Eché un vistazo al vecindario, que estaba lleno de vehículos de lujo y vecinos de pie en la calle, probablemente preguntándose qué estaba pasando en su perfecto barrio. Aparqué el coche y empecé a caminar hacia la casa. Un agente uniformado al que no

reconocí levantó la mano para detenerme. —Señora, no puede acercarse más.

¿Señora? Tenía veintiún años y no aparentaba más de dieciséis. —Vengo con el detective Brown. Por favor, dígale que estoy aquí.

Me exigió la identificación antes de comunicarlo por radio. Cero confianza. Si esto hubiera sido hace dos años, habría ignorado el cordón policial y la orden del agente y habría seguido adelante, pero no quería hacer nada que pudiera estropear la detención.

Vi cómo se abría la puerta principal de la casa y el detective Brown salía y corría hacia mí. —Selena, ha llegado.

—Sí, ¿dónde está?

—Está dentro, esposado. Lo están interrogando mientras los otros agentes registran su casa. No le están sacando mucho por ahora, porque ha pedido a su abogado. No le recomiendo que hable con él, pero quería que estuviera aquí para esto. Lo hemos retenido aquí hasta su llegada.

Estudié al hombre que había conseguido lo que yo no pude. —Gracias.

—Vamos a llevarlo a la comisaría, probablemente sea mejor que se quede aquí, pero puede ver cómo lo metemos en la parte de atrás de un coche patrulla.

Asentí mientras el corazón casi se me salía del pecho. Quería entrar corriendo en la casa y atacar a esa persona. Una persona cuyo nombre ni siquiera sabía. El detective le hizo una seña a un agente. —Dígale que ya pueden sacarlo.

El agente dijo: —Sí, señor —antes de marcharse a toda prisa.

El detective Brown se dio la vuelta. —Me quedaré con usted. Podemos verlo juntos.

Agarré el brazo del detective Brown al ver cómo sacaban al hombre esposado de la casa y lo conducían hacia un vehículo policial. Tenía la piel morena, el pelo oscuro y una nariz de cerdo, con una barriga redonda a juego. Me invadió una marea de emociones. Quería gritar. Quería llorar. Ese triste remedo de hombre había consumido mi vida durante dieciocho meses. Llegó al coche, a tres metros de donde estábamos. El hombre cerdo se giró y nuestras miradas se encontraron. Sonrió con suficiencia antes de que lo

metieran con cuidado en la parte trasera del coche. En ese momento, mi rabia volvió con toda su fuerza. Si pensaba que se iba a salir con la suya, estaba equivocado. De una forma u otra, recibiría su merecido.

28

—•—

SELENA

Tras una noche cargada de emociones, consultaba el móvil mientras me hundía en el sofá. Otra publicación de KT en Facebook. «Me siento la chica más afortunada del universo por tener a un hombre tan maravilloso en mi vida», junto a una ilustración de dos corazones rojos. *Uf.* Yo tenía mis defectos, pero el autoengaño no era uno de ellos; bueno, no por lo general. Y hablando de «un hombre tan maravilloso», tenía que devolverle la llamada a Dillon. Esperaba que no hubiera ocurrido nada peor que una publicación en redes sociales durante el último día. Me llevé el teléfono a la oreja.

—Diga.

—Hola, Dillon, te devuelvo la llamada. ¿Qué pasa? —dije. Mientras esperaba su respuesta, saqué los auriculares de manos libres y me los puse.

—Un par de cosas... Eh... ¿cómo estás?

Crucé las piernas y volví a hundirme en el sofá. —Las cosas van bien, he tenido una noche ajetreada.

—¿Estás bien? He visto en las noticias algo sobre una redada en un caso de trata. ¿Está relacionado con tu caso?

Me pregunté si sería buena idea contárselo. No me gustaba precisamente airear mis fracasos, pero qué demonios. Ya conocía la

historia. —Sí, ha habido una detención en el caso de trata. He estado en contacto con el inspector jefe del caso y me ha llamado para informarme de la redada antes de que saliera en las noticias. Fui para allá y vi cómo se llevaban detenido al sospechoso.

—Vaya. Eso es importante. ¿Cómo te sientes al respecto?

¿Que cómo me sentía? Inquieta. La detención solo era el primer paso. Quería que se pudriera en la cárcel el resto de su vida. —Tengo sentimientos encontrados. Estaré bien.

—Eso está bien.

Para llenar el silencio, pregunté: —Entonces, ¿alguna noticia de KT? He visto la publicación de Facebook.

—También he recibido un correo y un mensaje de texto con el mismo sentimiento.

Al menos no eran amenazas de muerte ni tenían un carácter violento. Eso era un alivio. —¿Algo más?

—No, sobre KT no.

¿Sobre quién? Ah, claro. —¿Sobre Taylor? ¿Has roto con ella con delicadeza?

Dillon vaciló.

Eso no me gustó.

—Bueno, aún no se lo he dicho, pero lo haré. He quedado con ella para estudiar el miércoles, pero se lo diré antes. Creo que voy a ser delicado y a decirle que es por su propia seguridad.

Eh, ¿cómo? ¿Que había vuelto a quedar con ella? ¿Este tío era tonto con las mujeres o qué? *Madre mía.* —No creo que sea buena idea. Para nada. ¿Por qué has quedado con ella? Es lo contrario de lo que dijiste que harías. A no ser... ¿que no quieras dejar de verla? —Mierda. No había pensado en eso. Decía que no, pero también había vuelto a quedar con ella. Este tío era un mar de dudas.

—No, no es eso. No quiero herir sus sentimientos.

—Demasiado tarde. —Había sonado un poco más duro de lo que pretendía. ¡Pero vamos!—. Mira, cuanto más le sigas el rollo, peor será. Si crees que te gustaría verla cuando se resuelva lo de KT, entonces dile que es por su seguridad. Debería entenderlo. —Taylor no parecía una persona irrazonable. Su humor cambiaba rápidamente, pero eso era normal en una adolescente, ¿no?

—No quiero una relación con ella. Se lo diré mañana, antes de la hora a la que hemos quedado.

Por fin. *Vaya tío.* —Bien. Ah, y avísame cuando lo hagas, quiero llamarla después para ver si está bien. Tengo la sensación de que no tiene mucha experiencia y parece un encanto. De hecho, está ayudando en una investigación en la que está trabajando Martina. *Cierto. Tenía que llamar a Taylor por eso.*

—Vale.

—Hablamos luego. —Colgué antes de oírle decir adiós. Había sido un día demasiado emotivo como para tener que lidiar también con un hombre que no se enteraba de nada. Una última tarea en mi lista del día y por fin podría dormir un poco. Busqué el número de Taylor y le di a llamar.

—¿Diga?

—Hola, Taylor, soy Selena.

—Ah, hola.

—Te llamo porque el dibujante de retratos robot ha confirmado la hora para que vengas a dar una descripción de Greg. —Habíamos hablado por mensaje de una fecha y hora preliminares; Taylor dijo que estaba disponible en cualquier momento y que quería hacer todo lo posible para ayudar a encontrar a Kaitlyn. Sentí una punzada de culpa. Dillon estaba a punto de destrozarla. Lo mirara como lo mirara, era una putada. Esperaba que se tomara bien la noticia. Quizá la invitaría a salir después de la cita con el dibujante e intentaría animarla, o al menos estar ahí para hablar. Quién sabe, a lo mejor Taylor y yo nos hacíamos amigas.

—Genial. Te veo en clase.

—Nos vemos en clase.

Colgué. Ahora, por fin, mi cama me llamaba a gritos. Me levanté del sofá, me arrastré hasta mi cama de matrimonio y me dejé caer boca abajo. Podía oler la lavanda del suavizante e inspiré profundamente. Cerré los ojos y recé para poder dormir bien esa noche y que mis sueños no se llenaran de sangre y traficantes.

29

—•—

DILLON

Salí de mi clase de psicopatología y me dirigí al patio central. Mi mente volvió a la conversación que tuve con Selena anoche. Sentía que estaba metiendo la pata hasta el fondo con ella y necesitaba arreglarlo rápido. Estaba claro que no le había hecho ninguna gracia mi plan de decirle a Taylor que no podía verla por culpa de mi acosadora. Ahora tenía que idear un plan alternativo para decirle explícitamente que entre nosotros no iba a haber nada romántico. No quería arriesgarme a perder la más mínima oportunidad que pudiera tener con Selena algún día.

¿De verdad se había enfadado tanto porque yo intentara quitarme de en medio a Taylor? No entendía muy bien por qué era para tanto. Mi forma de actuar era bastante habitual entre mis amigos, e incluso a mí me habían hecho *ghosting* un par de veces. La verdad es que sí, era una putada cuando pasaba, pero yo sabía de qué iba la cosa y no le daba más vueltas. Pasaba página. ¿Por qué Taylor no lo había hecho? Si lo que decía Selena era cierto y no tenía mucha experiencia en citas, supongo que eso lo explicaría.

Para que Selena se molestara tanto, debía de ser que ella nunca le había hecho *ghosting* a nadie. Supongo que podía entenderlo. Era muy directa sobre lo que haría y lo que no. Como al principio, cuando no quiso ayudarme a averiguar quién me estaba acosando. Eso me

gustaba de ella. No había que andar con rodeos. Tenía la sensación de que, si algo no le gustaba, me lo diría sin dudarlo, y de inmediato, como había hecho con mis planes de darle calabazas a Taylor con más tacto.

Me hizo plantearme que ese tipo de comportamiento podía haber causado todo este desastre con KT. Se estaba volviendo muy siniestro. Si la causa había sido mi antiguo método para terminar mis líos amorosos, lección aprendida. No volvería a hacerlo jamás.

Continué hacia el patio, preguntándome cuál sería el momento adecuado para hablar con Taylor. Tenía que pensar cómo se lo diría para que entendiera el mensaje y pudiera pasar página. Podía optar por la honestidad total. Podía decirle que lo sentía, pero que no estaba interesado en ella como novia. Explicarle que era porque me parecía demasiado joven. ¿Era esa la única razón? Era agradable y teníamos intereses parecidos. Era muy atractiva. Supongo que sí, que era porque era demasiado joven. Todavía era una adolescente, por el amor de Dios. Ni siquiera podía llevarla a un bar. No es que yo fuera un gran bebedor, pero si quería salir a celebrar algo y tomarme unas copas, a ella no la dejarían entrar. Vale, decidido, esa era mi versión y me iba a ceñir a ella.

Saqué el móvil y le escribí a Taylor.

¿Estás en el campus?

Su respuesta fue casi inmediata.

Sí

¿Tienes un momento para hablar?

Claro

Seguido de un emoticono sonriente.

Joder. Pensaba que íbamos a quedar para algo bueno. Yo no lo creía. Los nervios me atenazaban mientras respondía.

¿Quedamos en la biblioteca?

Perfecto. Ya estoy aquí. Nos vemos pronto.

Seguido de otra cara sonriente.

Nos vemos pronto.

Me subí la cremallera de la chaqueta y marché hacia la biblioteca. La cosa se iba a poner fea. Llegué al edificio y subí corriendo los escalones. Un estudiante que salía me sujetó la puerta; le di las gracias y entré.

Me froté las manos mientras buscaba a Taylor. La vi enseguida, sentada sola en una mesa. Los nervios me atenazaron mientras me acercaba.

—Hola.

Una amplia sonrisa apareció en su cara.

—Hola. Me alegro de verte.

—Y yo a ti. —Ocupé el asiento de enfrente—. Necesitaba ser directo.

Me miró fijamente.

—¿De qué querías hablar conmigo?

Esto iba a ser más difícil de lo que pensaba.

—Quería que supieras que me pareces genial. Eres agradable, inteligente y guapa, pero quería ser muy claro contigo sobre mis intenciones, ya que parece que te has hecho una idea equivocada de mí. De nosotros.

Su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué quieres decir?

Iba a hacer que lo soltara.

—No estoy interesado en ti como novia. Eres demasiado joven para mí, pero espero que algún día encuentres a un chico estupendo que te adore, como te mereces. Siento no haber sido más sincero antes. ¿Podemos seguir siendo amigos?

Taylor se quedó con la boca abierta y negó con la cabeza, visiblemente alterada. Cogió sus libros y el portátil y los metió en la

mochila. No me miró a los ojos.

—Claro, sí, genial. He olvidado que he quedado con alguien. Adiós.

La vi marcharse corriendo. Tenía la sensación de que no estaba bien. Probablemente le había hecho daño. Me sentía mal por ello, pero ¿qué sentido tenía seguir viendo a alguien si no ibas a tener un futuro con esa persona? Se le pasaría en poco tiempo. Solo habíamos quedado una vez; estaba seguro de que lo superaría en un abrir y cerrar de ojos.

Solté el aire que había estado conteniendo. Una oleada de alivio me recorrió. Ya estaba hecho. Le envié un mensaje a Selena.

Acabo de hablar con Taylor. Todo ha quedado alto y claro. Ya está.

Selena respondió.

Bien.

Ahora que la situación con Taylor estaba resuelta, todo lo que tenía que hacer era deshacerme de KT y estaría libre de todo. Quizás entonces por fin tendría una oportunidad con Selena. La mujer en la que no podía dejar de pensar.

30

—•—

TAYLOR

Me dejé caer en el suelo del baño, con lágrimas corriéndome por la cara mientras el pecho se me agitaba, intentando coger todo el oxígeno posible. No debería haber vuelto corriendo a mi habitación, pero no podía dejar que él viera lo que me había hecho. Lo que ella me había hecho. Sé que esto no era cosa de Dillon. Teníamos química e intereses comunes. Era ella. Esa imbécil, Selena. Ella lo había hecho. Había puesto a Dillon en mi contra. Venga ya, ¿de verdad creía Dillon que era demasiado joven? De ninguna manera. Solo era unos años más joven y soy muy madura para mi edad. Negué con la cabeza al darme cuenta de mi error. Había sabido desde la primera vez que los vi juntos que ella se interpondría en mi futuro con Dillon. Y ahora lo había conseguido.

Recordé mi cita con Dillon y lo perfectos que éramos el uno para el otro. Cómo la conversación fluía sin esfuerzo y hablamos de nuestras películas favoritas. ¿Por qué no se daba cuenta de que estábamos destinados a estar juntos? Era tan obvio.

Ahora sabía que tenía que quitar a Selena de en medio. No había otra opción. Lo único que no entendía era por qué seguían hablando si no estaban saliendo juntos. ¿Y por qué me mentían al respecto?

No tenía ningún sentido. ¿Por qué tantas mentiras? ¿Por qué tanto secretismo?

¿Cómo podía pensar que ella era más adecuada para él? Era una investigadora dura, no alguien a quien llevas a casa a conocer a tus padres. *Yo* era esa persona. ¿Qué le había dicho Selena para ponerlo en mi contra? ¿Por qué me odiaba tanto? No lo entendía. ¿Por qué estaba todo el mundo en mi contra?

Igual que Kaitlyn. Bueno, no exactamente igual que Kaitlyn, pero ella también se había vuelto en mi contra. Habíamos sido muy buenas amigas, pero entonces apareció su estúpido novio y yo pasé a la historia. Insistió en que intentaba arruinar su felicidad, pero se equivocaba. Yo intentaba cuidar de ella. Notaba, por la forma en que la miraba a ella y a mí, que era un impresentable. Soy una buena persona; quería lo mejor para ella. Quiero lo mejor para Dillon. *Yo* soy lo mejor para él. Tenía que hacérselo ver.

Respiré hondo. Sabía lo que tenía que hacer. Selena era un veneno y yo tendría que ser el antídoto.

Me levanté y me acerqué al lavabo. Enjuagué la cuchilla y la sequé antes de volver a guardarla en su funda y en el cajón. Salí del baño y casi me muero del susto.

—Hola, Mandy. No te he oído entrar.

Inclinó la cabeza hacia mí.

—Te he oído llorar. ¿Estás bien? ¿Es por el chico? ¿Ha pasado algo?

Asentí.

—Me ha dicho que solo quiere que seamos amigos. —Me sentí orgullosa de mí misma por no haberme echado a llorar. Le gustaban las chicas duras, pues eso era exactamente lo que iba a conseguir… conmigo.

Mandy me abrazó.

—Lo siento mucho —dijo, y luego se apartó—. ¿Te ha dado alguna razón?

Puse los ojos en blanco.

—Sí, ha dicho que era demasiado joven. Pero no me lo he tragado.

—¿No?

—No. Hay una chica en nuestra clase que creo que ha estado hablando mal de mí.

—¿En serio? Qué fuerte. Deberías enfrentarte a ella. Eso no está bien.

Tenía toda la intención de hacer precisamente eso. Recuperaría a Dillon. Mi móvil vibró. Eché un vistazo a la pantalla. Hablando del rey de Roma. Volví a mirar a Mandy.

—Tengo que cogerlo.

—Sin problema.

Caminé hacia mi cama.

—Diga.

—Hola, Taylor, soy Selena. ¿Cómo está?

Dije con alegría:

—Estoy genial. ¿Y usted?

Pensé: «En realidad estoy fatal, pero estaré bien en cuanto me deshaga de ti». No me oiría llorar ni sabría que me afectaba lo más mínimo. Esto era la guerra y yo era una guerrera.

Selena vaciló. Esa zorra lo sabía. Sabía que me había dejado. Estaban compinchados. Finalmente, dijo:

—Estoy bien, gracias. Estoy en la oficina con mi madrastra, trabajando en el caso de Kaitlyn, y he pensado en usted. Quería confirmar si la hora de la cita con el dibujante de retratos robots le seguía viniendo bien.

Sí que me venía bien, Selena. Era como por arte de magia. Todo mi plan se desplegó en mi mente. Sabía exactamente lo que iba a hacer.

—Me viene perfecta.

—Genial. Muchas gracias, Taylor. Agradecemos mucho su ayuda.

—No, Selena. Gracias a usted. —Dejé el teléfono en la mesita de centro. El corazón me dio un vuelco y una sonrisa se extendió por mi cara. Estaba un paso más cerca de recuperar a Dillon.

31

—•—

SELENA

A la tarde siguiente, tamborileaba con los dedos sobre el escritorio mientras escuchaba al detective Brown a través del altavoz del móvil. Me explicó que los únicos cargos que el fiscal del distrito iba a presentar contra el jefe de Ocampo, Honeywell, eran los de trata de seres humanos y secuestro, pero que no incluirían el asesinato de Brendon. No tenía mucho sentido. ¿Por qué no podían acusarlo de eso? Sentía que me hervía la sangre. No podía quedarme de brazos cruzados.

—Comprendo que necesitan pruebas, pero tiene que haber huellas dactilares o algo de la escena del crimen. Tiene que haber un rastro que lleve de Honeywell a Ocampo. ¿Han revisado los registros telefónicos de la noche de la muerte de Brendon?

—Todo lo que tienen sobre la muerte de Brendon es circunstancial. Estamos bastante seguros de que estuvo implicado, pero al fiscal le preocupa más encerrarlo de por vida. La teoría es que, si nos centramos en los cargos que sabemos que podemos probar en un juicio, como la trata de seres humanos y el secuestro, *vamos* a encerrar a este tipo. Sé que es una decepción, pero es lo que tenemos que hacer para quitar a esta escoria de la calle.

A nadie le importaba el asesinato de Brendon, solo a mí. ¿Era eso lo que me estaba diciendo? Me ponía enferma pensar que lo dejarían pasar sin más. El asesinato de un ciudadano ejemplar... un futuro truncado. —¿Seguirán al menos investigando la muerte de Brendon para poder acusar a Honeywell más adelante?

—De momento, lo han dejado en segundo plano. La mantendré informada a medida que el caso avance y Honeywell sea llevado a juicio..., si es que llega a juicio. Si es así, puede que necesitemos que declare sobre lo que vio con las dos chicas.

—Declararé —. Y añadiría en el estrado que él mató a Brendon si el fiscal del distrito no lo hacía—. ¿Cuándo será la lectura de cargos?

—Está en la lista de casos de mañana. Está invitada a asistir, pero no estoy seguro de que le convenga.

—¿Por qué no?

—Estuve hablando con su madrastra, Martina. A ella le parece bien que reciba información sobre el caso, pero tanto ella como yo estamos de acuerdo en que tampoco es sano que se obsesione con ello.

No me podía creer que Martina le hubiera dicho que no me incluyera y que hubieran hablado de lo que creían que más me convenía. Era mayor de edad. Tenía veintiún años. Podía beber alcohol o alistarme en el ejército. Sabía lo que más me convenía. —¿Por qué no me envía cualquier información relacionada y, si mi agenda me lo permite, asistiré?

Hubo un silencio al otro lado de la línea antes de que dijera finalmente:

—Seguiremos en contacto, Selena.

—Gracias —. Colgué el teléfono con la esperanza de que me transmitiera la información. Quería que Honeywell me viera la cara cuando estuviera allí, patético y solo. Me daba igual si Martina pensaba que era lo que más me convenía o no; yo iba a ir. Agradecía que se preocupara por mí, pero ella y yo sabíamos que llegaría un punto en el que tendría que dejarme tomar mis propias decisiones. Como si la hubiera invocado con el pensamiento, apareció en mi cubículo—. Hola, Martina.

—Hola. ¿Has recibido una llamada del detective?

—Sí, acabo de colgarle. Curiosamente, me ha dicho que usted y él han decidido que no me conviene involucrarme en la lectura de cargos y que quizá no debería estar demasiado cerca de la investigación o del juicio, a menos que necesiten que declare.

Martina se cruzó de brazos. —Solo miro por usted, Selena. No creo que sea sano que se implique tanto en este caso. Tiene toda la vida por delante. La policía lo tiene. Debería dejarlo estar.

La interrumpí. —Ni siquiera lo van a acusar del asesinato de Brendon. Claro, lo meterán en la cárcel, pero nadie va a rendir cuentas por lo que le hizo a Brendon.

—Creo que tiene que proceder con cautela en este caso. Tiene toda la vida por delante. Pronto se graduará y puede que monte su propia empresa. Hay tantas cosas positivas que esperar que le vendría bien dejar de mirar atrás —. Martina miró a un lado—. Acompáñeme a la sala de reuniones.

No esperó respuesta; simplemente se dirigió a la sala de reuniones. No me gustó la sensación. No es que tuviera muchas opciones; me dirigí a la sala de reuniones preguntándome qué desgracia estaba a punto de sucederme. No siempre podía leer a Martina, pero sabía que no íbamos a hablar de algo positivo. Presentí que me esperaba un sermón. Llegué a la sala y cerré la puerta detrás de mí.

Martina estaba de pie junto a la mesa, al otro lado de la sala. Me acerqué, pero mantuve una distancia prudencial. Me miró directamente a los ojos. —Sé que ha estado investigando a los traficantes.

El corazón se me aceleró. Ahí estaba. No había cubierto mis huellas tan bien como pensaba. Supongo que había sido ingenua al pensar que podría guardar ese tipo de secreto en una oficina llena de investigadores privados.

—Si lo sabía, ¿por qué no ha dicho nada?

Martina soltó un suspiro y se cruzó de brazos. —Porque la mayor parte de lo que está haciendo es inofensivo. Rastrear registros financieros y tratos inmobiliarios no es nada ilegal, aunque va en contra del espíritu de la política de nuestra empresa. No investigamos casos que no se nos asignan. Creo que eso lo sabe.

Pero de lo que no creo que se dé cuenta es de que cualquier cosa que haga repercute en mí y en mi reputación en la empresa. Si Stavros se enterara de que ha estado investigando en secreto a los traficantes, no sé si podría protegerla. Él posee el sesenta por ciento de la empresa. Yo solo el cuarenta por ciento. No es la mayoría. Él podría votar para que la despidieran y yo no podría hacer nada para evitarlo. Para ser sincera, no dije nada porque pensé que, si estaba aquí y yo sabía lo que hacía, podría vigilarla.

Lo había sabido todo el tiempo. ¿Tan cegada estaba por la rabia que no vi lo insensata que había sido? Negué con la cabeza. —Ahora ya ni siquiera importa. No lo encontré yo, lo encontró la policía.

—Mire, hablé con el detective Brown y han estado haciendo vigilancias. Supongo que sabían de él desde hacía tiempo, pero han estado intentando reunir pruebas para pillarlo con las manos en la masa y asegurarse de que pase mucho tiempo en la cárcel. Las tácticas que empleó la policía: fotografías, escuchas telefónicas y vigilancias, son cosas que usted no podría haber hecho. No por su cuenta. E incluso si lo hubiera intentado, no lo habría hecho por medios legales, así que, aunque los hubiera pillado, con toda probabilidad, no se les podría procesar. Con este trabajo aprenderá que hay cosas que simplemente no podemos hacer y que tenemos que dejárselas a la policía. En algunas situaciones podemos hacerlas, por supuesto, pero no en este caso. Tiene que entender que no podemos ganarlas todas. Tiene que aprender a vivir con eso.

Me mordí la lengua. Sabía que no había terminado.

Martina se descruzó de brazos. —Este trabajo puede ser decepcionante, pero con la decepción también vienen los triunfos. Hemos reunido a miembros de una misma familia, hemos alejado a gente del peligro y hemos reunido pruebas para ayudar a meter a los malos en la cárcel. En eso tiene que centrarse en este trabajo o la consumirá por dentro. Debe saber cuándo dejarlo pasar... con elegancia. Es imprescindible para conservar este trabajo y la cordura —. Se acercó a mí—. Espero que acepte este consejo, Selena.

¿Tenía otra opción? Asentí. —¿Así que no cree que deba involucrarme en el juicio?

—Asista si es necesario, pero existe la posibilidad de que llegue a un acuerdo. Por el bien de todos, espero que lo haga. Los juicios pueden ser una pesadilla. Con suerte, aceptará un acuerdo y usted podrá empezar su carrera haciendo borrón y cuenta nueva. Un nuevo comienzo. Le irá genial, Selena, pero también necesita conocer sus limitaciones. Todos las tenemos.

Martina no parecía tener ninguna. —Es que no sé si eso es verdad. Es decir, mírela a usted. ¿Qué limitaciones tiene?

Negó con la cabeza y su cuerpo se relajó. —Selena, tengo limitaciones. Se olvida de que soy adicta. Cada día lucho por mantenerme sobria. Casi pierdo la vida y arruiné la de otros por mi adicción. Y lo veo como una limitación, pero al mismo tiempo nuestras limitaciones también pueden ser una fortaleza. Ahora lo veo. A través de mi adicción, vi que podía tocar fondo. En el fondo, aprendí a estar agradecida por todas mis bendiciones y a aceptar lo que no puedo cambiar ni controlar. Hace más de una década que no bebo, pero no hay un solo día en que no piense en coger una botella. Sobre todo en los días difíciles. Todos tenemos nuestras luchas.

Nunca le había preguntado a Martina por su adicción. Sabía que era adicta como mi padre, pero no sabía cuál era su veneno. Supongo que es fácil convertir a alguien en un héroe cuando no conoces sus defectos. Pero todos tenemos defectos, en eso Martina tenía razón. Todos tenemos nuestros demonios interiores con los que luchamos cada día. Para Martina, es el alcohol, y para mí, es mi incapacidad para dejar las cosas estar. Me mordí el labio inferior, contemplando mi futuro. ¿Podría seguir adelante con elegancia, o siempre caería, lisiada por mis propios demonios?

—Gracias por compartir eso conmigo, Martina. Valoro su opinión. Creo que a veces se me olvida que usted tiene sus propios demonios.

Martina asintió.

—¿Cómo van las cosas con el caso de Kaitlyn?

—Bueno, como sabe, hemos quedado con Taylor para que el dibujante haga un retrato robot de Greg y, con suerte, una identificación. Ahora mismo, es nuestra única pista.

—Espero que Kaitlyn esté bien.

—Yo también.

Estaba a punto de irme cuando mi móvil vibró. Lo cogí. Le indiqué con la boca: «Es Taylor».

—Hola, soy Selena Bailey.

—Soy Taylor, ¿cómo estás?

—Estoy bien. ¿Qué pasa?

—Pues que, cuando hablamos ayer, se me fue la pinza por completo. No tengo coche, ¿habría alguna forma de que pudieras recogerme? Sé que es un favor enorme.

—Claro, salgo para allá ahora mismo. Mándame tu dirección por mensaje.

—Estoy en la residencia Towers.

—No me había dado cuenta. Yo también viví allí mi primer año.

—Qué coincidencia. Bueno, pues gracias. Te lo agradezco.

Colgué y le dije a Martina: —Tengo que ir a recoger a Taylor. No tiene coche.

Martina me lanzó una mirada interrogante. —Vale, hasta luego.

Salí de la sala de reuniones, sintiéndome mejor ahora que Martina y yo no teníamos secretos.

32

—•—

SELENA

Subí el volumen de la radio para escuchar algo de música de camino a recoger a Taylor. Seguía el ritmo de la canción con la cabeza. No es que fuera mi canción favorita, pero «Part of Me» de Katy Perry era bastante pegadiza. El móvil vibró y eché un vistazo rápido al asiento del copiloto. Era Dillon, llamando otra vez.

No había hablado con él desde que me mandó un mensaje diciendo que le había dicho a Taylor que solo quería que fueran amigos. Había estado con la cabeza en otra parte, con el caso de la red de trata.

Después de que Taylor y yo nos reuniéramos con el retratista y cenáramos, pensaba revisar la grabación de la biblioteca, suponiendo que hubiera una nueva publicación de KT.

Aún no lo había comprobado hoy. Ayer todavía no había publicado nada, motivo por el que había pospuesto revisar la grabación de vídeo. Las publicaciones diarias de KT, así como los SMS y mensajes a Dillon, se habían detenido en las últimas veinticuatro horas. La verdad es que era extraño. Quizá KT se había aburrido y había pasado a otra cosa. En cualquier caso, debía hablar con Dillon para ver cómo iba todo.

Qué diablos. Apagué la canción y acepté la llamada, poniéndola en manos libres.

—Hola, soy Selena Bailey —contesté usando mi nombre completo para prepararme para tener mi propia agencia de investigación privada y recibir llamadas de posibles clientes. Clientes de pago. La idea era superemocionante. Pasaban tantas cosas a la vez... emocionantes, tristes y preocupantes. Demasiadas emociones.

—Hola, Selena.

¿Qué está pasando? Oigo mucho jaleo de fondo.

—La policía está en mi apartamento. He recibido otro regalo de KT.

Ay, madre.

—¿Qué tipo de regalo?

—Me temo que este no ha sido tan dulce como los caramelos. Hay sangre por todo mi dormitorio.

Un dormitorio empapado en sangre distaba mucho de una caja de bombones.

—¿Qué quiere usted decir con que hay sangre por todo su dormitorio? ¿Hay alguien herido? ¿Está usted herido?

Los pensamientos se agolpaban en mi mente. ¿Había metido la pata y no había conseguido mantener a Dillon a salvo? Estaba claro que algo había provocado a KT. ¿Nos vio quedar en la universidad hace unos días? Era tan temprano por la mañana que había dudado que nadie se levantara a esas horas.

—No, solo es sangre. No veo ningún animal ni ninguna persona; solo sangre salpicada por toda la cama y por las paredes.

—¿Tiene idea de si es sangre humana o no?

—La policía dice que no lo sabrán hasta que la analicen en el laboratorio, lo que han dicho que harían de inmediato. Creo que por fin se están tomando esta situación en serio.

Menos da una piedra.

—Iba a hacer un recado, pero pasaré antes por su casa. Debería llegar bastante pronto.

—Vale, gracias, Selena. Se lo agradezco.

No me gustó el temblor de su voz. Estaba asustado y yo me sentía responsable.

—¿Se encuentra bien? —¿Por qué había pensado que KT habría encontrado cosas más interesantes que hacer que acosar a Dillon? ¿O

permitirme pensar que pasaría a otra cosa después de amenazarlo de muerte? *Menuda metedura de pata, Selena.*

—Estaré bien. Supongo.

—Hablaremos cuando llegue. Siento mucho que esto haya ocurrido. Hasta ahora.

Puede que fuera hora de sugerirle a Dillon que viera a un terapeuta profesional. La cantidad de trauma que estaba soportando debía de estar pasándole factura. Me quedaría con él hasta que se nos ocurriera un plan. Quizá podría quedarse con sus padres. O conmigo, o con un amigo. No debería estar solo, no después de algo tan horrible.

Mierda, tenía que decirle a Taylor que no podía recogerla. Quizá alguien de la oficina pudiera hacerlo. En cuanto entré en el camino de la casa de Dillon, le envié un mensaje a Taylor.

> Lo siento mucho. Me ha surgido una emergencia. Llama al bufete Drakos Monroe. Alguien podrá recogerte.

Me sentía fatal por no estar allí, pero esto de Dillon parecía grave y, ahora mismo, daba la impresión de que él me necesitaba más que Taylor.

33

—•—

SELENA

Subía por el camino hacia el apartamento de Dillon cuando salían unos agentes de policía. El agente Heller era uno de ellos. Me dio el alto.

—Hola, Selena. Me alegro de que esté aquí. La necesita. Esto es un desastre y él está bastante afectado.

—Gracias —dije, y reprimí un comentario mordaz sobre que, si se hubiera tomado el caso en serio, quizá no estaríamos en esta situación ahora mismo.

—Tenga cuidado, este tipo de escalada rara vez acaba bien.

Gracias por el consejo.

—De acuerdo. Ya hablaremos —contesté, y seguí mi camino hasta que llegué a la puerta de Dillon. Llamé suavemente. No quería asustarlo, ya que había tenido un día de perros, por decirlo suavemente.

La puerta se abrió con un crujido hasta que nuestras miradas se encontraron. Parecía que estaba a punto de llorar. Pobre.

—¿Puedo pasar?

Él retrocedió en silencio y abrió la puerta del todo. Entré y le di lo que me pareció un abrazo muy necesario. Me rodeó con sus fuertes

brazos con cierta aprensión. Temblaba ligeramente. No me aparté hasta que creí que estaba preparado.

Dijo con timidez:

—Gracias.

Miré el pomo de la puerta principal. Habían vuelto a buscar huellas. Qué desastre. Continué hacia el salón y la cocina, que parecía intacta, antes de girar a la izquierda por el pasillo, por donde me guio hasta el umbral de su dormitorio. No entré; no era necesario. Desde la puerta podía ver que parecía una escena sacada de una película de terror. Había mucha sangre. La cama estaba empapada y las paredes, salpicadas como si se tratara de una excéntrica exposición de arte moderno.

—¿Cuándo has llegado a casa y te has encontrado esto?

—Llegué hace media hora y estaba así.

—¿Dónde está tu compañero de piso?

—Está en casa de sus padres. Es el cincuenta cumpleaños de su padre o algo así. Se fue ayer a casa.

—¿Instalaste las cámaras?

—Más o menos. Le he dado a la policía una copia del vídeo que tenía.

—¿Qué quieres decir con «más o menos»? ¿Salía en el vídeo la persona que ha hecho esto?

Él negó con la cabeza.

—No. No instalé cámaras en mi dormitorio, solo en los pasillos, la entrada y las zonas comunes. La policía cree que la persona que ha hecho esto entró en mi habitación por la ventana.

Le dije que pusiera cámaras en todas las habitaciones, pero supongo que no quería invadir su propia intimidad. Podía entenderlo. Sería extraño que te grabaran mientras duermes.

—¿Y las alarmas? Tenías una en la ventana, ¿verdad? ¿Les han preguntado los policías a los vecinos si oyeron la alarma?

—La policía ha dicho que les preguntaría a los vecinos si habían oído o visto algo, pero cuando he llegado a casa, la alarma no estaba puesta.

Entré con cuidado en el dormitorio, caminando de puntillas por la alfombra para esquivar la sangre y llegar hasta la ventana. El polvo

gris de la toma de huellas dactilares estaba por todas partes. La alarma estaba intacta, lo que indicaba que KT probablemente había abierto la ventana corredera, había oído la alarma, había entrado y la había cerrado de inmediato. Al terminar su «trabajo», una salida igual de rápida habría ocultado cualquier cosa fuera de lo normal.

No era que las alarmas fueran de última tecnología. Si la ventana se abría, sonaba; si se cerraba, se apagaba. No estaba conectada a un sistema telefónico. Era simplemente para alertar a los inquilinos de que alguien intentaba entrar. Si la persona había sido rápida, la alarma solo habría sonado unos segundos. El sonido en sí no era especialmente fuerte, pero un rato prolongado alertaría a alguien que estuviera dentro; como no había nadie en casa, no había nadie a quien alertar.

Me giré para examinar la carnicería. No había nada garabateado en las paredes. Ningún mensaje, solo sangre. Extraño. ¿Una advertencia, tal vez? Las salpicaduras eran caóticas y el gran charco de sangre en la cama parecía vertido de un cubo. Calculé que toda la escena podría haberse creado en menos de un minuto. Un solo minuto para crear una escena de pura rabia. Estábamos tratando con un individuo perturbado, sin duda. Miré a Dillon.

—¿Algún mensaje de KT?

—He recibido un SMS.

—¿Qué dice?

—«Mi corazón late por ti».

Poético. Inquietante, pero poético. Unos golpes en la puerta nos sobresaltaron a los dos. Nos miramos.

—¿Esperas a alguien?

—No. Quizá sea la policía. Dijeron que interrogarían a los vecinos.

—¿Te dijeron que volverían hoy?

—No.

Miré la sangre y luego a Dillon. Esto no me gustaba nada.

—Abriré yo.

Él protestó:

—Ya abro yo. Sé cuidarme solo.

—Mira, tengo formación en defensa personal y sé detectar el peligro. Yo me encargo. Confía en mí —dije, y pasé rápidamente a

su lado hacia la puerta principal. Miré por la mirilla y retrocedí. ¿Qué? No tenía mucho sentido. ¿Por qué estaba ella aquí? ¿Cómo había llegado? Dijo que no tenía coche—. ¿Esperabas a Taylor?

—¿A Taylor? No.

Extraño. Lo miré, me llevé un dedo a la boca, haciéndole un gesto para que guardara silencio. Abrí la puerta a medias.

—Hola, Taylor. Qué sorpresa. ¿Qué hace usted aquí?

—He hablado con su oficina y me han dicho que la encontraría aquí. Espero que no le moleste. Mi vecino me ha traído. Me daba un poco de miedo ir sola a lo del retratista. Espero que no le importe que haya venido. He pensado que, cuando terminara lo que estuviera haciendo, podría acompañarme a ver al retratista.

Algo no encajaba. No le había dicho a nadie de la oficina que iba a casa de Dillon. Debería haberlo hecho, pero no lo hice.

—¿Quién de mi oficina le ha dicho que estaba aquí?

Taylor miró más allá de mí, hacia Dillon.

—¿Puedo pasar? Me estoy helando aquí fuera —dijo con los dientes apretados, castañeteándolos como si de verdad se estuviera congelando. La miré de arriba abajo.

Dillon dio un paso adelante.

—Claro, pase.

Taylor entró y tuve que apoyarme contra la pared para no ser arrollada. Era como si yo fuera invisible. No parecía amenazante. No físicamente, pero algo fallaba. Podía sentirlo en los huesos.

Cerró la puerta tras ella y se llevó la mano a la cara.

—¿Qué es todo eso que hay en el pomo de la puerta? —preguntó mientras se dirigía hacia Dillon, que estaba apoyado en la encimera de la cocina.

La seguí por detrás y le expliqué:

—Es polvo para huellas dactilares.

Ignorando mi presencia, miró a Dillon.

—¿Ah, sí? ¿Han entrado a robar en su apartamento?

Dillon dijo:

—Sí, antes.

Le puso la mano en el hombro.

—Pobrecito. ¿Le han quitado algo?

—No.

Miré a Dillon y a Taylor. Dillon parecía tensarse al contacto de ella. Había sin duda cierta tensión entre ellos, pero Taylor actuaba como si fueran íntimos. Él me dijo que había hablado con ella. Quizás a ella le había parecido bien que fueran solo amigos. Me había dicho que estaba genial cuando le pregunté qué tal se encontraba. Sin embargo, mi instinto me decía que algo iba muy mal aquí. *Madre mía. No podía ser. ¿O sí?*

—Oiga, Taylor, Dillon y yo casi hemos terminado. ¿Por qué no vamos usted y yo a la oficina?

Le lancé una mirada cómplice a Dillon. Ladeó la cabeza como si estuviera confundido por mis señales no verbales.

Taylor soltó a Dillon y se giró hacia la cocina, asomándose por la barra de desayuno.

—Qué bien huele. ¿El café está recién hecho? Mataría por una taza de café.

Caray.

—Eh… sí. Deje que le sirva una taza —dijo Dillon, rodeando la encimera para entrar en la cocina y coger una taza—. Selena, ¿tú quieres una?

—No, estoy bien, gracias.

Vi cómo Taylor seguía a Dillon a la cocina. Ahora estaba tan cerca de él que prácticamente se le había echado encima mientras él cogía con cuidado la jarra y servía el café en la taza. Se la entregó y ella dio un sorbo, dejándola sobre la encimera.

—Qué rico. Gracias. Qué amable por su parte.

Me acerqué a la entrada de la cocina. Actuaba de una forma muy extraña. Una mezcla de calma y demencia.

—Taylor, quizá deberíamos irnos, el retratista la está esperando.

Taylor parpadeó y sonrió.

—Creo que tendremos que cambiar la cita. Se está muy a gusto aquí. No quiero irme.

—Eh, la verdad es que no es un buen momento. Tengo mucho que limpiar.

Se volvió hacia Dillon.

—¿Ah, sí?

—Sí, alguien ha entrado y ha esparcido sangre por todas partes. No quiere verlo, es bastante desagradable.

Taylor se llevó las manos al pecho.

—¡Dios mío! Qué horrible. Me quedaré a ayudar a limpiar.

Interesante.

Dillon tartamudeó:

—Eh…

Inútil.

—Taylor, dejemos a Dillon en paz. No creo que le apetezca tener compañía ahora mismo.

Me fulminó con la mirada.

—¿Y usted sabe lo que Dillon quiere? Seguro que sí.

Uy.

—Taylor, creo que debería irse. ¿O debería llamarla «KT»?

A Dillon se le salieron los ojos de las órbitas.

Taylor metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó un revólver. Me apuntó.

—No me voy a ninguna parte, y usted tampoco.

34

—•—

SELENA

Instintivamente, levanté las manos. —¿Taylor, qué haces? ¿Por qué haces esto?

KT se había revelado.

Las piezas fueron encajando lentamente en mi cabeza. Las publicaciones de Facebook cesaron después de que Dillon le dijera que solo quería que fueran amigos. Y, sin embargo, Taylor seguía viéndome como una rival o como su enemiga por cualquier razón que se hubiera inventado. Nos había estado siguiendo a los dos. Destrozó mi coche. Amenazó de muerte a Dillon. Tenía que intentar razonar con ella, o la situación acabaría mal para Dillon y para mí.

Taylor nos apuntó a los dos con la pistola. —Sentaos ahí los dos, en la mesa del comedor.

Miré a Dillon, animándolo a obedecer sus órdenes. No se le discute a alguien con una pistola en la mano, a no ser que tengas ganas de morirte. Dillon se sentó en un extremo de la mesa y yo en el otro. No me atreví a sentarme a su lado y dar la impresión de que estábamos juntos, porque podría hacerla estallar.

Se acercó a la mesa pavoneándose. —¿Hablemos de la situación, de acuerdo?

Dillon negó con la cabeza, incrédulo. —¿Taylor, por qué haces esto? No lo entiendo en absoluto. ¿Es porque estás enfadada conmigo?

¿De verdad no entendía que Taylor era KT?

Taylor negó con la cabeza. —No, cielo. Claro que no. Intento enseñarte lo que ya sé. Sé que tú también lo sentiste. Desde el primer día que nos conocimos, supe que estábamos a punto de embarcarnos en un viaje especial juntos. Eso fue hasta que *ella* —me fulminó con la mirada antes de volver a centrarse en Dillon— apareció y te distrajo. Te envenenó la mente y te puso en mi contra. No es la chica adecuada para ti. Lo soy yo. Se interpone en nuestro camino. Es la villana de nuestra historia de amor, pero no te preocupes, cielo, estoy dispuesta a ser la heroína y derrotarla para asegurar nuestra felicidad futura.

No me gustó cómo sonaba eso. Parecía que Taylor pensaba que matarme la acercaría a Dillon. Martina y Dee tenían razón. Tenía que tener problemas graves de salud mental. ¿Cómo no lo había visto antes? Necesitaba encontrar una forma de razonar con ella, aunque fuera completamente falso. *Ajá.* Dije, con voz temblorosa: —Taylor, no es verdad. Dillon no me quiere. Te quiere a ti, me lo ha dicho. La única razón por la que dejó de verte fue porque necesitaba estudiar más para poder asegurar vuestro futuro. Su amor por ti es tan fuerte que lo estaba distrayendo. ¿A que sí, Dillon? —miré a Taylor y luego a Dillon.

Dillon se quedó ahí sentado como un conejo deslumbrado por los faros de un coche. Quizá estaba en estado de shock. Probablemente era la primera vez que alguien lo amenazaba con una pistola; no todo el mundo reacciona bien a ese tipo de situación. Dijo con voz ahogada: —Sí, Taylor, es verdad. Pienso que eres genial. Solo necesito terminar de prepararme para el LSAT y luego podremos volver a salir. Tienes razón, yo también lo sentí ese primer día.

—¿Ah, sí? —preguntó Taylor.

No estaba segura de que se lo estuviera tragando. Dije: —¿Ves, Taylor? No hay ninguna razón para todo esto. Dillon es tuyo. Le he estado ayudando con un proyecto, eso es todo.

Se le agrió el gesto. —¿Ah, de verdad? ¿En qué estabais trabajando exactamente? Dillon es un estudiante de sobresaliente y no necesita tu ayuda. ¿Cuándo se acabarán las mentiras, Selena?

—No miento. —Sabía que Taylor era KT, así que ya no había razón para ocultar la verdad. Negué con la cabeza e intenté relajarme—. ¿Quieres la verdad, Taylor? Te daré la verdad. Dillon sabía que yo había sido investigadora y necesitaba que le ayudara a averiguar quién le estaba dejando mensajes, regalos y entrando en su apartamento. He estado intentando averiguar la identidad de KT para que pudierais conoceros. Pero quizá debería haberte pedido ayuda a *ti*. Tú sabes quién es KT, ¿verdad, Taylor?

Se puso a caminar de un lado a otro y negó con la cabeza, ignorando mi insinuación. —Bueno, si eso es verdad, ¿entonces por qué os vi en la cafetería, riendo y pasándolo en grande? ¿Por qué Dillon no quiere volver a salir conmigo? No me trago tu historia. ¿Por qué diría que soy demasiado joven? —Dejó de caminar y se centró en mí, con furia en los ojos—. ¿La verdad? No me creo ni una palabra de lo que sale de tu estúpida boca.

¿Estaba sufriendo algún tipo de crisis? Tenía que hacer algo, y rápido. —Dillon, le he dicho la verdad, por favor, explícale lo que me contaste. —Más le valía a este chico haber entendido la indirecta que le estaba lanzando a la cara a gritos. Tenía que fingir que estaba enamorado de ella, o ninguno de los dos tendría su final feliz.

35

—•—

DILLON

Tenía razón, esta chica estaba completamente chalada. Ahora tengo que fingir que la quiero para que no mate a Selena, o a mí, o a los dos. ¿Y de dónde demonios ha sacado una pistola? ¿Cómo sabía que Selena estaría en mi casa? ¿La había seguido? ¿O es que no se había ido después de lo que le hizo a mi dormitorio? Toda esta escena me superaba. ¿Cómo había podido pasar esto? ¿Fue porque nunca llamé a Taylor después de la primera vez que nos conocimos? ¿Había tenido razón Selena todo este tiempo y lo había provocado todo el hecho de que yo la ignorara?

Reuní todo mi valor y le supliqué a Taylor:

—Es verdad, Taylor. KT me estaba siguiendo y enviándome mensajes. Algunos eran amenazantes. No sabía quién era ni si KT era peligrosa. Tienes razón, el día que nos conocimos, me cautivaste con tu sonrisa y el brillo de tus ojos. La forma en que eres fuerte y dulce a la vez. Me di cuenta de que tienes una fuerza interior que me atrae muchísimo. Pero cuando empecé a recibir esos mensajes extraños y amenazantes, pensé que quizá estarías en peligro si empezaba a salir contigo. Por eso tuve que decirte que no podíamos salir. Era por tu propia protección. No creo que pudiera perdonarme

si te pasara algo malo. —Miré de reojo a Selena para valorar mi actuación.

Ella asintió levemente.

Continué:

—Esa es la razón por la que te aparté. Lo siento mucho. No quería apartarte. En el almuerzo lo sentí. Sé que tú también lo sentiste. Quieres ser actriz. Yo quiero ser abogado del mundo del espectáculo. ¿Podría haber una pareja mejor? Imposible. Juntos tú y yo seríamos un equipo de ensueño. Si no he entendido mal, ¿tú eres la que está detrás de los mensajes? Tengo que admitir que me sentí muy halagado. Si estoy en lo cierto, ya no hay ninguna razón para que estemos separados. ¿Verdad? ¿Tú eres KT?

Taylor se me quedó mirando, como si estuviera evaluando si yo era una amenaza.

—¿Lo dices en serio?

—¿Eres KT?

Asintió mientras una lágrima le rodaba por la mejilla.

—Era yo. Siempre he sido yo.

—¿Qué significa «KT»?

Sonrió como un gremlin al que han alimentado después de medianoche.

—Kisses Taylor.

Aquello era una chaladura, pero parecía funcionar.

—Qué tierno. Entonces no hay ninguna amenaza, tú y yo podemos salir. Podemos estar juntos.

Oí el chirrido de la silla sobre el linóleo. Taylor también. Ambos miramos a Selena, que parecía prepararse para saltar de su silla. Taylor estudió lentamente mi cara y luego volvió a mirar a Selena. Levantó la pistola y apuntó a Selena.

—¿Qué intentas hacer? Me estás mintiendo. ¿A que sí? —Se giró bruscamente y ahora me apuntaba a mí a la cara—. ¿Me estás mintiendo?

—No, Taylor, no te miento. Sé que suena cursi, pero siento que contigo… fue amor a primera vista.

El brazo que empuñaba la pistola se relajó.

—¿De verdad? —Taylor sonrió y luego miró a Selena y de nuevo a mí. Tenía una mirada desquiciada—. ¿Y qué pasa con ella? Parece que estorba, ¿no crees?

—No, para nada. Me estaba ayudando a encontrarte. A la parte de ti que es KT. Ahora que lo ha hecho, puede irse. Taylor, haremos que se vaya y entonces tú y yo por fin podremos pasar un tiempo de verdad juntos. A solas.

—¿Lo dices en serio?

Asentí. Alargué la mano para que Taylor me diera la suya. La miré fijamente a los ojos.

—Te quiero, Taylor.

Por el rabillo del ojo, vi que Selena estaba a punto de levantarse de la silla. Esperaba que se estuviera preparando para atacar a Taylor y quitarle esa pistola antes de que nos matara a todos.

36

—•—

SELENA

Me preparé, aferrándome al borde de la mesa del comedor mientras observaba la reacción de Taylor ante Dillon. Dillon hablaba deprisa, con gotas de sudor perlándole las sienes. No envidiaba a ninguno de los dos actores de la escena. Resultaba irónico que ambos quisieran labrarse un futuro en el mundo del teatro y la interpretación. Taylor se creía a pies juntillas sus delirios, tanto que, si no nos estuviera reteniendo como rehenes, yo misma la habría tomado por una damisela en apuros. Dillon, por su parte, interpretaba el papel de su vida: el de un hombre enamorado, y no el de uno que suplica por seguir con vida. Era triste y aterrador a partes iguales.

Una punzada me atravesó la frente al recordar que yo ya había interpretado un papel similar al que Dillon se veía obligado a representar ahora. El dolor se desvaneció al rememorar mi propio trauma. La primera vez que me secuestraron, cuando mi novio Zeek me retuvo contra mi voluntad, tardé unas horas en darme cuenta de que mi vida corría peligro de verdad. No fui consciente de ello hasta que llegamos a una cabaña aislada en el lago Tahoe. Un lugar donde nadie oiría mis gritos. La única razón por la que sobreviví fue porque fingí seguirle el juego en su enfermiza fantasía de ama de casa y, cuando empecé a besarlo, intenté atacarlo, esperando pillarlo por

sorpresa. Se sorprendió, sí, pero aun así consiguió reducirme. Si la policía —y Martina— no hubieran llegado cuando lo hicieron, ahora estaría criando malvas.

Por desgracia, a menos que Dillon pudiera hacerlo mejor que yo con Zeek, no creía que hubiera una salida pacífica. Cada vez tenía más claro que la única forma de resolver la situación era usando la fuerza bruta de toda la vida. Solo necesitaba que Dillon la distrajera lo suficiente como para poder entrar en acción.

Mientras veía a Dillon suplicarle, me pregunté cómo se me habían pasado por alto las tendencias violentas de Taylor. Nunca me había dado la impresión de ser peligrosa. Aunque sí la había visto cambiar de humor con bastante rapidez, lo cual me había resultado un poco desconcertante. Pero ¿no eran normales los cambios de humor en los adolescentes? Había dado por hecho que simplemente era una estudiante de primero joven e ingenua que salía de casa por primera vez. Vaya si me había equivocado. Ahora era una secuestradora armada y perdidamente enamorada de Dillon, un hombre que apenas la conocía.

El misterio de la identidad de KT por fin estaba resuelto. Sin embargo, el caso distaba mucho de estar cerrado. ¿Se podría haber evitado todo esto si, después de aquella feria de voluntariado, él le hubiera dicho que no estaba interesado? Quizá. O quizá no habría supuesto ninguna diferencia. ¿Qué más podría haber hecho yo para impedirlo? ¿En qué me había equivocado?

Estudié a Dillon. Intenté decirle con la mirada que siguiera. No sé si funcionó. Necesitaba que Taylor mantuviera toda su atención en él. Parecía recelosa, pero cautivada por sus palabras. Era mi oportunidad. Una oportunidad de salvarnos a Dillon y a mí. Quizá incluso de salvar a Taylor. Si llegaba la policía, lo más probable es que dispararan a matar para salvarnos a nosotros.

Hacía mucho tiempo que no luchaba cuerpo a cuerpo en una situación real. Evalué a mi objetivo. Era más alta que yo, pero probablemente no tenía mi destreza. *Mierda.* ¿Por qué no me había metido la porra en el abrigo o en un bolsillo? Me había relajado y la había dejado en la mochila. *Nunca más.*

Observé la pistola, que me apuntaba de forma despreocupada mientras ella tenía los ojos fijos en Dillon. No me gustaba. Estaba distraída, pero no lo suficiente. Iba a tener que ser muy rápida.

Tres… dos… uno.

Empujé la silla hacia atrás y me agaché bajo la mesa. Me lancé a por sus piernas para derribarla. Taylor cayó hacia atrás, pero se agarró a la barra de desayuno que tenía detrás. Recolocó la pistola hasta que el cañón quedó a centímetros de mi cara.—No te muevas.

Mierda. Mi factor sorpresa había fallado. Me quedé paralizada, con el corazón retumbándome en el pecho.

Gritó.—¡Levántate!

Me puse en pie a toda prisa.

—Vuelve a la silla.

Caminé hacia atrás en dirección a la silla y me senté despacio, rezando para que no me pegara un tiro allí mismo. No es deseable que te apunte con una pistola alguien mentalmente inestable.

Me amenazó con la pistola y luego se acercó. Me apretó el cañón contra la sien. El metal frío me provocó un escalofrío por toda la columna. De verdad que iba a hacerlo.

De todas las situaciones peligrosas en las que me había visto envuelta, iba a ser una desquiciada de dieciocho años de Walnut Creek, enferma de amor, la que acabara conmigo. No el novio asesino de mi madre, ni mi novio asesino, ni un sádico sexual, ni unos traficantes de personas. Sería esta rubia explosiva enamorada de un compañero de clase. ¿Cómo era el dicho? Ah, sí. A buenas obras, malos pagos. Si existía un Dios, desde luego tenía un irónico sentido del humor.

Cerré los ojos con fuerza, intentando decidir cuál sería mi siguiente movimiento, suponiendo que me quedara algo de tiempo.—Taylor, sé que quieres a Dillon y lo entiendo. Me alegro por vosotros si queréis estar juntos. No me interpondré en vuestro camino. Pero, por favor, no acabes con mi vida, porque no solo acabarías con la mía, sino también con la tuya. La policía sabrá que has sido tú. ¿De verdad crees que Dillon querrá a una asesina? Tengo toda una vida por delante, que pienso dedicar a ayudar a otras personas. ¿De verdad

quieres arrebatarme eso? ¿Quieres? —No apartó el arma de mi cabeza—. ¿Y bien, quieres?

Ahora apuntaba a Dillon.—¿De verdad me quieres, Dillon? ¿Me querrías si fuera una asesina? ¿Te halaga que matara por ti? ¿Entiendes que así de mucho te quiero? Te quiero tanto que mataría a una persona que solo quiere ayudar a los demás. Lo haría por nosotros. Pero tengo que saber si para ti merece la pena. Te lo preguntaré una vez más. Dillon, ¿me quieres?

Taylor estaba sollozando, probablemente esperando que este hombre, a quien estaba bastante segura de que apenas conocía, la quisiera y la aceptara. Era triste, y una parte de mí sentía lástima por ella, pero nada de eso cambiaba el hecho de que iba a tener que reducirla.

37

—•—

TAYLOR

Las lágrimas me corrían por las mejillas mientras miraba fijamente a Dillon. No me respondía. ¿Me quería? ¿De verdad me quería?

Sentía un peso en el corazón. Sabía la respuesta. Siempre la había sabido.

No me quería.

Entre lágrimas, bajé la vista hacia la pistola que sostenía en la mano. ¿Qué estaba haciendo? Miré a Dillon y luego a Selena; ambos tenían una expresión de terror en el rostro.

¿Y por qué no iban a tenerla? Los había tenido secuestrados y les había encañonado.

¿Por qué había hecho esto? —Esto está mal, muy mal —musité—. Dillon no me quiere. Claro que no. Lo siento mucho. —Negué con la cabeza y volví a fijar la vista en Selena. Su terror se había transformado en confusión—. Selena, lo siento muchísimo. Por esto. Por todo. Lo siento de verdad. Por favor, perdóname. —Rompí a llorar desconsoladamente. Con el pecho agitado por los sollozos, los miré a los dos. Ninguno se movió de su asiento. Claro que no. Me tenían miedo. Tenía una pistola. Había hecho cosas terribles. *Terribles.* ¿Por qué? ¿Por qué había hecho esto? ¿Por qué no podía controlarlo? ¿Qué me pasaba?

Intenté vivir sin medicación, a pesar de las advertencias de mi terapeuta. Hacía meses que no me la tomaba. Todo esto era culpa mía.

Todo.

Todo era culpa mía.

Ya no quería vivir así. No podía. Quizá debía salvar a otras personas y no pensar en mí. Como a Selena. Yo era un peligro para ellos. No quería hacerles daño. No quería hacerle daño a nadie. —Lo siento mucho. No quiero hacerle daño a nadie. —Y no lo haría. No me lo permitiría. Nunca más.

Cerré los ojos antes de levantar lentamente la pistola y apretarme el cañón contra el pecho.

38

—•—

SELENA

—¡Oh, Dios mío, no! —Aparté la silla de una patada y me estiré, dándole un puñetazo en el brazo a Taylor antes de placarla contra el suelo. Le grité a Dillon—. ¡Coge la pistola!

Me puse a horcajadas sobre Taylor, inmovilizándole los brazos contra el suelo mientras ella sollozaba. No se resistió. No intentó moverse. Era una joven que necesitaba ayuda psiquiátrica urgentemente. Estaba en plena crisis. ¿Cómo era posible que nadie lo hubiera visto? Levanté la vista hacia Dillon, que sostenía la pistola con aprensión, como si tocarla fuera a hacer que se disparase y nos matara a todos. —Deja la pistola en el otro extremo de la barra, lejos de nosotras.

Asintió y se apresuró a ir hacia el final de la barra.

—Bien. Ahora llama a la policía.

Volví a mirar a Taylor, que no paraba de llorar y de balbucear una y otra vez: —Lo siento mucho.

Sentí una punzada de culpabilidad. Había estado tan enfadada porque me había destrozado el coche, había amenazado a Dillon y había utilizado a Brendon para llegar hasta mí, que quería destruirla. Eliminarla para siempre. No me había parado a pensar que quizá todas sus acciones eran una llamada de auxilio.

No había pensado en qué había llevado a KT a un punto en su vida en el que amenazaba a desconocidos. No quería hacerle daño a Taylor, pero se notaba que ella quería hacérselo a sí misma. Volví a mirar a Dillon, que tenía el móvil pegado a la oreja, explicándole la situación a la policía. Bajé la vista hacia Taylor. —Taylor, todo va a salir bien.

Negó con la cabeza. —No, no es verdad. ¿Por qué no podía usted dejarme morir sin más? No quiero volver a hacerle daño a nadie nunca más. Lo siento mucho.

—Tiene mucho por lo que vivir. No tiene por qué hacer daño a la gente. Hay personas que pueden ayudarla.

Dejó de moverse y me miró. —Intentaron ayudarme. Lo intentaron. No funcionó. Sigo teniendo estos pensamientos y no puedo controlarlos. Cuando me di cuenta de que tenía una pistola en la mano, no me lo podía creer. Fue como si otra persona hubiera entrado aquí y los hubiera tomado a ustedes como rehenes con una pistola.

Sopesé si debía aflojar el agarre, pero probablemente era mejor prevenir que curar. Con suerte, la policía llegaría pronto para poder llevarla a un sitio donde pudiera recibir ayuda, como un hospital psiquiátrico. No creía que le fuera a ir bien en una celda. —¿Quién intentó ayudarla, Taylor?

—Mi terapeuta. Me dio pastillas. Cuando empecé la universidad, dejé de ir a la terapeuta y de tomarme las pastillas. No me gustaba cómo me hacían sentir. Me hacían sentir que estaba loca. —Las lágrimas seguían corriendo por los lados de su cara, goteando hasta el suelo, pero su respiración se había calmado.

—Taylor, tomar medicación no la convierte en una persona loca. Si tuviera cáncer, tomaría fármacos de quimioterapia, ¿verdad? Es lo mismo. Tiene una enfermedad que requiere medicación, igual que el cáncer. No está loca. —La ironía era que Taylor era la que quería ser actriz y, sin embargo, aquí estábamos Dillon y yo, haciendo la actuación de nuestra vida. Pero, por otro lado, ella había sido tan buena borrando su rastro, engañándonos a todos para que pensáramos que era una joven normal. ¿Había acosado a alguien antes? ¿Le había hecho algo a su amiga Kaitlyn?

Taylor sorbió por la nariz. —¿De verdad cree eso?

Asentí. —Todo va a ir bien, pero voy a mantenerla así hasta que llegue la policía, ¿vale?

Susurró: —Vale.

Observé a aquella pobre chica enferma. Guapa, inteligente y librando la batalla de su vida. Una cosa era declararle la guerra a otra persona, pero luchar contra tu propia mente era muy duro.

Taylor miraba fijamente al techo mientras yo observaba su expresión. Angustia. Dolor. Era desolador. No sabía qué más decirle. Casi nos había matado a Dillon y a mí. Y a sí misma. Los sentimientos que tenía eran complejos; nunca antes había sentido lástima por ninguno de mis enemigos. Era extraño, pero había algo en su tristeza que no podía quitarme de la cabeza.

Dillon se acercó. —¿Deberían estar al llegar. ¿Estás bien?

Miré a Taylor, que cerró los ojos y giró la cabeza hacia un lado. Lo miré a él. —Estoy bien. Taylor está bien. Todos estaremos bien. —¿Una mentira piadosa? Su cara seguía estando varios tonos más pálida que antes de que llegara Taylor—. ¿Tú estás bien?

—Sí, solo estoy un poco…

—Comprensible.

Se arrodilló, pero Taylor se negó a mirarlo.

—Taylor, siento si yo he causado esto. Siento haberla hecho sentir tan mal. Debería haber sido sincero con usted desde el principio.

Lo miré a los ojos y negué con la cabeza. No era el momento, y no era por eso por lo que ella había hecho esto. Yo no era psiquiatra, pero Taylor tenía problemas desde mucho antes de haber conocido a Dillon.

Mi atención se desvió hacia la entrada del piso. Botas en el pavimento. La estática de una radio y un tintineo metálico, seguidos de un fuerte golpe en la puerta. La caballería había llegado.

—¡Policía, abran la puerta!

Dillon corrió hacia la puerta y la abrió. Entraron, con las pistolas desenfundadas. Dillon tenía los ojos como platos, pero tuvo la sensatez de señalar la pistola en la barra y mantener las manos en alto.

Corrieron hacia mí, agarrándome con un movimiento rápido antes de ponerme las esposas. El otro agente puso a Taylor en pie y la esposó también. No me resistí.

El agente le gritó a Dillon: —¿Quién tenía la pistola?

Taylor, con la cabeza gacha y una cortina de pelo rubio cubriéndole la mitad de la cara, dijo en voz baja: —He sido yo. Por favor, dejen marchar a Selena.

Miré al agente y me encogí de hombros. Era el protocolo; no pasaba nada. Habían recibido una llamada de auxilio diciendo que una mujer con una pistola retenía a dos personas como rehenes. No sabían quién era quién.

Iban a necesitar declaraciones detalladas de todos nosotros. Iba a ser una noche larga.

El agente se giró hacia Taylor.

Ya libre de las esposas, intervine cuando estaban a punto de empezar a interrogarla. —Agente, me llamo Selena Bailey, y esta es Taylor March. Mientras la sujetaba, Taylor me ha explicado que normalmente está bajo supervisión médica y toma medicación para un problema de salud mental. Ahora mismo no está tomando su medicación.

El agente que estaba frente a Taylor la miró a los ojos. —Señora, ¿es eso correcto?

Ella asintió sin decir palabra.

—Señora, necesito que lo diga en voz alta. ¿Es correcto? ¿Está tomando algún tipo de medicación?

Se quedó mirando al agente menos amable del mundo. —Sí, antes tomaba medicación e iba a una terapeuta. Ahora mismo no estoy tomando nada.

Vaya delicadeza, colega. Pero, para ser justos, estaba hablando con alguien que había entrado con una pistola y había tomado a dos personas como rehenes. Aun así, estaba claro que Taylor no era una amenaza para nadie en ese momento. Podía relajarse un poco. Se plantó con las piernas separadas y las manos en las caderas. —¿Señora, puede decirme qué ha pasado aquí?

Taylor miraba al suelo.

—Señora, le conseguiremos ayuda. Todo irá bien, pero primero necesitamos oír qué ha ocurrido.

Al menos no era un capullo integral.

—¿Puedo sentarme? —dijo con un hilo de voz.

Observé a los dos agentes corpulentos y les lancé mi mejor mirada de desaprobación.

Le quitaron las esposas, la sentaron con cuidado en la silla y luego le esposaron las manos por delante.

Con una expresión de derrota en los ojos, Taylor empezó. —Gracias. Les contaré todo lo que quieran saber.

—Empecemos por el principio. Hablemos de su enfermedad y luego de lo que ha pasado aquí esta noche, ¿de acuerdo?

—Será mejor que se sienten. —Esbozó una débil sonrisa antes de bajar la mirada—. He estado bajo supervisión médica desde el instituto. La terapeuta dice que sufro un trastorno depresivo mayor y un trastorno límite de la personalidad. Estaba tomando medicación, pero la dejé hace unos meses. Nadie sabía que la había dejado. Nunca antes había hecho algo así. Recuerdo comprar la pistola y pensar que si quitaba a Selena de en medio, Dillon se olvidaría de ella y se enamoraría de mí. No quería matarla. Vine aquí pensando que los asustaría lo suficiente como para que juraran no volver a verse nunca más. —Negó con la cabeza—. Suena tan estúpido y loco ahora. —Soltó un suspiro—. Se suponía que iba a quedar con Selena antes. Se suponía que iba a ir a su despacho para reunirme con un retratista. La llamé y le dije que no tenía coche y que necesitaba que me llevara. Mi plan era amenazarla durante el trayecto, pero cuando canceló, decidí ir a casa de Dillon a ver si estaba allí. Si no, consolaría a Dillon cuando me explicara que alguien había entrado a robar. Pensé que vería cuánto me importaba y que se daría cuenta de que yo era buena para él. Estúpido, lo sé. Entré, les enseñé la pistola y luego los hice sentarse a la mesa. No lo pensé bien. Obviamente. —Relató todo el suceso. No omitió ningún detalle, excepto uno.

El agente que interrogaba a Taylor nos miró. —¿Es eso más o menos correcto?

—Se le ha olvidado la última parte. Luego se apuntó a sí misma con la pistola, y fue entonces cuando la derribé. Agente, es un peligro para sí misma. Necesita ayuda.

El agente se giró e hizo un gesto con la cabeza al agente que estaba detrás de él.

El pequeño piso estaba ahora lleno de una docena de agentes que pululaban por allí. Nos quedamos de pie mientras seguían interrogando a Taylor, tomando sus datos, y luego nos interrogaron a nosotros unos minutos después. Miré hacia la entrada del piso y mi cuerpo se relajó. El teniente Tippin se acercó a grandes zancadas hacia Dillon y hacia mí. —Selena, ¿está usted bien?

—Estoy bien.

—Gracias a Dios. He llamado a Martina cuando he oído que estaba usted implicada en la toma de rehenes. Se lo he hecho saber y me ha dicho que está de camino.

—Gracias.

Dillon ladeó la cabeza mirándome.

—Martina, mi madrastra, conoce a toda la policía de por aquí —expliqué.

Tippin estudió a Dillon. —¿Este es el amigo al que estaba ayudando? ¿El del acosador?

—Sí. Creemos que Taylor era la acosadora.

Taylor se dio la vuelta. —Lo siento mucho.

Le dediqué una sonrisa lastimera. No me había dado cuenta de que nos estaba escuchando. Hice un gesto a Tippin para que fuera al otro lado del piso. Dillon me siguió. —Se ha apuntado a sí misma con la pistola. Iba a suicidarse hasta que la he placado y le he quitado el arma. No sé cuál es el protocolo, pero no puede ir a una cárcel normal. Nos ha dicho que le han diagnosticado depresión y un trastorno de la personalidad. No está tomando su medicación. Necesita estar en un centro médico. Si acaba en la cárcel del condado, puede que no sobreviva.

Se rascó la barbilla y luego asintió. —No se preocupe. Nos encargaremos de ella. ¿Seguro que está usted bien?

—Un poco alterada, pero estaré bien. He pasado por cosas peores.

—¿De verdad?

—Para no alargarme: el peligro parece seguirme a dondequiera que voy.

—¿Ha considerado intentar mantenerse alejada del peligro?

Sonreí. —No.

Tippin se rio entre dientes. —Eso me parecía.

Nos interrumpió el ruido de unos pies que corrían rápidamente hacia nosotros. Miré más allá de Tippin. Mis ojos se encontraron con los de Martina. No paró hasta llegar a mí. Sin decir palabra, me rodeó con sus brazos y me apretó más fuerte que nunca. Me apartó suavemente. —¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. —Y lo estaría. Esta era una buena lección. Nunca bajar la guardia ni ir desarmada. Mi porra cabía en mi bolsillo trasero, así que, ¿por qué dejé de ponerla ahí? Había sido completamente inútil escondida en mi mochila.

Le conté toda la historia a Martina. ¿Quizá sería más eficaz grabarla y ponérsela a cualquiera que preguntara? Era agotador volver a contar cada detalle insoportable. Martina se volvió hacia Dillon. —¿Tú debes de ser Dillon?

—Sí.

Negué con la cabeza. —Lo siento, ni se me ha ocurrido presentarlos. Martina, este es Dillon, el compañero de clase al que estaba ayudando.

Dillon le tendió la mano. —Encantado de conocerla. Quiero decir, dadas las circunstancias.

Martina ignoró su mano y lo abrazó. Se apartó unos instantes después. —Me alegro de que estés bien. ¿Tienes familia cerca?

—Sí, no están lejos.

—¿Tienes buena relación con ellos?

—Sí.

—Deberías llamarlos. Probablemente querrás ir a casa por un tiempo. Esta es una experiencia traumática. Querrás tener la seguridad de la familia. También le pasaré a Selena los nombres de algunos buenos terapeutas que ayudan a supervivientes de traumas.

—Oh, yo no… —intentó protestar él.

Novato. No había forma de oponerse a Martina.

Ella continuó: —Confía en mí. Llama a tus padres y pide cita con un terapeuta. Lo que has pasado es traumático y puede tener efectos duraderos como el trastorno de estrés postraumático o problemas de sueño. —Martina me miró—. Asegúrate de que llame a alguien.

—Lo haré. —Puede que él no se diera cuenta de lo traumática que había sido realmente la experiencia, pero estaba totalmente de acuerdo con Martina, iba a necesitar hablar con alguien. Eché un vistazo a la mesa del comedor donde seguían interrogando a Taylor, pero por lo que parecía, habían adoptado un enfoque más amable. Un agente le entregó un pañuelo de papel y ella le dio las gracias mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Haría falta mucha curación para los que estábamos en esta habitación. Para Taylor, para Dillon y para mí. A pesar del peligro en el que me había metido, una vez más, sabía más que nunca que esta era yo. Una joven alocada que arriesgaría su propia seguridad para ayudar a quienes la necesitaban.

39

—•—

DILLON

Estaba fuera, helándome de frío mientras esperaba a que Selena llegara a la comisaría. Habían pasado unos días desde el incidente, pero yo seguía conmocionado. Saltaba con cualquier ruido extraño y estaba constantemente en guardia. Suponía que dentro de la comisaría estaría bien, pero, de algún modo, la idea de tener a Selena a mi lado aliviaba mis miedos.

Cuando la madrastra de Selena me recomendó que me quedara con mis padres una temporada y viera a un terapeuta, pensé que estaba siendo una madre sobreprotectora, pero tenía razón. Me reconfortaba dormir, o, para ser más exactos, intentar dormir, en el dormitorio de mi infancia, sabiendo que mis padres estaban a unas pocas puertas de distancia. Las comidas caseras de mamá y los cócteles de papá por la noche eran algo que esperaba con ganas. Estar de vuelta en casa era como un refugio: seguro y cálido, a diferencia de mi apartamento. No sé si volveré alguna vez.

La cosa era que todas las imágenes que se me cruzaban por la cabeza eran la de una pistola en mi cara, una pistola en la sien de Selena o la de Taylor apuntándose a sí misma con el arma. No había ido a clase ni al trabajo. Por suerte, mis profesores habían sido comprensivos y me habían enviado los trabajos por correo

electrónico, y mi jefe me dijo que me tomara todo el tiempo que necesitara. Se me había hecho difícil salir de casa de mis padres, concentrarme o hacer cualquier cosa que no fuera comer y beber con ellos. Como Martina había tenido razón en lo de recurrir a mis padres y llevaba días sin dormir, le hice caso con su otro consejo y pedí cita con un terapeuta.

No había visto a Selena desde el suceso, pero ahora tenía ganas de verla. No sería un almuerzo divertido y hablador, sino que confirmaríamos nuestras declaraciones de aquella noche. Y ahí estaba yo, en el Departamento de Policía de San Francisco, la primera vez que salía de casa de mis padres en tres días, y no me sentía seguro a pesar de mi proximidad a las fuerzas del orden.

Al otro lado del aparcamiento, vi a Selena que venía hacia mí, ataviada con un abrigo negro y un gorro. El corazón se me aceleró cuando sonrió y me saludó con la mano. Era increíble.

Estaba emocionado, pero también me sentía culpable por haberla metido en esta situación. Nunca debería haberle hablado de mi acosadora y tendría que haberlo resuelto por mi cuenta. Si Taylor me hubiera atacado a mí, podría vivir con ello, pero si le hubiera hecho daño a Selena, no creo que pudiera soportarlo. Ese pensamiento se me clavó en el pecho como un puñal. ¿Qué clase de hombre no podía lidiar con una chica que estaba colada por él?

Selena se acercó.

—Hola, Dillon, ¿cómo estás? —dijo con un deje de aprensión en la voz.

—Bien.

Ladeó la cabeza.

—¿Sí?

—Tan bien como se puede estar.

Abrió la boca, supongo que para hablar, pero levanté la mano para detenerla.

—Si no te importa, quería decirte un par de cosas antes de que entremos. ¿Vale?

Asintió.

—Te hice caso y tengo cita con un terapeuta el viernes. Gracias por salvarnos a Taylor y a mí. —La detuve de nuevo antes de que

pudiera hablar—. También quería pedirte perdón por haberte metido en todo esto. Me siento fatal y responsable. Tenías razón, no debería haber intentado darle largas a Taylor. Debería haberle dicho que nunca estuve interesado. Es culpa mía. Lo siento muchísimo. —Bajé la vista al suelo. No podía mirarla a la cara con los ojos llenos de lágrimas. Sentí su mano en mi hombro.

Se acercó más y susurró:

—No es culpa tuya.

La miré a los ojos.

—Sí que lo es.

Negó con la cabeza.

—No, no es culpa tuya en absoluto. Si no me hubieras pedido ayuda, quién sabe lo que podría haber pasado. Si no hubiera ido a por mí, podría haber sido la siguiente chica con la que salieras o pasaras el rato. Hiciste lo correcto.

—Pues no lo parece.

—No tienes nada por lo que disculparte. Créeme, Taylor tiene problemas. Esto no es culpa tuya.

—Entonces, ¿por qué me siento tan mal?

—Porque eres humano.

Mi mirada se clavó en sus cálidos ojos marrones. De verdad que era increíble.

—¿Lista para entrar?

—Sí —dijo ella.

Le sujeté la puerta para que pasara y la vi entrar. Seguía sintiéndome bastante atraído por ella, pero me sentía demasiado culpable como para tener siquiera un pensamiento impuro sobre ella.

Nos sentamos en una pequeña sala con los dos agentes mientras les relatábamos nuestras declaraciones, confirmando la original, y luego firmamos un formulario. Dejé el bolígrafo.

—¿Qué ha pasado con Taylor? ¿Está en la cárcel?

La agente Heller lo explicó:

—No, no está en una cárcel normal. Está en el hospital psiquiátrico del condado. Hablamos con sus padres y nos contaron su historial de problemas de salud mental. Son bastante graves. No se habían

dado cuenta de que había dejado la medicación y que ya no iba a terapia. Su madre la llamaba todo el tiempo, pero, según ella, Taylor normalmente le gritaba y le colgaba el teléfono. Su madre dijo que se sentía culpable por no haberse dado cuenta de que no estaba tomando la medicación, ya que ese tipo de comportamiento es coherente con su diagnóstico. Quién sabe, quizá incluso esta situación le haya salvado la vida a Taylor.

Me giré a la derecha y miré a Selena.

Asintió con una leve sonrisa.

—¿Necesitan algo más de nosotros?

—No, creo que lo tenemos todo cubierto. Gracias a ambos por venir.

De vuelta fuera de la comisaría, me puse frente a Selena.

—Supongo que esto es todo.

—Todavía tenemos clase juntos —dijo ella.

—Cierto, pero se acabaron las operaciones encubiertas, supongo.

Sonrió.

—Creo que eso es bueno. Pero te veré en clase, ¿no?

Aunque era verdad, se me encogió el corazón. Todavía había algo en Selena que la mantenía en mi mente por encima de todo.

—Sí, no he ido en toda la semana, pero planeo volver a partir de la que viene.

—Yo tampoco he ido a clase. No te precipites si no te sientes preparado. No pasa nada por tomarte todo el tiempo que necesites.

—Gracias, Selena. De nuevo, lo siento.

—No lo sientas. Y de nada. Tengo que irme, pero te veré la semana que viene. Cuídate. —Me rodeó con sus pequeños y fuertes brazos y yo hice lo mismo. Solo duró unos instantes, pero nunca podría borrar de mi memoria el olor a melón de su champú. La saludé con la mano mientras se dirigía a su coche. Joder, iba a echarla de menos.

40

—•—

SELENA

Dejé el tenedor sobre la mesa después de zamparme la lasaña de pavo que mi padre había preparado para cenar. Desde el otro lado de la mesa, papá se rio entre dientes. —¿Así que te ha gustado?

—Sí, estaba fantástica. Creo que podría comerme diez raciones más, pero reventaría. Te has convertido en todo un cocinillas.

Martina asintió con un brillo pícaro en los ojos. —Sí, es verdad. He engordado kilo y medio en los últimos seis meses.

Sonreí ante la idea. Martina no era de las que se saltaban sus propias normas. La lasaña estaba deliciosa, pero era bastante sana, al usar pavo picado en lugar de ternera. Sin duda, por influencia de Martina. Desde que la conocí, Martina se había adscrito al mantra de «mente sana en cuerpo sano». Papá se tragó el último bocado y se limpió la boca con una servilleta de papel. —¿Selena, cómo va la universidad? Debes de estar muy ocupada; te echamos mucho de menos por aquí.

Una guarnición de culpabilidad me llenó por dentro. —Va bastante bien. Tengo la matrícula completa.

—¿Sigues por el buen camino para graduarte este semestre?

—Sí. —Incluso a mí me costaba creer que en dos meses y medio sería una graduada universitaria.

Papá sonrió de oreja a oreja. —Mi hija, graduada universitaria y, para más inri, en solo tres años y medio. Estoy muy orgulloso de ti. Estoy muy orgulloso de todo en lo que te has convertido. Eres fuerte e inteligente. Que sepas que tu madre habría estado muy orgullosa.

Papá casi nunca mencionaba a mamá; al menos, no lo había hecho en los últimos años. La única vez que sacamos el tema fue justo después de que reconectáramos, cuando me dijo cuánto sentía haberme abandonado y que no estaba orgulloso de sí mismo en aquella época, cuando era un adicto. Me había explicado que se arrepentía de muchas cosas; una de ellas era cómo debería habernos tratado a mamá y a mí. Que nos merecíamos algo mejor. Mamá distaba mucho de ser perfecta, pero era cierto, se merecía algo mejor de lo que tuvo.

Eché la silla hacia atrás y me acerqué a papá, al que ahora se le saltaban las lágrimas. Lo rodeé con los brazos, aspirando su colonia especiada. Le susurré «Te quiero, papá» al oído y él me correspondió.

Me aparté, secándome las lágrimas bajo los ojos con las yemas de los dedos. Esta semana había sido demasiado emotiva. Y aún no había terminado. Miré a Martina, que estaba sentada en silencio al otro lado de la mesa. No estaba segura de que nadie hubiera tenido una madrastra mejor. Me había salvado tantas veces y me había enseñado tantas lecciones… Me acerqué, la abracé y le dije: —Gracias por todo.

Me dio unas palmaditas en la espalda y dijo: —De nada, cariño. Te quiero, Selena.

Mascullé un tembloroso «Yo también te quiero, Martina» antes de volver a mi silla.

Papá se levantó. —Hay postre. He estado haciendo mis pinitos en la repostería. No sé si ganaré algún concurso de repostería pronto, pero lo he hecho lo mejor que he podido.

Con eso captó mi atención. —¿Qué has hecho? —Papá sabía que soy muy golosa. Era obvio que esta cena se había convertido en una celebración, una especie de bienvenida a casa.

—Tarta de celebración de chocolate y frambuesa.

Sonreí. —Qué ganas de probarla.

—¿Un café? —preguntó Martina.

—Me encantaría, gracias.

Martina salió y papá empezó a recoger los platos. —¿Puedo ayudar?

—Oh, no, yo me encargo de limpiar. Y os dejaré a Martina y a ti unos minutos para que os pongáis al día mientras le doy los últimos toques a mi obra maestra de chocolate.

La aprensión se apoderó de mi estómago, pero antes de que pudiera reaccionar, Martina regresó con una taza de café humeante. Acepté la taza, adornada con el logo de Drakos Monroe, y di un sorbo.

Martina volvió a ocupar su asiento. —Tengo algunas novedades sobre Taylor.

—¿Está bien en el hospital?

—Sí, se ha estabilizado y está tomando la medicación con regularidad. Ha pedido verte.

¿Taylor quería verme? Me sorprendió un poco, pero no me oponía a la idea. Parecía brillante y llena de vida. Alguien a quien te gustaría conocer. Eso…, cuando no estaba intentando matarte a ti o a sí misma. Parecía alguien que necesitaba una amiga. —Me gustaría. ¿Crees que estará allí mucho tiempo?

—Están intentando llegar a un acuerdo para ella. El juez está estudiando su historial y la situación actual. Probablemente aceptará la recomendación de su psiquiatra para determinar el mejor tratamiento y el tiempo que necesitará estar internada.

—Me alegro de que esté recibiendo la ayuda que necesita. Verla intentar quitarse la vida fue espantoso.

Martina asintió levemente.

No usaba términos como «espantoso» a la ligera. Había sido así de terrible. Había visto tantas cosas horribles en mi vida, pero ver a alguien con tanto dolor era desgarrador. —No creo que olvide nunca la mirada de sus ojos. El miedo, la tristeza y la soledad… eran palpables. Incluso cuando temía por mi propia seguridad, me sentía mal por ella.

—Eso es porque eres una buena persona, con mucha empatía por los demás. Creo que por eso te atraen las investigaciones más

serias. ¿Sigues pensando en establecerte por tu cuenta?

—Creo que sí, pero tengo un par de meses para decidirme.

—Eso es verdad. —Martina se quedó mirando su taza de café un momento y luego volvió a mirarme—. Cuando vayas a visitar a Taylor, ¿podrías preguntarle si todavía estaría dispuesta a posar para un retrato robot del novio de Kaitlyn? Podría ir yo misma, pero parece que ya tienes una conexión con ella. Para bien o para mal. Todavía esperamos que Greg, el novio, sea la clave para encontrar a Kaitlyn.

Dudé. —Claro que puedo preguntárselo, pero no creerás que Taylor pueda tener algo que ver con la desaparición de Kaitlyn, ¿verdad?

—Quizá, pero no lo creo. Cuando la visites, si parece dispuesta, intenta interrogarla de nuevo. A ver si hay alguna discrepancia con sus respuestas anteriores.

Asentí. —¿Cuándo puedo verla?

—Puedes ir mañana o esperar hasta el lunes. Como tú veas. Avísame cuándo piensas ir y llamaré para que te acrediten para la visita.

—Gracias, pero yo puedo encargarme de los trámites. —Miré a Martina, que parecía contener la respiración. Estaba ocultando algo. Mi teléfono vibró y lo cogí de la mesa. Volví a mirar a Martina.

—Cógelo —dijo ella.

Respondí. —Hola, soy Selena Bailey.

—Hola, Selena, soy el detective Brown. ¿Cómo está? He oído que ha tenido una semana bastante complicada.

—Estoy bien. Todo ha acabado bien. Pero supongo que no ha llamado por eso. —Tenía el presentimiento de que Martina sabía lo que el detective estaba a punto de decirme.

—No, no es por eso, pero me alegro de que esté bien. Quería que lo supiera por mí: Honeywell se ha declarado culpable. Pasará veinte años en prisión por su papel en la red de tráfico de personas.

Antes de que pudiera seguir hablando, exclamé: —¿Solo veinte años?

—Fue el acuerdo al que llegó. Dio información sensible a cambio de una sentencia más leve.

—¿Y la muerte de Brendon? ¿Admitió eso?

—No, dijo que no fue él quien dio la orden, y en este punto tendemos a creerle. Ahora creemos que Honeywell no es el jefe y que hay al menos dos niveles por encima de él. Parece que Ocampo estaba bastante abajo en la cadena de mando, básicamente, un operativo de bajo nivel. Honeywell era su superior, pero no era él quien movía los hilos. Probablemente no ordenó el asesinato de Brendon.

No podía creer lo que estaba oyendo. Apenas había arañado la superficie para encontrar a los responsables de la muerte de Brendon y desmantelar esta red de tráfico en particular. —¿Y cuál es su plan para encontrar a los de arriba?

Me quedé mirando mi taza de café y la aparté. Mi cuerpo no podía soportar más sacudidas.

—Nuestro grupo de trabajo sigue activo. Como le he dicho, Honeywell ha dado algunos nombres y lo estamos investigando. La mantendré informada.

—¿Y eso es todo lo que puede decirme?

—Es todo lo que puedo decirle por ahora. Tiene mi palabra, la mantendré informada a medida que avancemos.

Cerré los ojos y respiré hondo antes de decir: —Gracias, detective. —Y colgué. Miré a Martina, que esperaba mi reacción con aprensión. No iba a llorar. No iba a gritar. —¿Cuánto tiempo hace que lo sabías?

—Alguien me llamó antes, antes de cenar. No quería arruinar la cena. El detective Brown dijo que te llamaría, y lo ha hecho. Te lo diré una vez más: por favor, deja que la policía haga su trabajo. Ellos se encargarán. Parecen lo suficientemente competentes para armar el caso contra estos criminales. Conseguirán justicia para Brendon y para todas las demás vidas que han arruinado.

Hasta la fecha, apenas se había hecho justicia. Era más bien una migaja de la enorme galleta de la justicia. Yo quería la galleta entera. Quería que todos pagaran.

41

—•—

SELENA

Un guardia de seguridad no muy amable me escoltó a la sala de visitas del hospital del condado. Abrió la puerta, señaló y dijo: —Ahí dentro—, antes de alejarse por el pasillo con aire despreocupado. Entré en la espaciosa sala, que tenía un ambiente estéril, pero también olía a enfermedad. Dudaba que existiera desinfectante alguno capaz de eliminar esa mezcla tan particular de tristeza y desesperación. Había mesas distribuidas por la sala junto a las que se sentaban quienes supuse que eran pacientes y visitas. Dudaba que alguien entrara allí en pijama y bata. Los demás estaban sentados con rigidez o se aferraban a sus abrigos. Visitas. Algunos parecían estar conversando, mientras que otros jugaban a las damas o a las cartas. En otras circunstancias, uno podría haber pensado que era una fiesta, pero si una fiesta de celebración era de color rosa brillante, esto era de un gris oscuro.

Vi a Taylor sentada sola en una mesa, con una novela en las manos. Su mirada se cruzó con la mía y dejó el libro sobre la mesa. Me dedicó una sonrisa cálida, me acerqué y me senté frente a ella. —Hola, Taylor. ¿Cómo te encuentras?

Se encogió de hombros. —Bien. La medicación me ha hecho efecto, así que mi locura está apaciguada por ahora.

¿Y cómo responde una a eso? Era mucho más incómodo de lo que había esperado. —¿Tú también vas a terapia?

—¡Ah, sí! Aquí todo gira en torno a la terapia. Voy a terapia de grupo e individual. Es agotador.

Ah, una oportunidad. —Ni que lo digas. Yo solo veo a mi terapeuta una vez por semana y a veces me parece demasiado.

A Taylor se le abrieron los ojos un poco. —¿Tú también tienes terapeuta?

—Sí. Empecé a ir a terapia hace cuatro años después de una o dos experiencias traumáticas —me reí ante la ironía de la situación—. La veía tres veces por semana y luego lo reduje a una. Quería dejarlo. Sentía que ya no tenía nada más que contar, ¿sabes? Pero me convenció para que continuara una vez por semana. Por más que parezca un trabajo, sé que lo necesito. No hablar de las cosas rara vez es el mejor plan.

Taylor se animó. —¿Te dieron un diagnóstico?

—Estrés postraumático.

—¿Qué te pasó?

Suspiré. —Es una larga historia. Probablemente podría llenar una novela o dos con todos mis relatos.

Arrugó el gesto. —¿No te gusta hablar de ello?

—La verdad es que no.

—Lo respeto. Supongo que si yo estuviera en tu lugar, tampoco querría remover mi pasado. Tengo un trastorno límite de la personalidad y depresión. Es curioso, aquí todo el mundo comparte su diagnóstico. Es como en la universidad, cuando todo el mundo te pregunta qué carrera estudias.

—No estoy familiarizada con eso. ¿Cómo ha sido para ti?

—Bueno, me lo diagnosticaron cuando estaba en segundo de bachillerato, cuando mis padres me mandaron a un psiquiatra después de descubrir que me cortaba, que me autolesionaba. Cuando me diagnosticaron, me sentí como un bicho raro o como si estuviera loca, pero fue un alivio saber que mis cambios de humor salvajes y mi comportamiento errático tenían un nombre. —Sonrió con ironía—. A veces hacía cosas, cosas extrañas, pero mientras sucedía, era como si hubiera abandonado mi cuerpo. Es decir, yo

tenía el control, pero otra persona lo tomaba. Después, a menudo me siento llena de arrepentimiento y con la sensación de hundimiento de haber perdido el control sobre mí misma. He hecho estupideces, estupideces muy grandes, como bien sabes.

La tristeza en su voz me rompió el corazón. —Suena aterrador.

—Sí, no es divertido tener miedo de ti misma y no poder confiar en que sabes cuál va a ser tu próximo movimiento. Como lo que os hice a ti y a Dillon. No me puedo creer que hiciera eso, es tan horrible. No quiero volver a ser esa persona nunca más. Por eso quería que vinieras a visitarme, para poder disculparme contigo en persona. Quiero hacerme responsable de lo que hice. Vandalicé tu coche, dejé notas amenazantes y te puse una pistola en la cabeza. —Sacudió la cabeza de un lado a otro mientras se le escapaban las lágrimas—. Ojalá hubiera algo que pudiera hacer para compensároslo a ti y a Dillon.

—Bueno, agradezco tu disculpa y la acepto. Solo espero que sigas buscando ayuda y te encuentres mejor. No siempre nos tocan las mejores cartas.

—Dímelo a mí. Lo único que he querido siempre es ser normal. Ser como los demás y poder controlar mis emociones. Quiero ser feliz y funcional.

No era justo. No era como si Taylor hubiera elegido tener una enfermedad mental, y la sociedad no lo ponía más fácil con todo el estigma y la desinformación sobre los problemas de salud mental. Quizá si la gente entendiera que la enfermedad mental no es nada de lo que avergonzarse, quienes necesitaran ayuda no tendrían miedo de buscarla. Podría salvarlos a ellos y a las personas que también podrían resultar dañadas. Era extraño, pero sentía una extraña conexión con Taylor, a pesar de que *casi* había intentado matarme. Pero allí estaba ella, simplemente otro ser humano que se sentía solo y dolido.

—¿Qué estás leyendo?

—Dean Koontz. Es mi nuevo favorito. Solía leer muchas novelas románticas, pero pensé que podría probar algo nuevo. Es oscuro, pero estoy enganchada. He tenido mucho tiempo para leer desde que estoy encerrada, así que supongo que no todo es malo.

—Quizá le eche un vistazo. —Mi mente iba a toda velocidad tratando de encontrar más temas de conversación trivial, pero decidí ir a por uno de mis principales propósitos para la visita—. Oh, casi lo olvido. Nos perdimos tu cita con la retratista. ¿Todavía estás dispuesta al reto?

Taylor asintió. —Por supuesto. Kaitlyn fue la única amiga de verdad que tuve hasta que apareció Greg. —Sacudió la cabeza—. No me puedo creer que siga desaparecida. Tengo un mal presentimiento, ¿sabes? Como si quizá nunca pudiera decirle lo mucho que significaba para mí.

Yo tenía el mal presentimiento de que tampoco podría. —Sé que es a última hora, pero hemos hecho arreglos para que venga una retratista aquí hoy. ¿Te parece bien?

—Absolutamente. Cualquier cosa que pueda hacer para ayudar a encontrar a Kaitlyn.

—Voy a llamarla. Está aquí cerca. —Me levanté del asiento, volví a salir por la doble puerta y llamé a la retratista, le di los detalles y regresé junto a Taylor.

Mientras esperábamos, volví a preguntar a Taylor sobre Kaitlyn, su última conversación y la última vez que la había visto. Todo era coherente. Mi instinto me decía que Taylor no tenía nada que ver con la desaparición de su amiga.

Veinte minutos después, la retratista que el bufete utilizaba con bastante regularidad se nos acercó. Nos presenté y me aparté para que pudieran ponerse a trabajar.

Observé cómo Taylor describía los rasgos a Stacy, la artista, mientras esta dibujaba frenéticamente, preguntando a menudo «¿Así o más bien así?». Al final, un hombre de pelo oscuro y facciones afiladas devolvía la mirada desde la página. Era fascinante. Stacy le dio una palmadita en el hombro a Taylor. —Gran trabajo.

—Gracias.

Stacy se volvió hacia mí y dijo: —Le llevaré esto a Martina. ¿Quiere que le transmita algo más?

—Dile que no tenemos ninguna información adicional.

—Entendido. Nos vemos. Taylor, cuídese.

Saludó con la mano antes de salir. Pensé que podría ser un buen momento para hacer lo mismo. Estaba a medio levantar de mi silla cuando Taylor dijo: —¿Puedo preguntarte algo, Selena?

Me volví a sentar. —Claro, ¿qué pasa?

—Probablemente no debería preguntar, pero a pesar de mis terribles acciones, Dillon me importaba. ¿Está bien?

No estaba segura de cuánto querría Dillon que compartiera. —Dillon estará bien. —Lo estaría con el tiempo.

—Otras pacientes de aquí me han dicho que lo que le hice podría dejarle una cicatriz de por vida. Eso me pone enferma. Es lo último que quería para él. Nunca quise hacerle daño ni a él ni a nadie. Si puedes, por favor, dile que lo siento. Lo digo de verdad. Prometo no volver a contactar con él.

—Por supuesto.

—Supongo que ahora vosotros dos podéis ser pareja de verdad.

Me quedé con la boca abierta. ¿Qué? Claro, había pensado que era guapo y todo eso, y que tenía ese algo especial, pero todavía no estaba convencida de estar lista para tener citas.

—Vamos, tienes que ver la forma en que te mira.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, no estoy diciendo que estuvierais saliendo, pero definitivamente hay chispas entre vosotros. Me volvía loca. Deberías intentarlo. Ambos merecéis ser felices.

De todas las cosas extrañas que Taylor había hecho, esta parecía llevarse la palma. Negué con la cabeza. —Oh, no sé. Debería irme ya. Tengo otra cita. —Era mentira, pero no estaba segura de poder seguir con este baile. No hoy. Me levanté—. Me ha alegrado verte, Taylor. Cuídate.

—Gracias, Selena. Puedes visitarme cuando quieras, ya sabes..., en caso de que te entren ganas de visitar a una loca. Tengo la sensación de que estaré aquí una temporada. —Se rio entre dientes.

Al menos se lo tomaba con sentido del humor. A veces la risa era la medicina más eficaz. Dije: —Lo haré. —Y quién sabe, puede que lo hiciera.

Salí por las puertas dobles de la zona de visitas del hospital del condado. Me alegré de irme; imaginaba que probablemente era solo

un poco mejor que una prisión de verdad. Al menos Taylor estaba recibiendo ayuda, y eso era algo. Y cruzaba los dedos para que el retrato robot de Taylor nos ayudara a encontrar a Kaitlyn.

42

—•—

SELENA

Dejé mi bagel tostado de sésamo con queso crema y terminé de masticar antes de mirar a Dillon al otro lado de la mesa, que me sonreía enseñando sus hoyuelos. Era obvio que le complacía que hubiera aceptado su invitación para tomar un café hoy antes de clase. Era su primer día de vuelta después de haber estado secuestrado. Tenía buen aspecto. El pelo le brillaba, sus ojos relucían y estaba recién afeitado. Desde luego, era un regalo para la vista. ¿Tenía razón Taylor? ¿Sentía algo por mí? Parecía que teníamos una conexión. ¿Era eso bueno? —¿Te sientes preparado para volver a clase?

—Estoy más que listo para recuperar algo de normalidad. Sigo quedándome en casa de mis padres y viniendo desde allí, pero sienta bien estar de vuelta. Menuda montaña rusa han sido estas últimas semanas. No sé cómo lo habría superado sin ti y sin tu madrastra. Por favor, dale las gracias de mi parte. No creo que se me hubiera ocurrido quedarme con mis padres o ir a ver a un terapeuta si ella prácticamente no me lo hubiera ordenado.

Me reí entre dientes. —Martina provoca ese efecto en la gente. No se anda con rodeos. Le daré el recado.

—Gracias. ¿Y tú qué tal? No soy el único al que secuestraron. ¿Cómo has estado?

—Estoy bien. No duermo tanto como debería, pero nunca he sido de buen dormir. Siempre he estado nerviosa o preocupada por si oía algún ruido en la noche. Voy a una terapeuta habitualmente. Sé que esto es temporal. Estaré bien.

—¿Cuánto tiempo llevas yendo a esa terapeuta? ¿De verdad ayuda?

—Sí que ayuda. No siempre es fácil, pero me ha ayudado a superar algunas malas rachas. ¿Qué tal van tus sesiones?

—Bastante bien; he ido unas cuantas veces. Creo que está ayudando. Mi terapeuta también me ha recetado algo para dormir. Es temporal, solo para que pueda recuperar las fuerzas para terminar la carrera, estudiar para el LSAT y luego solicitar plaza en las facultades de Derecho.

También era listo. No es que negara que me sentía atraída por él, solo que no estaba del todo segura de estar preparada. —¿Cuáles son tus primeras opciones?

Se le iluminaron los ojos. —Tengo una lista larguísima. Las primeras son Harvard, Yale, UC Berkeley y la Universidad Golden Gate. Necesitaré una mezcla de suerte y una nota alta en el LSAT para que me acepten.

—Seguro que entras. ¿Sigues queriendo ser abogado del mundo del espectáculo?

Asintió. —Ese es el plan por ahora. Aunque esta experiencia me ha abierto los ojos a otras posibles ramas del derecho a las que podría dedicarme.

—Supongo que no tienes que decidirlo ahora mismo, todavía tienes tiempo.

—Sí. ¿Y tú? ¿Qué piensas hacer después de graduarte? Que, en tu caso, es dentro de bastante poco. ¿Estás muy ilusionada?

—Pienso seguir en la investigación privada, y estoy segura al noventa y cinco por ciento de que montaré mi propia agencia en lugar de quedarme en Drakos Monroe. —Mentalmente, ya había tomado la decisión, pero me costaba pronunciar las palabras. ¿Sería porque entonces se haría realidad?

—¿Por qué ibas a irte?

No era una mala pregunta. Drakos Monroe era una de las mejores agencias de seguridad e investigación de toda la bahía de San Francisco. Tenían todos los recursos y al mejor personal. También tenían todas las normas. Normas que no me gustaban. —No sé si es el lugar adecuado para mí ahora mismo. Me gusta estar allí y todo eso, pero hay demasiadas reglas para mi gusto.

—Me lo imagino. —Su sonrisa fue reemplazada por una expresión sombría—. Bueno, una de las razones por las que quería quedar contigo era para darte las gracias, otra vez. Pero también he tenido mucho tiempo para pensar. Muchos de mis pensamientos se dirigían a ti y al tiempo que pasamos trabajando juntos en el caso de KT. Echaba de menos hablar contigo y verte. Creo que eres realmente espectacular y me preguntaba si te gustaría que quedáramos sin un acosador peligroso persiguiéndonos. —Se rio, nervioso.

Taylor tenía razón. Habían saltado chispas entre Dillon y yo. Mientras que Dillon lo llevaba todo escrito en la cara, yo me guardaba las mías. ¿Estaba de verdad preparada para esto? Mi historial de citas era un auténtico desastre. Mi primer novio intentó matarme y yo provoqué que mataran al segundo. ¿Qué le pasaría a un tercero? Literalmente, todos mis novios estaban muertos. *Vaya tela.* ¿Acaso mi destino era recorrer este camino sola?

Quizá debería seguir el consejo de Dee y tener citas sin compromiso, o al menos intentarlo. No era como si todos los hombres con los que saliera tuvieran que convertirse en mi novio. A lo mejor sería divertido. Dee era lo bastante valiente como para volver a tener citas. Quizá yo también debería serlo. Vaya si me había comido la cabeza Dee. Había conseguido que volviera al gimnasio y ahora esto.

—No me opongo a ello. ¿Tenías algo concreto en mente?

Sus hoyuelos reaparecieron, y supe que era la decisión correcta. Dijo: —Bueno, hay una película nueva que los críticos están poniendo por las nubes. El viernes es el estreno. ¿Te gustaría venir conmigo? ¿Quizás podríamos cenar después?

Cena y cine. No había nada más normal que eso. —Me gustaría. —Seguimos hablando de películas mientras nos terminábamos los

bagels y el café antes de ir a clase. No había mencionado mi visita a Taylor por miedo a que nuestra conversación, tan normal, se convirtiera en un drama en lugar de en una comedia romántica ligera. Porque en estos momentos, era casi como si fuera una chica normal. *Quién lo diría.*

43

—•—

SELENA

Estaba apoyada contra la pared, observando a Dee, que estaba sentada en el borde de mi cama describiendo sus citas con el nuevo chico. Tenía una sonrisa en la cara y los ojos le brillaban. Estaba claro que estaba coladita por él. Si había esperanza para Dee, quizás también la había para mí. Sonreí mientras ella suspiraba y se dejaba caer de espaldas en la cama con una mano sobre el corazón.

—Es que me hace sentir un calorcito y un hormigueo por dentro —dijo, y se reincorporó—. ¿Sueno muy tonta si digo eso?

—No, es muy tierno. Te gusta y me alegro mucho por ti.

—Yo también me alegro por mí, y me alegro de que vayas a tener tu primera cita desde… hace mucho tiempo —hizo una pausa Dee.

La gente de mi entorno sabía que era mejor no mencionar el nombre de Brendon. Cuando lo oía o lo leía, la punzada que sentía en el corazón se volvía más intensa. Ni siquiera era capaz de pronunciar su nombre. Suspiré.

—Sí, supongo que estoy lista para intentarlo —Dillon me gustaba, pero no sabía si duraría una cita o un año. Mi terapeuta me había explicado que no podía controlarlo todo en mi vida y me animó a tener la cita con Dillon y a tomármelo día a día, sin preocuparme por lo que pudiera deparar el futuro.

Dee se sentó con las piernas cruzadas.

—Vale, cuéntamelo todo sobre Dillon.

—Es muy guapo y es listo. Le gusta mucho el cine y quiere estudiar Derecho.

Dee me observó con atención.

—Vale, ese es su currículum. ¿Qué es lo que te gusta de él?

—Es fácil hablar con él. No sé, nos llevamos bien. Me gusta pasar el rato juntos.

—Eso es un comienzo —dijo Dee, mirándome de arriba abajo.

—¿Qué?

—¿Vas a ponerte eso?

Me miré la ropa: vaqueros negros, un top negro y botas negras. Volví a levantar la vista hacia ella.

—¿Qué le pasa a lo que llevo puesto?

—Nada. Creo que debes expresarte como tú quieras. Si estás cómoda, genial, pero es lo que sueles llevar a clase, ¿no? Y esto es una cita.

Tenía razón.

—¿Qué crees que debería ponerme? Casi todo mi armario es así. Quizá tenga algo un poco más alegre, como un jersey.

—¡Oh, vamos! Vivimos juntas, sé que tienes todo tipo de ropa de colores vivos. Te tiene que quedar algo.

Antes de que pudiera decir nada, Dee se levantó de la cama de un salto y se puso a rebuscar en mi armario.

—¡Ajá! —exclamó antes de sacar una blusa blanca y vaporosa.

No me había puesto esa prenda desde el primer año.

—¿Crees que está bien para una cita?

—Sí. Con un pañuelo rojo quedará perfecto. Y lo mejor de todo es que puedes seguir llevando tus vaqueros y botas negras. Seguirás siendo tú, pero con un toque especial. Además, tu piel queda genial con el blanco puro; brillarás como un ángel precioso.

Ambas nos reímos de aquel comentario tan ridículo.

—Perfecto. Ese era justo el *look* que buscaba —me reí entre dientes—. No, en serio, gracias por venir. Te lo agradezco mucho.

—Cuando quieras. Míranos, dos chicas con citas. ¿Quién habría pensado que volveríamos a estar así?

Resoplé.

—Yo no.

—Yo tampoco.

Mi móvil vibró en la mesilla de noche. Dee corrió hacia él y dijo:

—Te llama Martina.

Sentí cierto alivio. Por un momento pensé que quizá era Dillon, que llamaba para decirme que había cambiado de opinión y que no podía venir a nuestra cita. En ese instante supe que de verdad me apetecía salir con él. Respondí.

—Hola, Martina. ¿Sigue en pie lo de la cena del domingo por la noche? —me alegraba que papá y Martina me hubieran convencido para cenar juntos todos los domingos. Nos mantendría conectados, y la verdad es que echaba de menos estar en su casa, rodeada de su calidez.

—Sí, ¿te viene bien el domingo a las cinco?

—El domingo a las cinco es perfecto.

—Se te nota alegre.

Supongo que no podía ocultar mi entusiasmo.

—Dee ha venido a ayudarme a prepararme para mi cita.

—¿Una cita? ¿Es con Dillon?

¿Acaso todo el mundo veía las chispas que saltaban entre Dillon y yo?

—Sí, es con Dillon. Vamos a ir al cine y luego a cenar.

—Suena genial. Espero que lo pases bien. Pero, en realidad, te llamo porque tenemos noticias.

Un mal presentimiento me invadió el estómago.

—¿Qué pasa?

—Basándonos en el retrato robot con el que Taylor ayudó, localizamos al novio de Kaitlyn. Compartimos la información con la policía, y nos permitieron acompañarlos cuando lo interrogaron. Taylor tenía razón. No era un buen tío. Era la peor calaña de tío. Era lo que nos temíamos.

Me revolvía el estómago pensar que había tantos maltratadores por ahí.

—¿Qué pasó cuando lo interrogasteis? —me senté en la cama y le hice una mueca de dolor a Dee.

—Llegamos a su apartamento. Kaitlyn no estaba allí, pero sí otra joven. Estaba cubierta de moratones. Los separamos y pudimos interrogarla a solas. Conseguimos que la chica hablara. Explicó que estaba aterrorizada de Greg porque él le había dicho que si no hacía lo que le ordenaba, le haría lo mismo que a su última novia. Dijo que no sabía qué le había pasado a Kaitlyn porque la única vez que Greg la mencionó fue para amenazarla. Quería dejarlo, pero tenía demasiado miedo para hacerlo.

—Qué horror. ¿Encontrasteis a Kaitlyn?

—Los detectives encontraron droga en el apartamento y pudieron detener a Greg. Cuando lo llevaron a comisaría, lo presionaron a fondo y confesó haberla asesinado a cambio de una condena menor. Encontraron a Kaitlyn enterrada en una tumba poco profunda en el Delta. Según la evaluación preliminar, es probable que Kaitlyn fuera asesinada poco después de su graduación.

Se me encogió el corazón. Otra mujer que había perdido la vida a manos de un maltratador. Una víctima en lugar de una superviviente.

—Gracias por decírmelo. En parte, sabía que ese era el desenlace más probable. Ojalá me hubiera equivocado. Al menos podemos darle un cierre a la familia de Kaitlyn. ¿Se lo has dicho a Taylor?

—Todavía no. Me preguntaba si quizá querrías decírselo tú.

¿Que si quería decírselo? *No.* Nunca quería tener que notificarle la muerte de nadie a una amiga o a un familiar. A Taylor se le rompería el corazón.

—Puedo hacerlo. Taylor dijo que eran mejores amigas y que su única disputa fue por Greg, porque a ella no le gustaba.

—Lástima que Taylor no le contara a nadie antes sus preocupaciones, pero no podía saber que acabaría en su muerte. Al final, gracias a Taylor hemos podido encontrar a Kaitlyn. Debería estar orgullosa de sí misma, por favor, díselo.

Otra tragedia.

—Vale, lo haré. Gracias por avisarme. Te veo el domingo —colgué y miré a Dee.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

Le expliqué la historia de Kaitlyn y la conexión con Taylor.

Dee se quedó con la boca abierta.

—Sabes, quizá todo esto con Taylor ha pasado por algo. Si Taylor nunca hubiera acosado a Dillon y Dillon no hubiera buscado tu ayuda con Taylor, Taylor no habría intentado hablar contigo y tú no habrías descubierto la conexión entre ella y Kaitlyn. Gracias a todo este asunto de KT han podido encontrar a Kaitlyn. Es una locura, ¿no?

No lo había pensado de esa manera. Taylor había sido la clave para encontrar a Kaitlyn. Si no fuera por Taylor, yo tampoco iría a tener mi primera cita en año y medio. Era curioso cómo salían las cosas a veces.

Me cambié, poniéndome el top que Dee me había sugerido, y miré mi reflejo. Alegraba bastante mi aspecto. Ahora parecía que iba a una cita y no a un funeral. Me giré hacia Dee.

—Supongo que ya es la hora.

—¿Te recoge o habéis quedado en el cine?

—Hemos quedado en el cine.

—Bueno, querida. Buena suerte.

Esbocé una sonrisa nerviosa.

—Gracias —tenía la sensación de que la iba a necesitar.

44

SELENA

TRES MESES DESPUÉS

Di un paso hacia delante y me detuve a leer la placa que había junto a la puerta. Sonreí de oreja a oreja mientras sacaba la llave del bolsillo. La llave que Martina me había entregado, envuelta para regalo con tanto cariño, el día de mi graduación de la universidad. Mi mente regresó a aquel día.

Estaba de pie ante mi padre, Martina, Zoey, Dee y Dillon. Martina dijo:

—Felicidades por tu graduación, Selena. Tu padre y yo te hemos comprado una cosa. —A continuación, me entregó una cajita blanca con un lazo rojo.

Deshice el lazo y levanté la tapa, que reveló un juego de llaves plateadas. No entendí su significado.

—¿Qué abren?

Mi padre y Martina intercambiaron una mirada. Martina me lo explicó:

—Esas llaves abren la puerta de la oficina de Investigaciones Bailey…, tu nueva oficina. Tu padre y yo hemos pagado por adelantado el alquiler de un año de una pequeña oficina en el centro. Es para ti, Selena, para cuando pongas en marcha tu agencia de investigación. El local está en un parque de oficinas con escaparates a pie de calle, conocidos por atraer a muchos clientes, y además estarás a solo una manzana de Drakos Monroe, así que tú y yo podríamos comer juntas o hablar de los casos…, si quisieras, claro.

Ni siquiera intenté contener las lágrimas, y tampoco lo hizo Martina, que normalmente es bastante estoica. Rodeé a Martina con un brazo y a mi padre con el otro. No sé cuánto tiempo pasó hasta que los solté. En ese momento, me sentí la persona más afortunada del mundo.

La graduación había sido un día genial. Llevé el ridículo birrete y la toga negros, haciéndome fotos tontas y serias con mi padre, Martina y Zoey, antes de lanzarme a una sesión de fotos con Dee y unas cuantas con Dillon. Fue un día muy alegre, pero incluso con toda esa felicidad, algo lo ensombrecía. Brendon debería haber estado allí, y mi madre también. No era justo que no estuvieran allí físicamente, pero podía sentirlos en mi corazón y sabía que me estaban animando con el resto de mi familia y amigos. Quizá fuera una tontería, pero juraría que podía.

Metí la llave en la cerradura de la puerta y giré el pomo. Empujé la puerta y entré en la oficina en mi primer día como investigadora privada y pequeña empresaria. Contuve el aliento mientras inspeccionaba el despacho.

Estaba tal y como Martina y yo lo habíamos dejado. No solo me habían pagado el alquiler, sino que también me ayudaron a elegir los muebles para montarlo. Martina no se lo dijo a mi padre, pero también usó su poder de influencia para que Drakos Monroe me desviara cualquier cliente que les sobrara a mí y a mi nueva

empresa. Sé que poca gente tenía tanta suerte como yo. Era difícil empezar tu propio negocio, pero el hecho de que mi padre y Martina creyeran en mí me ayudó a tener la confianza de que podía hacer de Investigaciones Bailey un éxito.

Yo también creía en mí.

Sabía que podía hacerlo. Sabía que podía ayudar a otras personas y ganarme la vida con ello. Incluso había redactado un plan de negocio a cinco años para encauzar mi futuro. Para ser justos, también había sido un trabajo para una de mis clases, pero de todos modos lo tenía y pensaba seguirlo.

Dejé la mochila en el suelo, me quité el abrigo y lo colgué en el perchero en el que Martina insistió que necesitaba. Saqué la silla, me senté y observé la pequeña oficina. Medía diecinueve metros cuadrados y era toda mía. Tenía un escritorio, sillas y un archivador. Incluso tenía un pequeño rincón para la cafetera. La única ventana estaba en la puerta y daba al aparcamiento, pero no me importaba. Tenía mucha luz, aunque fuera artificial. Daba igual; eran los mejores diecinueve metros cuadrados en los que había estado jamás.

Encendí el ordenador y abrí el correo electrónico. Antes de leer ningún mensaje, eché un vistazo a mi escritorio y enderecé el tarjetero que contenía mis flamantes tarjetas de visita. Ponía *Investigaciones Bailey* en letras de imprenta negras, con mi nuevo número de teléfono profesional, correo electrónico y página web en la parte inferior, sobre un fondo blanco brillante. Tenía la oficina, las tarjetas de visita, y ahora todo lo que necesitaba eran clientes.

Volví a centrarme en la bandeja de entrada. No había ningún mensaje relacionado con investigaciones, pero dejé de desplazarme cuando vi un correo de Dillon. Sonreí mientras redactaba una respuesta felicitándolo por haber sido admitido en la facultad de Derecho. Me alegraba de que aún se sintiera cómodo compartiendo la noticia, ya que habíamos roto hacía solo unas semanas. *En Navidad*. Lo sé, fue un momento terrible, pero él decidió que ese era el día en que quería decirme que me quería. Una especie de regalo. Excepto que, cuando lo dijo, se activó mi instinto de lucha o huida y quise salir corriendo. Supuse que era una señal bastante buena de

que no estaba enamorada de él. Sabía lo que se sentía al amar, y esto, simplemente, no lo era. Me lo pasaba bien yendo al cine y saliendo con Dillon. Todo era muy fácil y despreocupado, pero sabía que no era serio. Dillon no. Seguí mi propio consejo y le dije la verdad. Fue el típico: «Creo que eres un chico genial, pero no siento lo mismo, ¿podemos seguir siendo amigos?». Fue una mierda, pero fue sincero.

Después de hacer clic en enviar, apareció un nuevo correo electrónico de Martina.

Hola, Selena:
Tengo aquí a un posible cliente que necesita ayuda con una comprobación de antecedentes para su pequeña empresa. ¿Tienes tiempo para aceptar el encargo? Aquí estamos hasta arriba. Dímelo y le pasaré tu información de contacto al cliente.
Un saludo,
Martina

Empecé a teclear en el ordenador.

Hola, Martina:
Gracias por la recomendación. Sí, tengo tiempo para ayudar al cliente.
Gracias,
Selena Bailey
Investigaciones Bailey

Le di a enviar y me recosté en la silla. Estaba bastante segura de que Drakos Monroe podía encargarse de una simple comprobación de antecedentes para una empresa pequeña. Tenía la ligera sospecha de que Martina me estaba haciendo un regalo de «primer día de trabajo». Normalmente consideraba las comprobaciones de antecedentes algo terriblemente aburrido, pero teniendo en cuenta que sería para mi primer cliente, estaba superemocionada. Estuve a punto de tapar la ventana, poner música y ponerme a bailar por la pequeña oficina. Estaba jodidamente emocionada. No recordaba la última vez que lo había estado tanto.

Mi teléfono vibró en mi nueva línea de Investigaciones Bailey. Pensé que debía de ser el cliente de la comprobación de

antecedentes. Me aclaré la garganta y me erguí en el asiento.

—Investigaciones Bailey, ¿en qué puedo ayudarla?

—¿Es usted Selena Bailey?

Quería dar un aire de profesionalidad, pero ni de lejos tenía una recepcionista y no sentía la necesidad de fingir.

—Soy Selena Bailey, ¿en qué puedo ayudarla?

—Me llamo Vicky Crawford, me ha remitido a usted una amiga común, Dee Hankel. Dice que quizá pueda ayudarme.

No era la clienta de la comprobación de antecedentes. ¿Una segunda clienta? Intenté contener mi alegría.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Es mi hermana, Stephanie. La encontraron inconsciente en su apartamento. Está en el hospital y no saben por qué está tan enferma. Le están haciendo pruebas, pero tengo mis sospechas y la policía no se las toma en serio. Creo que está enferma por culpa de una medicación mala que le dio un médico de dudosa reputación.

Mmm. No estaba segura de cómo podría ayudar a investigar productos farmacéuticos, pero de un médico de dudosa reputación podía encargarme sin problemas.

—¿Por qué no empieza desde el principio y me cuenta por qué sospecha de este médico?

—Empezó hace unos meses. Stephanie empezó a ver a un médico para que la ayudara a perder peso. Le juró que tenía métodos milagrosos para ponerla guapa. No me lo tragué desde el principio, pero ella siempre pensó que necesitaba perder peso. Este tipo le dijo que podía hacerla adelgazar. Intenté advertirle de que no era de fiar, pero cuando empezó a perder kilos rápidamente —demasiado rápido —, Stephanie dijo que era la prueba de que el médico era legal. Dijo que le dio vitaminas para ayudarla con la dieta, pero no estoy segura de que eso sea todo. Algo no encajaba. En el último mes, ha perdido una cantidad alarmante de peso y parece haber caído bajo el hechizo de este doctor. Anoche se desmayó y ahora está en la unidad de cuidados intensivos. Sé que tiene que haberle dado algo. Algo peligroso. Quiero saber quién es y qué hace para que podamos salvar a mi hermana. La policía se niega a investigar. Necesitamos que alguien investigue a este médico y vea qué pasa realmente con

él y sus pacientes. Dee dijo que usted podría ser la persona ideal, porque probablemente podría infiltrarse, al ser usted también una mujer joven, y que es una investigadora fantástica. ¿Cree que puede ayudar? Si es así, ¿está disponible para empezar de inmediato?

Si Dee no estuviera en clase ahora mismo, correría a darle el mayor abrazo de oso de mi vida. Eso tendría que esperar hasta que saliera de clase y, por supuesto, yo hubiera terminado de trabajar. Al fin y al cabo, tenía un negocio que llevar. Sonreí.

—Sí, creo que puedo ayudar y sí, puedo empezar de inmediato. —Continué haciendo preguntas y tomando notas en mi ordenador. Mi mente bullía con diferentes vías que podía seguir para averiguar qué estaba causando la enfermedad de la hermana de mi clienta. La ayudaría. Salvaría a la hermana, porque… —miré hacia arriba y a través de la ventana—, es lo que hago. Soy Selena Bailey, investigadora privada.

UNA NOTA DE H.K. CHRISTIE

Queridos lectores:

Gracias por leer *Go With Grace*. A lo largo de los años, he conocido a muchas personas, entre las que me incluyo, que han tenido problemas de salud mental, en mayor o menor medida. Sin embargo, algo que ha sido un tema recurrente, según mi experiencia, es el estigma o el rechazo a la hora de buscar ayuda de un profesional cualificado. Ya sea por el coste económico, por la actitud de que «en nuestra familia no vamos al psicólogo» o por una sociedad que se apresura a juzgar o a llamar a alguien «loco», creo que todo ello impide que la gente reciba la ayuda que necesita. No soy una experta en salud mental, pero al escribir *Go With Grace* esperaba arrojar un poco de luz sobre el hecho de que NO HAY NADA DE QUÉ AVERGONZARSE por buscar ayuda para un problema de salud mental o por tomar medicación si es necesario. Sed amables con vosotros mismos y con los demás.

Mis mejores deseos de salud, prosperidad, oportunidades y felicidad.

H.K. Christie

(Fuente:)

Si usted o alguien que conoce está considerando suicidarse, llame al 911 o a la Línea Nacional de Prevención del Suicidio (National Suicide Prevention Lifeline) al 1-800-273-TALK (8255).

Cuando buscas información y apoyo en materia de salud mental, puede resultar abrumador y difícil saber por dónde empezar. Una simple búsqueda en Google del término «salud mental» ya arroja más de 1,9 millones de resultados.

Aunque a veces sea difícil de encontrar, existe apoyo fiable y de confianza que puede ayudaros a vosotros y a vuestros seres queridos a obtener la información que necesitáis.

Estos cinco recursos de salud mental pueden #MarcarLaDiferencia cuando más lo necesitáis.

1 . Esta línea de ayuda ofrece apoyo gratuito y confidencial las 24 horas del día, los 7 días de la semana, a personas en situación de crisis en todo Estados Unidos. Llamad al 1-800-273-TALK (8255) para recibir ayuda.

2 . La Línea de Ayuda Nacional de SAMHSA es un servicio de información gratuito y confidencial que proporciona derivaciones a tratamientos y apoyo las 24 horas del día, los 7 días de la semana, a personas que se enfrentan a enfermedades mentales y adicciones. Llamad al 1-800-662-HELP (4357) para recibir ayuda.

3 . La Línea de Texto para Crisis ofrece ayuda gratuita y confidencial por mensaje de texto las 24 horas del día, los 7 días de la semana, a personas en situaciones de crisis. Enviad un mensaje de texto con la palabra HOME al 741741 para recibir ayuda.

4 . El Proyecto Trevor proporciona apoyo gratuito y confidencial las 24 horas del día, los 7 días de la semana, a jóvenes LGBTQ a través de una línea de ayuda, mensajes de texto y un sistema de mensajería instantánea en línea. Llamad al 1-866-488-7386 para recibir ayuda.

5 . La Línea de Crisis para Veteranos ofrece apoyo gratuito y confidencial las 24 horas del día, los 7 días de la semana, a los veteranos, a todos los miembros del servicio y a sus familiares y amigos en momentos de necesidad. Llamad al 1-800-273-8255 y

pulsad 1, o enviad un mensaje de texto al 838255 para recibir ayuda.

AGRADECIMIENTOS

La saga de Selena Bailey ha sido un proyecto muy personal para mí. Me enamoré del personaje de Selena y de la posibilidad de concienciar sobre problemas del mundo real al mismo tiempo que entretenía. Por eso, quiero darles las gracias a todas las personas que han contribuido a la saga: mi equipo de lectores ARC, mis lectores beta, mis correctores y mi portadista. No podría haberle dado vida a Selena sin todos vosotros.

Para esta entrega, que fue escrita durante la pandemia de la COVID-19, recluté a la única persona a la que veía mañana, tarde y noche —una y otra vez— para que fuera mi corrector. A mi marido, Jon. Le he dado las gracias en cada libro porque siempre ha sido mi mayor apoyo y mi primer lector. Esta vez, asumió el nuevo reto de ser el corrector. Podría seguir hablando de lo mucho que lo aprecio, de lo genial que es y de la suerte que tengo de tenerlo en mi vida, pero me temo que ya se le están subiendo bastante los humos. Todavía estamos en cuarentena, y no quiero tener que pasar cada momento con un monstruo ególatra. Así que, simplemente le diré: «gracias».